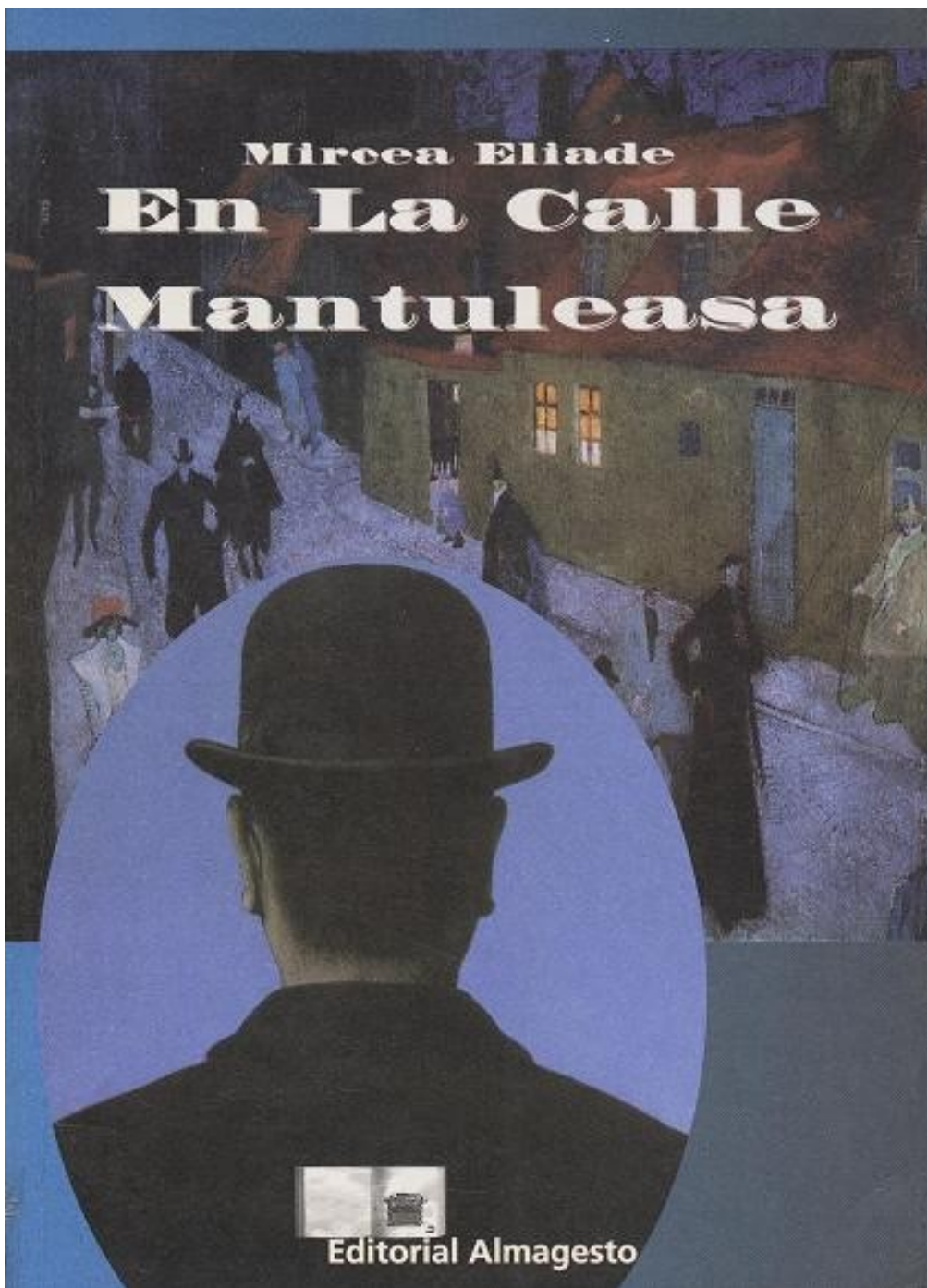


Mircea Eliade
**En La Calle
Mantuleasa**



Editorial Almagesto

Mircea Eliade

EN LA CALLE MANTULEASA

EDITORIAL ALMAGESTO
Buenos Aires

Título original: *Pe strada Mantuleasa...*

Traducción de Roxana Páez

© Editorial Almagesto

Rodríguez Peña 554, P.B., Depto. "A", Buenos Aires

Composición, armado y películas:

ECEGraph, Esmeralda 625, 3 "G"

Corrección: Ricardo Álvarez

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN: 950-751-158-X

Hacía varios minutos que el anciano iba y venía ante la fachada de la casa sin atreverse a entrar. Era una construcción de varios pisos, sobria, de líneas simples, como se construían a fines de siglo. Sobre la vereda, los castaños daban algo de sombra pero la calle estaba sofocante. El sol la golpeaba con todo el poder del que es capaz en una siesta de verano. El hombre se puso el pañuelo alrededor del cuello. Era bastante alto y muy delgado. Su rostro alargado, huesudo se veía apagado y los ojos grises no tenían expresión. El bigote desprolijo, estaba casi blanco, algo amarillento por el tabaco. Llevaba un viejo sombrero de paja. Sus ropas de verano desteñidas, demasiado amplias, parecían haber pertenecido a otra persona.

Vio aproximarse al oficial y lo saludó de lejos quitándose el sombrero.

—¿Podría decirme la hora? —preguntó con un tono de cortesía exagerada.

—Las dos —le contestó el otro sin mirar su reloj.

—Muchas gracias —dijo el anciano cabeceando varias veces.

Luego se dirigió decidido hacia la puerta de entrada. Cuando puso la mano en el picaporte, sintió detrás la voz del oficial que le decía:

—Primero debería tocar el timbre.

El viejo se volvió, alarmado.

—Yo también vivo aquí —dijo el oficial extendiendo la mano para tocar el timbre—. ¿A quién busca? —agregó sin mirarlo.

—Al mayor de la M.A.I., el mayor Borza.

—No sé si está. Por lo general, a esta hora se encuentra en su oficina.

Hablaba con una voz neutra y la vista al frente. La puerta se abrió. Hizo pasar al viejo, sin mirarlo ni una sola vez. De la penumbra del hall surgió el portero. Lo saludó.

—El señor busca al mayor —dijo el oficial mientras se dirigía al ascensor.

—No sé si se encuentra —respondió el portero—. Sería mejor que pasase por la comisaría.

—Tengo cita con él aquí mismo —dijo el viejo—. Vengo de parte de su familia. A decir verdad, para el mayor represento toda una parte de su familia —agregó, dándose las de entendido—, la parte de su familia más preciada: la infancia...

El portero lo miraba perplejo, sacudiendo la cabeza.

—En todo caso, inténtelo —dijo al fin—. Es en el cuarto piso, si es que está —agregó rápidamente.

El anciano volvió a colocarse el liviano sombrero de paja y se dirigió a la escalera.

—Espere un momento y podrá tomar el ascensor —le espetó el portero.

El viejo se volvió inclinándose varias veces con respeto.

—Le agradezco mucho —dijo—. Pero no tolero mucho los ascensores. Prefiero subir por la escalera. Sobre todo cuando entro por primera vez a un lugar. Así que prefiero subir a pie —dijo con aspecto sombrío.

Comenzó a subir con regularidad, sin apuro, apoyándose en la baranda con la mano derecha y sosteniendo el sombrero bajo su brazo izquierdo. Cuando llegó al primer piso se detuvo y se apoyó en la pared dándose aire con su sombrero. Oyó voces de niños, luego una puerta se abrió bruscamente. Una mujer de mediana edad salió apurada con una botella vacía de cerveza en la mano. Sonreía, pero cuando vio al hombre su cara se endureció.

—¿Qué busca? —le preguntó.

—Tomaba aliento —dijo el viejo inclinándose muy educadamente—. Voy al cuarto piso, a lo del mayor Borza, de la M.A.I. ¿Lo conoce?

—Pregunte a la entrada —respondió rápido la mujer haciendo girar, con el aire ausente, la botella de cerveza entre sus manos—. Abajo está el portero. Él le informará...

Después se encaminó a la escalera pero cambió de parecer y volvió sobre sus pasos. Llamó varias veces a la puerta de su propia casa, con golpes cortos, nerviosamente, y las voces de los niños

volvieron a resonar. Un instante después, la puerta se abrió y un personaje que el anciano no tuvo tiempo de percibir, indudablemente, quiso salir al palier, pero la mujer lo empujó y desapareció con él dentro del departamento. El viejo sonrió incómodo y, colocándose de nuevo el sombrero bajo el brazo, siguió subiendo. En el segundo piso, lo esperaba el oficial.

—Usted busca al mayor —murmuró—. ¿Por qué no tomó el ascensor?

—No los tolero —respondió el anciano con timidez—. Sobre todo en verano, cuando hace calor, la cabeza me da vueltas. No los tolero.

—¿Pero qué hacía usted en el primer piso? —continuó el oficial, siempre en voz baja—. ¿Conoce a alguien del primero?

—No. A nadie. Me detuve para recobrar el aire. Justo en ese momento una señora salió y me preguntó...

—¿Qué le preguntó? —dijo el oficial interrumpiéndolo.

—A decir verdad, no me preguntó nada, quiso saber a quién buscaba. Le contesté que...

—Entiendo —lo cortó el oficial.

Luego, después de haber echado una ojeada hacia el piso superior, se acercó al viejo.

—¿Conoce mucho al mayor? —le preguntó en voz muy baja.

—Lo conozco desde siempre. Lo conozco desde que era así —y sonriendo hizo el gesto de bajar la mano—. Puedo decir que soy parte de su familia, tal vez inclusive soy más que de su familia...

—¡Ah! —respondió el oficial—, así que lo conoce mucho. Por eso tiene su dirección. Acaba de instalarse aquí. Yo también lo conozco mucho. Hemos trabajado juntos. Es un hombre sólido, un hombre seguro.

Se escuchó el ruido del ascensor y el oficial pareció molesto por un instante, después, sin agregar nada, sin ningún gesto de saludo, abrió la puerta del departamento de enfrente y entró. El viejo se apoyó en la pared y empezó a darse aire con el sombrero. El ascensor subía lentamente y él pudo ver que adentro iba un joven con el rostro pálido, de grandes ojos violetas que se fijaban en él, penetrantes. Esperó un poco más y se decidió a retomar los escalones hacia arriba. El ascensor se detuvo en el tercer piso. El

hombre que había visto lo esperaba en el palier, manteniendo abierta la puerta del ascensor.

—Entre, yo vivo aquí.

—Le agradezco mucho —dijo el viejo—. No lo tomé porque no soporto los ascensores. Prefiero subir a pie. Lentamente, como si fuera una montaña —agregó sonriendo.

—Le costará mucho esfuerzo. Todavía quedan tres pisos —dijo el joven.

Su cara era de una palidez extraordinaria.

Felizmente —retomó el anciano—, mientras se aventaba con el sombrero, puedo decir que llegué.

—¡Ah! ¿Va a lo de mi camarada ingeniero? —dijo el joven señalando la puerta de enfrente. No creo que lo encuentre. ¿Le preguntó al portero? —agregó rápidamente bajando la voz.

El viejo negó con la cabeza varias veces, con una sonrisa avergonzada.

—Me he expresado mal... Debí decir: casi puedo decir que llegué. Voy al cuarto.

El joven entornó los ojos vivamente, tomó su pañuelo y se puso a secarse nerviosamente las manos.

—¿A lo del mayor? ¿Pero estará? Habitualmente almuerza en su oficina. ¿Lo conoce mucho? —agregó mirando al viejo directamente a los ojos—. Nunca lo vi aquí antes...

—Acaba de mudarse —dijo el anciano—. Lo conozco desde su más tierna infancia...

El joven se quedó un momento perplejo sin dejar de triturar su pañuelo. Después apretó el botón del ascensor y lo reenvió.

—¿Conoce también a su familia? —preguntó con voz queda, después de haber dado varias miradas hacia el piso superior.

—Puedo decir que formo parte de su familia...

—Usted viene del interior —interrumpió el joven—. Su familia es de la provincia. Conozco al hermano. Trabaja en Parafina. Es un ser excepcional, un viejo luchador. Lo conozco muy bien.

Pareció querer agregar algo, porque se aproximó al viejo con una sonrisa misteriosa en los labios. Pero escuchó pasos en la escalera, y rápido volvió a la puerta, se dio vuelta y se puso a buscar la llave nerviosamente.

—Me alegra haberlo conocido —dijo el viejo con una inclinación de cabeza, y siguió subiendo, con la mano sobre la baranda.

Un poco más arriba, se cruzó con una pareja a la que saludó. La mujer tenía el cabello corto, estaba vestida con una especie de uniforme y llevaba una insignia. El hombre, mucho más joven que ella, parecía algo incómodo y evitó mirarlo. Unos escalones más abajo se detuvieron ambos, dándose vuelta para mirar al anciano. Él se detuvo ante la puerta, tomó su pañuelo, se secó el rostro y pasó el dorso de la mano sobre el forro de la chaqueta. Parecía que iba a tocar el timbre pero cambió de opinión y descendió la escalera con pasos asombrosamente ágiles. Se detuvo justo encima de la pareja que se encontraba sorprendida junto a la pared y se inclinó muy cortésmente.

—Le ruego que me disculpe —dijo dirigiéndose a la mujer—, ¿pero podría decirme la hora?

—Las dos, las dos y cinco —respondió.

—Gracias. Perdona, tengo cita a las dos.

Después subió rápido los escalones y tocó con insistencia. Una mujer joven, bastante gorda y muy mal maquillada le abrió.

—Buenas tardes, señora —dijo el anciano inclinándose para besarle la mano—. Espero no haber llegado ni muy temprano ni muy tarde. Pensé que las dos, las dos y cinco, era justo la hora que convenía.

—Está en la mesa —dijo la mujer sonriendo—. No lo esperaba hasta las dos y cuarto, dos y media...

—En ese caso voy a esperar, voy a esperar —se disculpó el anciano amagando retirarse.

—No, no, entre. Está muy fresco aquí. Es un departamento de burgués —agregó sonriendo.

—Ya veo, ya veo —dijo el anciano—. Acaban de mudarse.

—El otro, en la avenida de Rahova, estaba demasiado lejos del trabajo. Y aquel lugar no era para un mayor de la M.A.I., para un hombre que siempre tiene misiones importantes. Era muy pequeño. No tenía ni piano ni radio.

—Ya veo, ya veo —repitió el viejo adquiriendo súbitamente un aspecto jovial—. Conozco al mayor desde siempre, ilo conozco desde que era así! —agregó bajando la mano casi hasta la alfombra.

La mujer se echó a reír.

—Pase al salón —dijo conduciéndolo hacia un ambiente amplio, amueblado sobriamente pero con elegancia. Voy a avisarle que está usted aquí.

Sonriendo, el viejo se sentó en el sofá y se puso a frotarse las rodillas, con aspecto feliz. Al cabo de unos instantes, la mujer reapareció y le indicó que la siguiera.

—Dice que vaya a su escritorio. Irá en un momento.

Lo condujo a la habitación vecina y le mostró un gran sillón de cuero, delante de la biblioteca. Una vez más el viejo agradeció y se sentó. Luego volvió a frotarse las rodillas. Cada tanto volvía la cabeza hacia los estantes y leía los títulos de los libros, pero oyó que la puerta se abría y se levantó, conmovido. Desde el umbral lo miraba un hombre moreno, robusto, casi gordo, con las mejillas carmesí, los cabellos negros, cejas espesas y juntas. Sus ojos muy chicos, con mirada de acero, se ocultaban bajo párpados inflados violáceos y salpicados de manchas. Estaba en camisa con las mangas arremangadas y llevaba tiradores. Sonreía, con la servilleta enganchada en la abertura de su camisa, pero, cuando vio al anciano, su rostro se oscureció de golpe.

—¿Qué quiere? —preguntó duramente con voz ronca— ¿Cómo ha entrado?

—¿No me reconoce? —dijo el anciano esbozando una sonrisa—. Yo me acuerdo de usted, de cuando era así —y extendió el brazo hacia delante bajando la mano lo más posible hacia la alfombra.

—¿Cómo ha hecho para entrar? —preguntó el mayor tomando una punta de la servilleta y limpiándose la boca y las mejillas—. ¿Cómo lo dejó pasar el portero?

—Pensé que hacia las dos, dos y cuarto, seguro lo encontraría en casa —dijo el viejo sonriendo.

—¿Pero quién es usted?

—¿Entonces no me reconoce? —dijo el viejo sacudiendo la cabeza con melancolía—. Evidentemente, más de treinta años pasaron desde aquella época, pero usted siempre está presente en mi memoria. Cuando supe que se había mudado para instalarse aquí, me dije: ¿por qué no visitarlo? ¿Por qué no ir a ver si me reconoce o no?

—¿Pero quién es usted, señor? —exclamó brutalmente el mayor dando un paso en su dirección con aire amenazante.

—Calle Mantuleasa —comenzó el viejo sacudiendo la cabeza—, ¿no había una escuela en la calle Mantuleasa con castaños en el patio y, al fondo, un jardín lleno de damascos y guindos? No puede ser que lo haya olvidado... Estaba ahí, a dos pasos de su casa —agregó volviendo la cabeza hacia la ventana—. Me parece que lo veo todavía. Llevaba un traje marinero y transpiraba. Era terrible como transpiraba...

El mayor salió bruscamente de la habitación golpeando la puerta detrás de sí.

—¡Aneta! —gritó pasando al salón y cruzándolo a grandes pasos—. ¡Aneta!

La joven apareció inmediatamente.

—¿Fuiste tú la que introdujo a este individuo en mi escritorio? —le preguntó bajando la voz—. ¿No te pedí que no recibieras a nadie, que enviaras a todo el mundo al ministerio? ¿No te dije que espero a un inspector que debe venir a las dos y cuarto, dos y media?

—¡Pero creí que era él ya que el portero lo había dejado pasar! Y después creí entender, por lo que me dijo, que te conocía mucho, que también era un inspector.

El mayor atravesó de nuevo a grandes pasos el salón y volvió al escritorio.

—Todo esto quiere decir que usted se ha introducido de contrabando —dijo cerrando un poco más los ojos—. Le dijo a mi mujer que era inspector.

—No le he dicho nada —respondió el anciano con dignidad—. Y sin embargo hubiera podido hacerlo porque soy inspector. Inspector retirado, es cierto, pero se puede decir que sigo siéndolo...

—¿Quién es usted, caballero? —exclamó de nuevo el mayor arrancándose la servilleta del cuello y poniéndose a darle forma como jugando entre las manos, triturándola, estirándola como si fuera una correa.

—¿Sigue sin acordarse de la calle Mantuleasa? ¿Cuando iba a la escuela primaria de la calle Mantuleasa? En los recreos se trepaba en los cerezos y una vez cayó de cabeza. El director lo alzó, lo llevó a la secretaría y lo curó. Al día siguiente era fiesta nacional, el 10 de

mayo. ¿No se acuerda de lo orgulloso que estaba de asistir a la escuela con la cabeza vendada? El director le preguntó: «¿Cómo anda su cabeza mi pequeño Borza?». Usted le contestó: «Me dan miedo las poesías, señor director». A usted no le gustaban mucho las lecciones de memoria —observó el viejo con una sonrisa—. «¡Tengo miedo de no poder aprendérmelas!» Y bien, el director era yo. El maestro Farama, Zaharia Farama, director durante quince años de la escuela de la calle Mantuleasa, y después inspector primario de segunda clase hasta el momento en que me jubilé... ¿Sigue sin acordarse?

El mayor lo había escuchado atentamente, cada vez más contristado.

—Se está burlando de mí —dijo haciendo silbar sus palabras entre los dientes—. Si no fuera una persona mayor, lo detendría inmediatamente. Se ha introducido en mi casa diciendo que es inspector...

—¡No dije eso!

—¡No me interrumpa cuando hablo! —dijo el mayor acercándosele con aire amenazador—. Se introdujo de contrabando en mi casa. Debe tener un motivo. —¡Dígamelo antes de que me canse! Responda: ¿a qué vino? ¿por qué motivo?

El anciano se pasó sobre el rostro una mano temblorosa y suspiró.

—¡Le suplico, no se enfade! —dijo con voz débil—. No quise molestarlo. Tal vez hay en medio de todo esto una confusión, en ese caso le pido disculpas. ¿No es entonces el señor mayor de la M.A.I., Vasile Ion Borza?

—¡Sí! Soy yo. No «el señor», sino el camarada Borza, Ion Vasile. ¿Qué desea? ¿Por qué está interesado en hablar con el camarada Borza?

—Disculpe, pero es cierto que usted fue mi alumno en la escuela de la calle Mantuleasa. Le puedo decir durante qué años. Entre 1912 y 1915. ¡Ya ve!, pasaron más de treinta años y me acuerdo perfectamente de esas fechas. En cada clase tenía predilección por algunos niños, no siempre los más brillantes —agregó sonriendo—, pero por niños en los que intuía algo especial. Los seguía mientras podía, cuando se iban al liceo, a la universidad... A usted lo perdí de vista. Pero fue por la llegada de la guerra, en

1916, y eso explica muchas cosas. Oí decir que se había ido a la provincia...

El mayor había escuchado con atención, no sin dejar de volver a cada rato la cabeza hacia la habitación vecina.

—Escuche señor director —comenzó con un tono algo menos agresivo pero igual de cortante—. No soy el que cree. No fui al liceo, tampoco a la universidad. Vengo del pueblo. He sido perseguido toda mi vida. No tuve ni el tiempo ni el dinero ni el privilegio de ir a las escuelas importantes....

—Yo le hablaba de la escuela primaria de la calle Mantuleasa.

—Le dije que no me interrumpiera cuando hablo —dijo el mayor mirándolo profundamente a los ojos—. ¡Todas esas historias de títulos y de grandes escuelas, ya conocemos la cantinela!... ¡Pero aquella época terminó, con sus privilegios, sus diplomas y sus burlas! Enterramos al antiguo régimen, un régimen de explotadores —agregó girado la cabeza hacia la habitación vecina y alzando la voz de repente—. ¡Ahora es el pueblo trabajador el que tiene la palabra! Métase esto bien en la cabeza mientras haya tiempo de hacerlo. ¿Me entendió?

—Entendí —dijo el anciano asintiendo con la cabeza—. Le ruego que me perdone. Hubo una confusión. Una confusión involuntaria de mi parte...

El mayor lo miró quedamente, luego sonrió.

—¡Así lo creo! ¡Una confusión! ¡De otra manera lo hubiera pagado caro! ¡Y ahora agradezca que no me haya encolerizado!, ¡ya váyase!

Le mostró la puerta con un gesto breve.

—Adiós —dijo Farama— con todo respeto. Una vez más le suplico que me perdone...

Salió caminando hacia atrás, atravesó rápido, asustado, el salón. Borza se echó a reír, como si de pronto estuviera de excelente humor.

—¡Aneta! —gritó—, ¡haznos rápido café!

Después se acercó a la otra puerta y la abrió.

—¿Qué piensas, Dumitrescu, de esta travesura?

Un hombre todavía joven apareció en el umbral del comedor, su cabello castaño estaba alisado sobre la cabeza, tenía un bigote

corto. La boca era pequeña y los labios asombrosamente finos, tan finos que parecía no tenerlos. Los párpados macilentos caían sobre sus ojos amarillentos. La cara tenía un color terroso como el de los enfermos.

—Es algo sospechoso —dijo Dumitrescu con una sonrisa forzada—. Me parece un poco sospechoso...

Borza cambió bruscamente de expresión.

—Es lo que a mí me parece —dijo—. Pretende que fue una confusión. ¿Pero podemos creer eso?

—La historia de la confusión me parece clara como el agua. Que haya dos Borza Ion Vasile, casi de la misma edad y en la misma ciudad es difícil de creer. Ese hombre sabe algo. Tiene algo en mente. ¡Mire! Conocía su dirección aunque usted acaba de mudarse...

—¡Lo arresto! —estalló Borza—, ¡lo arresto enseguida!

—Espere, no vaya demasiado rápido —dijo Dumitrescu dirigiéndose a la ventana—. Si él sigue con su idea, convendría que lo siguiéramos nosotros a él —apartó la cortina y miró hacia la calle—. Todavía no bajó. Me parece muy sospechoso —agregó mientras observaba la calle—. A lo mejor la cosa es todavía más complicada. Tal vez no lo confundió con otro, y si tiene algo en mente, es porque sabe justamente quién es usted. Usted debió de ser su alumno en la escuela de la calle Mantuleasa.

—Sea serio, mi viejo —exclamó Borza enojado—. ¡Todo el mundo sabe que salí del pueblo y que jamás fui a la escuela!

—Borza —dijo Dumitrescu sin volverse—, no tendría nada de vergonzoso que hubiera hecho sus estudios primarios en la calle Mantuleasa. A la escuela primaria, podían ir niños pobres y de familias respetables, incluso en el antiguo régimen...

—¡Pero ya le dije que no fui a la escuela de la calle Mantuleasa! —gritó Borza—. ¡Incluso no sé donde queda!

—No lejos de aquí —dijo Dumitrescu con la frente apoyada en la ventana.

—Tal vez, pero le digo y le repito que no la conozco. Pasé mi infancia en el barrio de los Tilos. Mi padre era carretero... ¿Pero que está pasando? ¿Por qué no viene ese café? —dijo con voz sibilante, y los dientes apretados. Hizo como si fuera a salir de la habitación—. El

inspector no va a tardar y hubiera querido que nosotros bebiéramos primero tranquilamente nuestro café.

—El hombre está en la calle —dijo Dumitrescu abriendo la ventana y asomando la cabeza—. Habría que telefonar abajo para que lo vigilaran... Nada de apuro inútil —agregó volviéndose hacia Borza mirándolo durante unos instantes—. Aquel viejo sabe algo. Quiere llegar a algo. ¡Hay que prestar atención!...

II

Al amanecer del día siguiente, Farama fue despertado por un agente de Seguridad.

—¡Venga! Es por informaciones —le dijo—. No traiga nada con usted. No se quedará mucho tiempo.

En el jardín de la casa, había algunos agentes y un automóvil esperaba junto a la vereda. Lo hicieron subir sin decir una palabra. Farama se puso a temblar.

—Un lindo día de verano —dijo poco después e intentó sonreír.

El auto se detuvo ante el edificio de Seguridad. Lo condujeron, a través de largos corredores, hasta la cabina de un ascensor grande y sucio que servía para transportar materiales hacia los pisos superiores donde se hacían trabajos. Farama no percibió en qué piso se detuvo. Franquearon todos una puerta que se abría, frente al palier, y avanzaron por un pasillo sombrío iluminado por débiles lámparas que colgaban a lo largo del techo. Descendieron luego algunos escalones y caminaron por otro pasillo que no parecía pertenecer al mismo edificio. La luz entraba por grandes ventanales limpios. El parquet era nuevo y brillaba. Las paredes estaban recientemente pintadas de blanco. Ante una de las muchas puertas, uno de los agentes dio señal de detenerse. Entró solo en la habitación. Volvió al momento, acompañado por un funcionario que llevaba una pila de legajos. Todos juntos siguieron a lo largo del corredor que parecía dibujar el largo arco de un círculo. Se detuvieron ante otro ascensor y descendieron. Farama hubiera querido contar los pisos, pero como estaba entre dos agentes y tenía delante al funcionario que llevaba los legajos no podía darse cuenta de nada. Cuando salieron, se toparon con un grupo de gente que, a su vez, esperaba para subir al ascensor. Por el rabillo del ojo, Farama vio a algunos agentes de seguridad, en uniforme, mezclados con funcionarios de civil que llevaban legajos bajo el brazo. Esta vez no hicieron un largo trayecto. El funcionario que los acompañaba se detuvo ante la primera puerta a la derecha, y entró sin golpear. Poco

tiempo después, un joven de anteojos, con aspecto de intelectual, salió de la habitación e indicó a uno de los agentes que lo siguiera. Luego la puerta se volvió a abrir y el funcionario del legajo reapareció. Miró en forma penetrante al anciano y le preguntó:

—¿Usted dice, no es cierto, que es Farama Zaharia, viejo director de la escuela primaria de la calle Mantuleasa n° 17?

—Sí —respondió solemnemente Farama—. También fui inspector primario de segunda clase, agregó intentando animar su voz.

El funcionario lo miró de nuevo, con el ceño ligeramente fruncido, y exclamó como si hablara más bien para sí mismo:

—¡Qué curioso!...

Luego desapareció. Volvió después de un largo rato. A Farama empezaban a dolerle las rodillas y se apoyaba de a ratos en una pierna, de a ratos en la otra.

—¡Entre por favor! —dijo el funcionario.

El lugar era una especie de sala de espera con algunos bancos pegados a las paredes, una sola ventana y muchas puertas. El funcionario se dirigió hacia la puerta que estaba más cerca de la ventana y dijo al anciano sin darse vuelta:

—¡Sígueme!

Entraron a una oficina con una sola mesa sobre la que se veían muchos teléfonos. Instalado en la silla, con el cuerpo de espaldas, Dumitrescu esperaba jugando con un lápiz que tenía en la mano.

—¿Desde cuando conoce al camarada Borza?

—Desde que era así —respondió Farama sonriendo, con el brazo tendido—. Fue alumno mío, en la escuela primaria.

—¿Pero cómo supo que era él?

Farama se echó a reír, moviendo la cabeza, con una expresión melancólica en el rostro.

—Mire, es aquí donde las cosas se embrollan. Hasta ayer a la tarde podía jurar que era él, el señor mayor Vasile Borza. Y luego fui a verlo y entonces me dice que no se acuerda...

—¿Pero qué iba a hacer a lo del mayor Borza? ¿Cómo encontró su dirección?

—Le voy a contar lo que sucedió exactamente —empezó Farama con el tono de quien se prepara para un largo relato—. Hace

de esto algunas semanas, en junio, yo paseaba por el bulevar. Tengo que decir que me gusta mucho pasearme por ahí, cerca de la escuela. En general salgo de la estatua de Pache Protopopescu, y vuelvo por la calle Mantuleasa. Entonces me paseo y después descanso en un banco. Ahora bien, vi un camión que se detenía frente al número 128, justo delante de mí. Descendieron algunos jóvenes milicianos, que se pusieron a descargar ese camión. Enseguida uno salió de la casa y les dio orden de volver a cargar todo. Les dijo: «En el cuarto, ¡es el camarada mayor Vasile Borza el que se muda!». De golpe me acordé de él, Borza, Vasile, cuando era pequeño. Y me acordé de su aventura con el hijo del rabino...

—¿Qué aventura? —interrumpió Dumitrescu.

—¡Ah! ¡Es toda una historia! Una historia larga y extraña... Incluso diría, misteriosa. Los diarios hablaron de eso en aquel momento, pero creo que nadie entendió. Puedo decir que quedó como un misterio.

—¿Qué especie de aventura? ¿Por qué piensa que resultó un misterio?

—Quedó como un misterio porque nadie vio claro —empezó Farama, con las fuerzas renovadas de golpe—. Para entender bien esta historia, debe saber que Borza no se encontraba ahí desde el principio, en el sótano, con el hijo del rabino, Darvari y los demás. Darvari Patru, estaba, se puede decir, en el centro de todo. Tenía mucha inventiva. Le seguí la pista durante mucho tiempo, hasta el momento en que desapareció en su avión entre la isla de las Serpientes y Odessa. Desaparecieron su cuerpo y sus cosas. Este Darvari, el niño del que le hablo, había descubierto que uno de sus amigos, Aldea, que iba a otra escuela en la Calea Moshilor, un año antes se había vinculado en Tekirghiol, con el hijo de un tártaro que se ganaba la vida yendo de pueblo en pueblo exterminando moscas. Sí, puedo decir que esa es la palabra exacta: las exterminaba. Si no lo hubiera visto no lo hubiera creído. Al año siguiente fui yo mismo a Tekirghiol y lo conocí. Ese hijo de tártaro era extraordinario. ¡Todavía me parece verlo! Un lindo niño, con la cabeza rasurada, ardientes los ojos como dos perlas de acero. Me parece que lo oigo: «¿Usted tiene muchas moscas en su casa?». Hablaba rumano a la perfección porque había estudiado en Constanza pero conservaba, de todas maneras, el

acento tártaro. «¿Tiene moscas en la casa?», preguntaba. Primero golpeaba a la puerta, para atraer la atención de la gente, después preguntaba desde el umbral del corredor, sin entrar: «¿Tiene muchas moscas?».

Hacía la pregunta un poco irónicamente como si quisiera comprarlas de ocasión, que no era el caso por supuesto. Debo decirle lo que me sucedió. Había oído hablar de él, pero todavía no lo había visto. Lo esperaba. La casa en la que había alquilado una habitación aquel verano se encontraba en lo alto de la colina. Se llamaba Villa Cornelia. Era la última del pueblo. Por eso el joven tártaro llegó a donde yo vivía después de pasar por todas las otras casas. Sin embargo, vino. Era su oficio: se ganaba la vida exterminando las moscas. Vino a la tarde, hacia las dos. Yo estaba durmiendo. Oí que golpeaba la puerta y hacía la pregunta: «¿Tiene moscas?». Salté de mi cama. Deseaba vivamente conocerlo. Tenía moscas, naturalmente, como todo el mundo en Tekirghiol, pero lo que más me interesaba era conocerlo. «No me cuesta conseguirlas, le contesté. ¿Qué quiere hacer con ellas?» «Las cazo y no aparece ni una durante una semana. Si llegara a ver una no me da ni un centavo», dijo. Le pregunté: «¿Cuánto quiere?». «Un leu,¹ dijo. La mitad ahora y el resto dentro de una semana. Si entonces me muestra una sola mosca, le hago una demostración.» «De acuerdo. Le voy a buscar.» Farama se interrumpió:

—Por favor —dijo con otro tono de voz—, no lo tome a mal, tengo que pedirle algo.

—Bueno, idiga! —dijo Dumitrescu.

—Le rogaría que me dejara sentar un instante. Me caigo de cansancio. Sufro de una especie de reumatismo.

—¡Siéntese! —le respondió Dumitrescu mostrándole un asiento con un cabeceo.

Farama se inclinó y se sentó lanzando un profundo suspiro.

—Le agradezco mucho —dijo—. Me di cuenta apenas lo vi que usted tenía buen corazón. Se parece usted a uno de mis queridos amigos llamado Dodobantsu.

¹ Moneda rumana (*N. de la T.*).

—Deje eso —dijo el otro—. Le pregunté qué había ido a hacer a lo del camarada, el mayor Borza. Se está yendo por las ramas y todavía no me ha respondido.

—Ya verá. Es justamente lo que quería decirle. Estaba ahí, sentado en el banco, frente al número 128 y me acordé de él, cuando era mi alumno en la calle Mantuleasa. Pensé: voy a ir a visitarlo. Ha tenido éxito. Es mayor. Charlaremos, hablaremos de la época en que iba a la escuela. Le preguntaré si tiene noticias de Lixandru. Porque en cuarto había trabado amistad con Lixandru. Eran como hermanos. Lixandru también era un muchacho extraño, un soñador, una especie de poeta en su género. Tendría trece o catorce años. Sí, trece o catorce años en cuarto, porque había empezado sus estudios bastante tarde. Había estado mucho tiempo enfermo. Pero cuando fue alumno mío demostró que era brillante. Hubiera podido hacer dos, qué digo, tres cursos en un año. Lo que por otra parte hizo más adelante en el liceo. Yo quería saber si el mayor había tenido alguna noticia de él...

—¿Cómo dijo que se llamaba? —pregunto Dumitrescu bruscamente, como si se hubiera despertado sobresaltado.

—Lixandru, Gherghitsa Lixandru.

—¡Vaya! ¿Y quién era? ¿Qué relaciones tenía con el camarada Borza?

—Muy estrechas —respondió Farama sacudiendo la cabeza—. Eran como hermanos. Cuando Lixandru huyó de su casa, Borza lo ocultó. No en su propia casa, claro, sino en un sótano del solar. Todos esos muchachos, usted sabe, tenían debilidad por los sótanos, por las cabañas abandonadas y eso desde el asunto que le conté, desde esa historia con el hijo del rabino. En esa época había un solar, delante de la universidad. Se le llamaba el terreno del municipio. Habían apilado ahí los bloques de piedra con los que se construyó el ala nueva de la universidad después de la guerra. Todavía me parece verlos: grandes bloques de piedra de un blanco azulado.

—Deje eso —interrumpió Dumitrescu—. Usted hablaba de un sótano y de un misterio con el hijo del rabino. ¿Qué relación hay entre las dos cosas?

—Hay una relación. El hijo del rabino desapareció en un sótano. Desapareció como si nunca hubiera existido sobre la

superficie de la tierra. Sin dejar rastros, como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero sé que ese muchacho, lozi, sabía perfectamente que iba a desaparecer. Se despidió de todo el mundo, abrazó a todos sus amigos y conocidos y después se arrojó al agua y nadie lo volvió a ver.

—¿Qué es eso que cuenta, señor? ¿Dónde sucedió?

—En un sótano abandonado, cerca de la iglesia de los Tilos, pero, si usted quiere entender la historia debe conocerla toda. Es una larga historia... ¿Me permite que prenda un cigarrillo? —preguntó humildemente.

—Por favor.

—Muchas gracias —dijo tomando su tabaquera del bolsillo—. He sido un gran fumador toda mi vida pero actualmente casi he dejado de fumar. Sólo uno de tanto en tanto. Los hago yo mismo. Pero usted probablemente no fuma, ¿no?

—No.

—Está bien —dijo Farama fabricando su cigarrillo—. Se dice que el tabaco provoca cáncer...

Pegó el papel, encendió el cigarrillo y aspiró las primeras bocanadas ávidamente. Luego sonrió y cerró un poco los ojos, con cara soñadora.

—Es una larga historia —empezó—. Para que la entienda, debería saber que todo empezó con Abdul, el muchacho tártaro del que le hablé. Como le contaba, también yo lo vi trabajar. Entró a la pieza, se sentó a la turca sobre el suelo, sacó de su campera una especie de talego de cuero y se puso a murmurar palabras incomprensibles en su lengua, en tártaro. Y entonces vi lo que no había visto en toda mi vida: vi las moscas juntarse como un enjambre negro sobre la cabeza del chico. Entonces formaron una especie de pelota y se precipitaron al talego. Abdul lo cerró y lo puso contra su pecho bajo la campera y se paró sonriendo. Le di un billete y durante toda una semana, exactamente una semana, no vi ni una sola mosca en mi habitación. Había algunas que zumbaban en el pasillo, otras volaban delante de las ventanas pero ninguna, absolutamente ninguna entraba. Al cabo de una semana, Abdul volvió para recibir su segundo billetito. Pero al día siguiente, es decir, ocho días después de esa brujería, las moscas irrumpieron otra vez en mi pieza. Y me

pareció que eran muchas más que antes. Naturalmente, lo volví a llamar para que las quitara. Fue así como vino tres veces, durante las tres semanas de mi estadía en Villa Cornelia. Eso es lo que yo vi. Sin embargo, un año después Aldea se hizo amigo de Abdul. No sé si le habló ni lo que le dijo. En todo caso, más tarde supe por Lixandru que en el otoño Aldea había vuelto a Bucarest con un secreto que le había comunicado Abdul. Según lo que pude comprender, el secreto sería el siguiente: si alguna vez los chicos encontraban un sótano abandonado y lleno de agua, debían buscar no sé que signos. Si descubrían todos esos signos, tendrían la prueba de que ese sótano era un lugar embrujado, y por ese sitio se podría pasar al otro lado.

—¿Qué está diciendo, mi amigo? —exclamó Dumitrescu sonriendo.

—Sí, creo que eso fue lo que le reveló el joven Abdul. Tal vez le haya enseñado otra cosa más, pero Lixandru no me dijo nada. En efecto, todos esos detalles, los supe mucho más tarde, por Lixandru. Aquel año, Aldea, Lixandru y Iozzi, el hijo del rabino de la Calea Moshilor, se pusieron a rondar por solares, en busca de sótanos abandonados. Encontraron muchos, pero sólo dos llenos de agua. Y, según Lixandru, sólo uno tenía signos que correspondían a los que el joven Aldea les había enseñado, siguiendo el conocimiento de Abdul.

—¿Qué clase de signos? —preguntó Dumitrescu.

—No lo sé. No me lo dijeron. Tal vez se trataba de ciertas medidas. Después supe que los chicos siempre se paseaban con un largo bastón y una bolsa. Se encontró el bastón partido en dos pero el bolso desapareció completamente. Tal vez el hijo del rabino se lo llevó con él. Lo que sí sé (y lo sé por la búsqueda y porque todos los periódicos hablaron de eso) es que Lixandru fue el primero en saltar al agua, que hundió la cabeza y se quedó así algunos minutos. Cuando volvió a la superficie, estaba completamente pálido, temblaba de frío y les dijo: «Si me hubiera quedado un poco más no me hubieran vuelto a ver». Enseguida agregó: «¡Si supieran lo lindo que es! ¡Igual que en los cuentos!». Darvari saltó después de él, hundió también la cabeza, pero la alzó enseguida. Le castañeteaban los dientes. Quedaban dos chicos por saltar, Aldea y Ionescu. El primero sabía nadar bajo el agua y se quedó un largo rato. El otro, Ionescu, salió enseguida, casi congelado. Aldea, que sabía nadar muy

bien, salió a la superficie varias veces y les gritó: «¡No la veo más! ¡La había encontrado y después desapareció, se escondió de nuevo! ¡Era como una luz, enorme...!»». Volvió a sumergirse, se quedó un momento en el fondo y después subió, decepcionado. «Era como una gruta de diamante, dijo, y toda iluminada. Parecía que había mil velas prendidas». «¡Es ella!, exclamó el hijo del rabino. ¡La reconozco!»». Después de haber dicho adiós a todos sus camaradas y haber abrazado a Aldea y a Lixandru, se hundió sumergiendo primero la cabeza. Nunca volvió a salir. Los chicos esperaron hasta la noche, luego volvieron cada uno a su casa, después de haberse jurado que no contarían a nadie los signos que habían descubierto. Al día siguiente, Lixandru fue a lo del rabino para ver si el chico estaba en la casa. No había vuelto. La policía lo buscó en todo el suburbio. Después del tercer día, como lozi no había aparecido, Lixandru vino a contarme todo el asunto. Vino con Borza y, sin embargo, Borza no había asistido a esos acontecimientos. Entonces empezaron las investigaciones. Pero desde el principio surgieron dificultades. En efecto, los muchachos decían que había mucha agua en ese sótano, mucho más de dos metros y que no se podía alcanzar el fondo fácilmente. Pero cuando la policía llegó se constató que sólo había un metro de agua. Se buscó sin resultado. Enseguida se hizo llevar una bomba que chupara toda el agua del sótano. Tampoco dio resultado. Más tarde, cuando se reinició la búsqueda, se cavó en el fondo del sótano y se descubrió una vieja pared. La comisión de arqueología intervino y se amplió la zona de excavación. Se encontraron restos de fortificaciones de la Edad Media y, más profundamente, señales de viviendas humanas más antiguas todavía, pero del hijo del rabino ninguna huella.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —preguntó Dumitrescu.

—En octubre de 1915, a comienzos de mes, el 5 o el 6.

Dumitrescu anotó la fecha en una libreta.

—¿En qué parte del pueblo se encuentra ese sótano?

—Cerca de Obor, sobre el solar que se extendía entre Obor y el comienzo del bulevar Pache Protopopescu. Lo he visitado. Vi todas las excavaciones de la comisión arqueológica. Hoy en día no queda nada. Cuando los alemanes entraron en Bucarest, en noviembre de 1916, pusieron ahí un depósito de municiones. Durante la retirada, lo

hicieron saltar. No quedó nada del depósito. Inmediatamente después de la guerra se construyó mucho sobre toda esa zona. Hoy en día sólo hay casas nuevas.

—¿Borza fue allí con usted? —preguntó Dumitrescu.

—Vino con Lixandru. Sabía todo. Sin embargo, no había estado presente en el momento de los hechos.

—Bueno —dijo Dumitrescu sonriendo—. Basta por hoy. Volveremos a hablar.

Con aire de preocupación, apretó un timbre enseguida.

—Conduzca al señor director a la sala B —dijo al miliciano que acababa de entrar—. Hágale servir una comida en la cantina.

—Le agradezco mucho —declaró Farama levantándose de la silla e inclinándose varias veces.

III

Al cuarto día, Dumitrescu almorzó de nuevo en casa de Borza. Cuando estaban por el café, le dijo como al pasar, sin dejar de jugar con el escarbadiantes y mirando vagamente la pared de enfrente donde estaban colgados algunos platos de madera y porcelanas campesinas de Transilvania:

—Los de la tercera sección fueron a la Biblioteca de la Academia y hurgaron en las colecciones de periódicos de 1915. ¿Sabe que Farama tenía razón? Las cosas pasaron como él nos dijo. Iozí, el hijo del rabino, se arrojó al agua y nunca volvió a la superficie. Nunca se encontró el cuerpo. Desapareció sin dejar rastros... ¿Alguna vez escuchó hablar de esa historia? ¿No se acuerda de nada? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—No tengo la menor idea de lo que habla —dijo Borza tomando su servilleta y pasándosela por el rostro.

—Le hablo de su director, Farama, el director de la escuela de la calle Mantuleasa.

Sin decir una palabra, Borza puso la servilleta sobre la mesa y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Sí —continuó Dumitrescu sonriendo—. Está ahora con nosotros. Lo hice detener para investigar, me parecía sospechoso...

—Eso significa —comenzó Borza enrojeciendo—, eso significa... ¡ah! ¡Por eso usted hizo trasladar al portero!...

—No hay ninguna relación entre los dos asuntos. Se le ha confiado otra misión. Pero volvamos a su director, a Farama. Le puedo asegurar que es un hombre curioso. Tiene una memoria extraordinaria. Se acuerda de muchísimos detalles. Me contó con respecto a usted que en cuarto...

—¿Pero no le dije, mi viejo, que no lo conozco, que no fui alumno en su escuela? ¿No le conté que viví en los Tilos, que allí pasé mi infancia, allá en los Tilos?...

—¡Eh, eh! Justamente, ¡esa es la cuestión! Porque usted fue quien llevó allí la conversación, es lo que puedo decirle. En su época,

en los Tilos sólo había tres escuelas primarias: dos de varones y una mixta.

—¿Ah sí? ¿Y qué relación hay entre eso y lo otro? —interrumpió nervioso Borza.

—Hay relación porque en ninguna de esas escuelas se ha encontrado su matriculación...

—¿Pero cómo sabe?

—Hemos hecho averiguaciones...

Borza palideció, lo miró largamente, luego dio un violento golpe sobre la mesa.

—¡Aneta! —gritó—. ¡Tráiganos más café y la botella de ron!

—Le dije que el director me parecía sospechoso —siguió Dumitrescu con el mismo tono suave—. Entonces, mandé a hacer averiguaciones.

—¿Dónde está ese imbécil del director que le voy a romper la cara? —explotó de nuevo Borza dando otro golpe sobre la mesa—. Déjemelo, sólo una noche, ¡y ya verá lo de la matrícula! ¡Le enseñaré a ser razonable y a no andar con denuncias e intrigas!...

Dumitrescu se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Camarada Borza —comenzó en voz baja—, ¿para qué enojarse así contra ese director? En aquel asunto, al menos, no cometió ninguna falta. Que sea sospechoso es otra historia, y cuando hayamos descubierto lo que maquinaba cuando vino a verlo se lo diremos a usted y estará contento... Pero en lo que concierne a sus vínculos con la escuela de la calle Mantuleasa, no tiene ninguna culpa. Usted está inscripto en los registros de esa escuela entre los años 1913 y 1916 y no en las escuelas de los Tilos. Usted declaró que sólo había hecho estudios primarios. Si no los hubiera hecho, no hubiera podido ser nombrado directamente mayor de primera clase. Así que no tiene caso contradecir a Farama. Por otra parte, es probable que usted haya hecho su escuela primaria en Mantuleasa y lo haya olvidado. Sucedió hace más de treinta años. ¿Quién puede acordarse de lo que pasó hace treinta años?

—Puede que lo haya olvidado —dijo Borza volviéndose más cauto—. Y sí, tiene razón: lo he olvidado. Tuve una infancia difícil. Era un hijo del pueblo. Estaba perseguido por la sociedad...

—¡Pero es formidable a dónde usted ha llegado, mi viejo! — exclamó Dumitrescu con tono de admiración—. ¡Qué amigos tendría en esa escuela! ¡Qué individuos curiosos! ¡Parece que hubiera vivido una novela!

—¡Oh!, vio cómo son los niños... —dijo Borza sonriendo, con incomodidad.

—¡No! Hay otra cosa —siguió Dumitrescu con cierta melancolía en la voz—. Usted conoció otra época, pasó su infancia antes de la otra guerra. Tuvo la oportunidad de trabar amistad con chicos inteligentes y emprendedores. Sobre todo con ese Lixandru ¿no es cierto?, así se llamaba... El que tiraba con arco...

—Tengo la impresión de que empiezo a acordarme —dijo Borza poniendo cara de soñador—. Pero, a decir verdad, —agregó—, lo más interesante lo he olvidado. Ahora, que me habla de eso, efectivamente, me parece que me acuerdo de un chico que tiraba con arco. Sí, pero, eso es todo...

Aneta entró con la bandeja e hizo ademán de sentarse pero Borza le advirtió con los ojos que no lo hiciera. Ella sonrió con embarazo, abrió la botella de ron, llenó los vasos y se retiró. Después de haber tragado de una sola vez el contenido del vaso, Borza tomó la botella y se sirvió de nuevo hasta el borde.

—¡Bueno! Y ahora, ¿qué va a hacer ahora? —preguntó—. ¿Lo va a retener mucho tiempo?

Dumitrescu balanceó la cabeza jugando maquinalmente con su palillo.

—Eso no depende de nosotros —contestó—. Primero tiene que terminar de escribir su declaración. A medida que la redacte haremos investigaciones. Terminaremos por saber lo que quería de usted. De todos modos, una cosa es segura: es sospechoso. Todas las historias que cuenta sobre la calle Mantuleasa lo ayudan a ganar tiempo. Pero eso no importa —agregó sonriendo—, dejémoslo hablar. Tenemos tiempo. No nos apresuremos.

—Efectivamente, me pregunto que quería obtener de mí —dijo Borza con aire pensativo—. ¿Cuando lo interrogó, qué fue lo que le dijo?

—Y bien, creo que ahí cometió su primer error —comenzó Dumitrescu con repentina vivacidad—. No se dio cuenta pero cuando

escuché la grabación por segunda vez noté que se había contradicho. Se traicionó sin querer y nos dio así una pista para seguir. Nos dijo que había venido a verlo para conversar un poco, para evocar sus recuerdos de infancia y para preguntarle si tenía noticias de Lixandru. No sé si capta...

—Sí, sí, creo comprender...

—¿No es cierto que sí? Ese Lixandru, según Farama, estaba vinculado con usted y con un niño llamado Darvari. Ahora bien, Darvari (lo hemos verificado) desapareció con su avión, en 1930, entre la isla de las Serpientes y Odessa, sin dejar ningún rastro. ¡O más bien sí! Según ciertos indicios, se habría refugiado en Rusia y eso habría sido, no sé si me sigue, ¡en 1930! Estamos investigando... Ahora bien, es probable que Farama lo haya vuelto a ver varias veces, mucho después de salir de la Escuela Militar e incluso mucho después de la época en que obtuvo su *brevet* de piloto. Según sus propias declaraciones, Farama se encontraba frecuentemente con el mejor amigo de Darvari, Lixandru... Creo que es de aquí que sale la pista —agregó Dumitrescu entrecerrando los ojos, con tono enigmático.

—No me acuerdo absolutamente de nada —dijo Borza con tono desesperado.

—Enseguida, cuando me contó las sesiones que usted tenía de tiro con arco, entendí que había venido a verlo únicamente para hacerlo hablar, para obtener datos sobre Darvari y Lixandru. Porque, a fin de cuentas, y esto creo que usted lo recuerda, ustedes se encontraban en el solar del ayuntamiento y tiraban con el arco.

—Sí. Tirábamos con arco —reconoció Borza asintiendo también con la cabeza.

—Bueno, ¿pero en ese caso no le parece raro que sea justamente a Lixandru que le haya pasado lo que le pasó?

Borza, con la garganta seca, trató de tragar saliva, tomó su vaso de ron y lo tragó de una vez.

—¡Que Dios me castigue si me acuerdo de lo que sea! —exclamó secándose con la servilleta.

—Entonces es amnésico —dijo Dumitrescu sonriendo—. Ha perdido la memoria.

—Debe ser eso, tiene razón. Perdí la memoria. Le conté cómo fui torturado en los sótanos de la prefectura...

—Sí, porque un asunto como aquél no se puede olvidar, incluso treinta años después —siguió Dumitrescu—. Se reunían en el solar y tiraban con el arco. Tiraban únicamente al aire desde que se habían quedado estupefactos al no encontrar la flecha de Lixandru. Eso los había hecho pensar. Lanzaban todas las flechas a quince metros, y en un momento en que Lixandru tiró la suya, ésta voló por encima de los bloques de piedra (usted se acuerda de esos bloques, estaban sobre el solar para la construcción de la universidad), atravesó el solar y se dirigió hacia la estatua de Bratianu. Corrieron en su búsqueda, horrorizados por la idea de que hubiera podido herir a cualquiera que pasara por ahí. La buscaron por el bulevar, cerca de la estatua, y no la encontraron. Entonces, decidieron tirar sólo al aire. Lanzaban las flechas a una decena, una quincena, una veintena de metros de altura, cada uno según sus fuerzas. Sin embargo, cuando fue el turno de Lixandru vieron su flecha volar, volar, la siguieron con la vista mientras pudieron, hasta que sintieron anquilosadas las nuca. Enseguida no la vieron más y se sentaron junto a unas piedras grandes a la espera de que cayera. Tenían miedo, miedo de que cayera con una fuerza enorme y se habían quedado cerca de las piedras para estar protegidos. Pero por más que esperaron dos o tres horas, la flecha no volvió.

—¡Vaya! —exclamó Borza con tono de incredulidad—. ¿Cuándo sucedió eso?

—Según las declaraciones de Farama fue en la primavera de 1916, probablemente en abril o en mayo de 1916, durante los días de Pascua. ¿Entonces? ¿Qué dice a eso? —agregó sonriendo, dándose aires de entenderlo todo—. ¿No le parece sospechoso? ¿No ve la relación entre los hechos? Por eso ha venido a verlo —agregó bajando bruscamente la voz—.

—¡Qué cosa! —murmuró Borza abatido. Dumitrescu se echó a reír con aire jovial y llenó su vaso de ron.

—No se haga mala sangre —dijo—. Vamos a encontrar la coyuntura. Debemos tener un poco de paciencia. Le he pedido que escriba todo lo que sabía de Lixandru y de Darvari. Pidió papel dos veces en tres días. Redacta bien, tiene un estilo suelto, es un artista

pero su escritura es difícil de leer. En este momento, están pasando a máquina lo que escribió hasta ayer a la noche. Pero él se remonta hasta el diluvio, como de costumbre. Leí lo que escribió toda la mañana y todavía no llegué a Darvari. Contó toda una historia con respecto a una amiga de ustedes que era de Obor y se llamaba Oana. ¿Se acuerda de ella? La hija del tabernero. Una chica terrible, ella también. Medía dos metros cuarenta y dos, Farama cuenta su historia empezando por el fin, por su casamiento con un estonio. Murieron y legaron su esqueleto a la universidad de Dorpat. Mandé a hacer investigaciones en Dorpat para saber qué hay de cierto en todo ese asunto. Esperamos el resultado.

IV

Toda aquella semana y la semana siguiente, Farama estuvo escribiendo, inclinado sobre la mesa de madera. Desde la segunda noche, le habían dado otra habitación, en el ala antigua de la construcción, una pequeña pieza con una cama de hierro, un colchón malo, una silla y una mesa. Había una ventana pero daba sobre la pared gris de enfrente. Dos veces por día entraba un guardia que le llevaba comida de la cantina, la apoyaba sobre la mesa y le hacía firmar un bono. Cuando llenaba una resma de papel, Farama se paraba y golpeaba la puerta. El guardia tomaba las hojas escritas y volvía enseguida con una resma nueva. Escribía de los dos lados como le habían pedido luego de recibir las primeras páginas. Cada vez que pasaba al interrogatorio le pedían que escribiera de un modo más legible. De vuelta en su habitación, lo intentaba, separaba bien las letras pero, muy pronto, se dejaba llevar por el impulso de sus recuerdos y retomaba su manera habitual de escribir, difícilmente descifrable.

Farama se daba cuenta muy bien que eran sus garabatos los que le hacían pasar tan seguido por las pesquisas. A veces le pedían a la noche contar lo que había escrito durante el día. El guardia venía a buscarlo y se iban los dos siguiendo un itinerario que nunca era el mismo. Cada vez pasaban por corredores distintos, descendían y subían otras escaleras, atravesaban grandes salas, unas sombrías, las otras demasiado iluminadas, donde no se veía más que un miliciano sentado sobre un banco que luchaba contra el sueño. A veces, el guardia se detenía ante una pared y pulsaba un botón. Enseguida llegaba el ascensor. Subían y bajaban varios pisos. Después el guardia golpeaba una puerta y hacía entrar a Farama en una oficina con demasiada luz. Del otro lado del escritorio, Dumitrescu lo esperaba sonriendo, mientras sus dedos jugaban con un lápiz.

Las cosas transcurrieron así durante dos semanas. Luego, una mañana, el guardia abrió la puerta y gritó:

—¡Sígame!

Farama, que estaba trabajando, se volvió como en medio de un aprieto.

—Acabo de empezar. Tenía unas ganas locas de escribir...

—Es una orden, dijo el guardia.

Farama dejó su portaplumas sobre el papel secante, cerró el tintero y salió. Esa vez, caminaron menos que lo habitual. Al final del corredor, un miliciano los esperaba. El guardia le confió al prisionero. El miliciano condujo entonces a Farama hacia otro ascensor. Descendieron hasta la planta baja, caminaron a lo largo de una pared, después entraron en otro cuerpo del edificio. En el primer piso, el miliciano se detuvo ante una puerta y golpeó. Le abrió un joven. Tenía un rostro luminoso. Se hubiera dicho que sonreía todo el tiempo.

—¿Usted es Farama, el director de la escuela Mantuleasa?

—Soy yo —dijo inclinándose educadamente.

—Venga, pero usted —ordenó al miliciano—, espere abajo.

Atravesaron una sala, después el joven abrió una puerta e hizo señas a Farama para que entrara. La pieza era amplia, iluminada por muchas ventanas y amueblada con lujo. Detrás de un escritorio se encontraba un hombre de alrededor de cincuenta años, con sienes entrecanas, nariz chata y labios muy finos.

—Y bien —exclamó con tono jovial—, dígame, Farama, ¿qué sucedió con Oana?

—Es una larga historia —empezó el director con embarazo—. Para que comprenda bien este asunto, sería necesario que supiera primero la desgracia de su abuelo, el guardabosque. Creo que todo empezó con eso. Cuando lo conocí, en 1915, el abuelo tenía cerca de 95 años. Había traicionado el pacto que tenía con el hijo mayor del pachá de Silistria. Siendo todavía adolescente, lo habían capturado los turcos justo cuando intentaba hacer saltar el polvorín de la guarnición de Silistria. Lo habían condenado a ser arrojado al Danubio maniatado dentro de una bolsa, con piedras en los pies. Así trataban los turcos a los hijos de cristianos condenados a muerte. No los colgaban, no les cortaban la cabeza, los ahogaban. Ahora bien, el hijo mayor del pachá salvó la vida de ese adolescente. Lo reclamó como esclavo y, como tenían casi la misma edad, pronto se hicieron amigos y se volvieron como hermanos. El hijo del pachá se llamaba Selim y

se hubiera convertido en un gran personaje de su país, si no fuera por la traición del guardabosque. Para que entienda bien cómo pasaron las cosas, debo decir que el pachá había casado a su hijo cuando éste tenía dieciséis años. Le había dado dos mujeres al mismo tiempo, una griega turquizada del Fanar² y una turca.

—Vamos, Farama —interrumpió el hombre sentado detrás del escritorio—, basta con eso. Le hice una pregunta precisa: ¿qué pasó con Oana?

—Me es difícil contarlo —dijo Farama a modo de disculpa—. Después de largas reflexiones, he llegado a creer que todo empezó cuando el guarda...

—Basta con el guardabosque —interrumpió nuevamente el otro esbozando una sonrisa—. Dígame lo que sabe de Oana. ¿Cuándo la conoció? ¿Cómo era?

Farama sacudió la cabeza con desesperación. Se hubiera dicho que se preguntaba por qué medio podría hacerse comprender, dado que no se le dejaba contar las cosas tal como habían pasado.

—La conocí en 1915, retomó. Tenía trece años y medía dos metros. No sólo era inmensa, era vigorosa, de espaldas anchas y bella como una estatua. Tenía ojos negros, largo cabello rubio que flotaba a sus espaldas, iba siempre con los pies descalzos y saltaba de un brinco sobre los caballos. Los montaba sin silla, a la cosaca, y sólo elegía animales viciosos. Muy pequeña, los chalanes la llevaban al ferial para que ella probara sus caballos. Así fue como la conocí, todavía me acuerdo: un día el padre de un alumno (comerciante de la calle Armeneasca) vino a verme para decirme que su hijo estaba en la casa, acostado, después de una pelea entre muchachos. «¿Dónde se pelearon?», pregunté. «No quiso decírmelo», respondió el comerciante. «¡Bien, iré con usted y lo averiguaré!» Tomé el sombrero y lo acompañé a la calle Armeneasca. Entré solo a la habitación del chico. Estaba sobre la cama muy pálido. «¿Con quién te peleaste querido?», le pregunté. «Con Oana», me contestó. «Oana, la hija de Fanica, de Obor, pero no nos peleamos, jugamos a la lucha. Yo soy el más fuerte en la lucha. Siempre soy el más fuerte, y mis

² Nombre del barrio griego de Constantinopla, habitado por los fanariotas (*N. de la T.*).

amigos me habían dicho que practicara con ella. Pero Oana no quiso. Se contentó con levantarme sobre su espalda y hacerme girar, como una broma, hasta que uno de los chicos le gritó: —¡Miren! ¡no usa calzones!—. Entonces Oana me arrojó por encima de su cabeza y caí. Mis amigos me trajeron a casa». «Bueno» le dije, «no es nada. Se te va a pasar.» Y cuando estuve con su padre, que esperaba en el corredor, le aconsejé que su hijo se quedara en casa por unos días. «Yo mismo certificaré su ausencia, agregué, pero haría bien en llamar al médico.» Enseguida fui a Obor... Ahora, discúlpeme—comenzó Farama con otro tono—, no se enoje si le pido un favor...

—¡Diga!

—Le pido sentarme un momento. Padezco de una especie de reumatismo.

—Siéntese, por favor —dijo el hombre.

—Le agradezco mucho —respondió Farama instalándose cerca del escritorio y empezando a frotar sus rodillas. Al cabo de unos instantes retomó su relato.

—Fui a Obor por la tarde. Enseguida encontré la taberna de Fanica Tunsu. En el suburbio, todos la conocían. Entré e interrogué al patrón. Era un buen hombre, robusto, algo coloradote, en fin, alguien como cualquiera. «Usted tiene una hija, Oana», comencé. «Es algo extraordinario.» «Su madre y yo hemos hecho lo que pudimos», me respondió el tabernero. «El resto, es asunto de Dios...» No capté en el momento lo que quería decirme. Pero salimos al patio y entonces comprendí. Era verdad. Puedo decir que el asunto era una señal de Dios. ¡Y Dios le había hecho una buena jugada! Oana estaba luchando con un valet, un muchacho sólido como una montaña. Se había quitado las botas y se entregaba a fondo a la pelea pero se notaba que estaba ya sin aliento. Oana lo había golpeado en las costillas, y lo apretaba hasta asfixiarlo. De golpe, ellos giraron dos o tres veces en el lugar, él la volteó y se precipitó sobre ella para inmovilizarla, tenía la espalda contra el suelo. Entonces me di cuenta que el chico tenía razón. En esa época, las mujeres llevaban bajo el vestido una especie de pantalones largos pero Oana no los tenía. No llevaba nada. Era como una estatua, ¿entienden lo que quiero decir?

—¿Y dice que era linda? —preguntó el hombre con cara de ensoñación.

—Era como una estatua —repitió Farama sacudiendo la cabeza—. Una estatua, sabe, si está bien hecha, aunque sea grande, no importa. Oana era así. Si se hubiera paseado completamente desnuda, nadie hubiera notado hasta qué punto era alta y robusta. Pero cuando se la veía vestida, daba miedo. Parecía la hija de un gigante. Así es como empezó la historia de Oana. Con un combate, una lucha. Es una larga historia... ¿Me permite fumar? —preguntó Farama, luego de un corto silencio.

—Claro que sí —respondió el otro con voz ausente como despertando de un sueño.

—Muchas gracias.

Farama tomó su atado del bolsillo y prendió un cigarrillo.

—¿Por dónde empezar? —dijo después de haber aspirado lentamente la primera bocanada—. Le dije que era una larga historia. Duró años y años, hasta 1930. Si me dejaran, la remontaría a 1840. Sí, dura casi un siglo. Pero supongamos que conociera el principio y que estamos en 1915, el año en que tomé contacto yo mismo con Oana. Mis alumnos la habían conocido por azar y se habían hecho amigos unos meses atrás, en la época en la que andaban por los límites del pueblo, en busca de sótanos abandonados. Ella congeniaba sobre todo con Lixandru y Darvari. Durante el verano siguiente, en 1916, los dos muchachos iban todos los sábados a Obor, y Oana los llevaba en su carro a lo de su abuela, en el bosque del Pájaro, y ahí se quedaban hasta el lunes a la mañana. Oana los quería, eran chicos listos y llenos de imaginación. Ella también tenía imaginación y mucha, pero a su manera, como verán. Muchas cosas pasaron allí durante la noche en el bosque del Pájaro. No sé todo, pero lo que supe me bastó para entender por qué esos jóvenes emprendían caminos tan inesperados. Deben saber, en efecto, que aparte de Lixandru, que tenía por entonces casi catorce años, los otros cinco eran niños. Tenían entre once y doce años. Ionescu fue quien me contó el primer acontecimiento. Creo que aquella noche, hacia el comienzo del verano, en junio, el joven Ionescu, tenía sed. Se levantó y fue a buscar agua a un tonel que se encontraba afuera. Los chicos dormían en una especie de granero, cerca de la casa del guardabosque, en pleno corazón del bosque. Después de beber, Ionescu contempló el bosque y creyó ver una aparición. Tuvo miedo.

Pero pronto se dio cuenta de que era Oana y entonces, descalzo, se puso a seguirla. Era curioso por naturaleza. La luna brillaba. Podía seguir a la joven a distancia. Pero no tuvo que caminar mucho. Oana se detuvo al borde de un claro. Se quitó el vestido y, completamente desnuda, se puso a escarbar, de rodillas entre la hierba. Luego se levantó y bailó en redondo, girando sobre sí misma, sin dejar de cantar y murmurar palabras. El chico no oía todo lo que decía pero escuchó esta frase: «Mandrágora, dame la suerte, cásame!» Niño como era, no se dio cuenta de que se trataba de una cantilena mágica, de una brujería de matrimonio. Estaba arrodillado detrás de un árbol, a unos metros de ella, listo para saltar y asustarla. De golpe vio que Oana dejaba de bailar, ponía las manos sobre sus caderas y gritaba: «¡Cásame! ¡Cásame!, me arde la cabeza». Un momento después, el chico petrificado vio surgir de la maleza un fantasma, una vieja en harapos, con los cabellos revueltos, y un collar de oro alrededor del cuello. Se precipitó amenazante sobre Oana y le gritó: «¡Hola, especie de loca! ¡Todavía no tienes catorce años!». Oana cayó de rodillas e inclinó la cabeza. «¡Cálmate!», dijo la vieja. «Lo que el destino te ha preparado no puedo deshacerlo. Cuando te llegue el momento de casarte, ve a la montaña. Es de allá arriba que vendrá tu marido. Un brujo como tú, montado sobre dos caballos y un pañuelo rojo alrededor del cuello.» Enseguida, contó Ionescu, el fantasma desapareció entre los matorrales. Pero a partir de aquel momento Oana sólo tuvo un pensamiento: la montaña. Sin embargo, en otoño Rumania entró en guerra y la joven no logró llegar arriba. Pero igual se encaminaba hacia allí, aunque no sola. Se llevaba con ella a los muchachos...

—¿Cómo el padre la dejaba irse así, a los catorce años, por la montaña, sola en medio de esos muchachos? —preguntó el hombre instalado detrás del escritorio.

—¡Ah! —dijo Farama sonriendo— es una larga historia. Le conté una parte anteayer. No sé si tuvo oportunidad de echar una ojeada sobre lo que he escrito. Su padre la dejaba irse porque aquel año el doctor había vuelto a lo del guardabosque y ese doctor estaba dotado de curiosos poderes.

—¿El doctor? ¿Cómo era? —preguntó el hombre—. ¿Cómo se llamaba?

—Su verdadero nombre sólo lo sabía el guardabosque. Lo conocía desde su infancia. La gente lo llamaba doctor porque era entendido en medicamentos de toda clase y viajaba todo el tiempo a países extraños, lejanos. Hablaba muchas lenguas, era versado en ciencias innumerables y curaba a la gente y a los animales con remedios simples, de vieja. Pero sentía debilidad por la prestidigitación. Tenía un inmenso talento. Era un ilusionista y un fakir. ¡Dios sabe de qué no era capaz! Hacía cosas increíbles, y todo eso por puro placer. Sólo se exhibía en ferias campesinas y en pueblos chicos, nunca en Bucarest. Tenía una pasión: tomar algunos niños en dos carretas de tres caballos y recorrer el país, de pueblo en pueblo, desde San Pedro al 15 de agosto. Aquel año, 1916, había partido con Oana, Lixandru, Aldea y Ionescu. Habían logrado llegar a Campulung y de ahí se habían encaminado en dirección a la montaña. Pero no habían tendido tiempo de subir mucho porque Rumania, como le dije, había entrado en guerra... ¡Un gran prestidigitador! — exclamó Farama sacudiendo la cabeza.

—¿Usted lo vio?

—Lo vi con frecuencia trabajando, quiero decir, durante sus juegos malabares. La primera vez fue en el jardín del guardabosque. ¡Un ilusionista fabuloso! ¡A pesar mío hice la señal de la cruz! Un domingo por la tarde esperábamos que los caballos fueran enganchados a los carros para partir. Éramos unos diez y todos teníamos que estar al día siguiente en Bucarest. «¡Esperen! ¡Voy a mostrarles algo!», exclamó el doctor aplaudiendo para pedir silencio. Enseguida se puso a rondar la calle con las manos en los bolsillos, el ceño fruncido y aire pensativo. De pronto, levantó el brazo en el aire y tomó un objeto. Mirándolo bien, nos dimos cuenta que se trataba de una especie de barra larga de vidrio. La apoyó en el piso y empezó a hacerla girar, a estirla y la convirtió muy rápido en un cristal cuadrado de un metro y medio más o menos. Lo puso en el piso y de nuevo empezó a estirar la figura por un lado. El vidrio se desplegaba detrás de él. Al cabo de dos o tres minutos, había fabricado un recipiente de vidrio, una especie de enorme pecera. Enseguida vimos brotar el agua del terreno, burbujeante, y el recipiente se llenó hasta el borde. El doctor hizo más gestos y vimos peces de todas clases, grandes y de varios colores, que nadaban adentro. Estábamos

petrificados. El doctor prendió un cigarrillo, después se volvió a nosotros y dijo: «¡Acérquense! ¡Miren con atención los peces y pídanme lo que quieran!». Nos acercamos y reparamos en un enorme pez, con la aleta dorsal azul y los ojos rosados. «¡Ah!, dijo el doctor, eligieron bien. Es un *Ichthys Columbarius*, un pez raro que vive en los mares del Sur.» Y, sin quitarse el cigarrillo de la boca atravesó la pared de vidrio, como una sombra, y se introdujo en la pecera. Se mantuvo en el agua cierto tiempo, en medio de los peces, como para mostrarse ante nosotros. Se paseaba con el cigarrillo en la boca sin dejar de fumar, después tendió la mano y tomó el *Columbarius*. Salió de ahí como había entrado, atravesando el vidrio, con el cigarrillo siempre a un costado de la boca. Nos mostraba el pez en la mano. Vimos al animal que se debatía en su puño, pero sobre todo lo mirábamos al doctor. No se le veía la más mínima gota de agua, ni sobre su rostro ni sobre su ropa. Uno de nosotros se apoderó del pez que se escapó bruscamente y saltó al pasto. Nos abalanzamos todos para atraparlo. El doctor se reía. Tomó al animal, se acercó a la pecera, estiró la mano a través del vidrio y volvió al agua. Después golpeó las manos y el acuario, con agua y peces, desapareció de golpe.

—¡Un gran ilusionista! —exclamó el personaje instalado tras el escritorio.

—Sí, increíble —dijo Farama—. Pero todo lo que acabo de contarle no es nada en comparación con lo que hacía en las ferias y los mercados, sobre todo en verano cuando llevó con él a Oana y los muchachos. No le cuesta imaginarse que después de haberlo visto en el bosque del Pájaro, ardía en deseos de encontrarlo de nuevo. Me uní a ellos en el tren a Domneshti, a cuarenta kilómetros de Campulung. Ahí había un gran mercado de animales, y me quedé ahí con ellos durante cinco días. Hacía malabarismos dos o tres veces por día, y los variaba constantemente. Todas las veces cambiaba también el ceremonial. Le encantaba actuar con gran pompa y presentar su espectáculo como una fiesta de gala. El primer día, Lixandru hizo su aparición sobre un caballo blanco, vestido como un príncipe, y se paseó de aquí para allá por la aldea sin pronunciar una palabra. Digo que era Lixandru porque ya lo sabía, había conversado con él esa mañana. Si no, no lo hubiera reconocido. El doctor lo había

metamorfoseado, lo había hecho más alto y fuerte. Parecía un apuesto muchacho de veinte años. Llevaba una abundante cabellera que caía con bucles sobre sus hombros a la antigua usanza. Su cara no había cambiado en realidad pero no era en absoluto la suya: era mucho más bella, su mirada era diferente, profunda, noble y melancólica. ¡Si lo hubiera visto así vestido sobre ese caballo! La gente, algunos cientos de personas, se agruparon a su alrededor y los siguieron hasta la carpa del doctor. Era una carpa gigante como la de los grandes circos de las ciudades. Nunca supe cómo el doctor podía transportarla de un pueblo al otro. Sólo había dos carros. Delante de la carpa estaba Ionescu para recibir a Lixandru. Él también estaba irreconocible. Alto y fornido, los labios gruesos como de un negro, vestido con un pantalón amplio a la turca, el pecho desnudo y un yatagán en la mano, gritaba: «¡Entren!, trabajamos para ganar la dote de Oana». Cuando la gente entraba, era recibida por Aldea, instalado en una mesa de gran señor, con las patas revestidas de oro, y rodeada de bolsas llenas de monedas de oro. «¡Cinco centavos, cinco centavos!, gritaba Aldea, ¡y le cambiamos la moneda!» La gente daba sus cinco centavos y recibían un ducado de oro. «¡Cuidado!, decía Aldea, ¡no tienen circulación, no tienen ningún valor!», y hundía su mano en una de las bolsas para distribuir las monedas.

—¡Un gran ilusionista! —exclamó el personaje sentado ante el escritorio.

—Muy grande —dijo Farama—. Quise ver una de las bolsas de cerca y los ducados que contenía. «Ya no tienen circulación, señor director», me dijo Aldea. Era cierto, eran táleros de la época de María Teresa y ducados de Pedro el Grande así como monedas turcas de distintas clases... Pero esto no tiene comparación con lo que iba a pasar a continuación. Cuando la carpa estuvo llena de espectadores, el doctor apareció en escena. Iba de frac y guantes blancos. Llevaba bigotes largos y finos, muy negros. Golpeó las manos y Oana se le acercó. Era la única que no había cambiado, salvo por la vestimenta, un maillot blanco, adherido al cuerpo. Parecía una estatua. Enseguida el doctor levantó la mano y tomó, como si flotara en el aire, una cajita parecida a una caja de remedios. Empezó a estirla, a ensancharla y la caja creció a ojos vistas. La ensanchó, la estiró hacia arriba y abajo.

A fin de cuentas, la transformó en un cofre de dos metros por dos metros. Después le pidió a Oana que la sostuviera con sus manos y la levantara lo más alto posible por encima de su cabeza. La joven, inmóvil, con los brazos estirados sosteniendo el cofre en el aire, se parecía cada vez más a una estatua. Parecía una cariátide. El doctor dio algunos pasos satisfecho, se puso delante de ella, estiró la mano otra vez y tomó en el vacío una caja de fósforos. Alargó los trocitos de madera, los ensanchó y aumentó de tamaño e hizo con ellos una escalera que apoyó contra el cofre. Enseguida se volvió hacia el público y gritó: «¡Que las autoridades se aproximen!». Como nadie se atrevía a avanzar, se puso a llamar a la gente por su nombre como si los conociera desde siempre. «Señor alcalde, por favor, acérquese, señor alcalde, con su mujer. Traiga también a Ionel. Venga, señor director de Correos, señor sargento mayor Namolosu. Venga, usted también, señor maestro Untel...» Y así sucesivamente. Se dirigía a cada uno por separado y le pedía salir de la multitud. Después le tomaba la mano y lo invitaba a subir por la escalera y entrar en el cofre. La gente dudaba un poco, pero una vez que llegaban arriba, ante la abertura de la caja, tenían vergüenza de dar media vuelta y entraban. Fue así como el alcalde, su mujer y su hijo Ionel desaparecieron en la enorme caja, luego el maestro, y el director de Correos, así como el teniente de alcalde y toda su familia: él había ido con sus tres cuñadas, cada una acompañada de sus hijos. Enseguida, gente elegida al azar, que el doctor llamaba por turno por su nombre. Todos treparon la escalera, alrededor de cuarenta personas. Al fin, el doctor vio que acababa de llegar el pastor y avanzó hacia él para invitarlo. «Le ruego, padre, ¡venga usted también!» Al principio, el pastor no quería. «¿Qué es esta brujería, doctor?, preguntó, ¿qué va a hacer con esa gente?», «¡Le ruego, padre!, ¡venga y ya verá!» El pastor era un hombre mayor y caminaba con dificultad pero tenía gran prestancia y cierta robustez. Subió despacio y desapareció, a su vez, en el cofre. Durante todo ese tiempo, Oana había permanecido inmóvil, como si tuviera en las manos un simple pañuelo. Cuando constató que el pastor ya había entrado, el doctor trepó la escalera y se puso a manipular el cofre. Lo apretó, lo comprimió por los costados, por la base y la tapa hasta que lo redujo a la mitad. Lo tomó por el medio y lo bajó hasta el piso. Ahí, ante los ojos de la gente,

volvió a aplastarlo, a comprimirlo y, al cabo de algunos minutos, logró darle sus primitivas dimensiones, las de una cajita de remedio. La tomó entre los dedos y la hizo girar unos instantes. Se volvió minúscula, no más grande que un garbanzo. Le preguntó a la gente: «¿Quién la quiere?». Un viejo respondió desde atrás: «¡Yo! ¡Démela a mí, doctor! Todos mis nietos están adentro». El doctor la soltó como un papirotazo, pero se había hecho tan chiquita que apenas la disparó, desapareció completamente. Se escuchó entonces como un chasquido de látigo y todo el mundo, el pastor, el alcalde, todas las otras personas, se encontraron de nuevo en su lugar, exactamente como antes...

—¡Un ilusionista formidable!...

—Inaudito —agregó Farama sacudiendo la cabeza—. Pero lo que acabo de contar no es nada comparado con lo que pasó en Campulung. De verdad que en Campulung el doctor superó los límites. Toda la guarnición estaba ahí, el general en jefe, los oficiales y sus familiares. Claro que estaban ahí porque en las primeras horas de la tarde había habido fiesta en el jardín público. El general estaba satisfecho con el ambiente y había dado permiso a la tropa así como a la banda, de asistir a la función. El doctor los invitó a todos a subir al cofre. Sin embargo, en mi opinión, cometió un error. No tendría que haber dejado tocar a la orquesta mientras trepaban la escalera. Lo exigió. Los músicos soplaban los trombones detrás de los clarines. Después seguían los tambores y todos iban desapareciendo en el cofre. Al fin, sólo se escuchó, en la cima de la escalera, a un músico, el último de los tambores. No sé qué le agarró ahí arriba, pero siguió golpeando el instrumento sin querer entrar. El doctor le hizo señas para que dejara de golpear y le preguntó: «¿Qué pasa, joven soldado? ¿No entras? ¿Por qué? ¿No hay lugar para ti?». «¡Sí que lo hay! ¡En el cofre no hay nadie!»

El doctor se rió a carcajadas y estiró la mano. Inmediatamente todos se volvieron a encontrar en su lugar y la banda prorrumpió con el himno del regimiento. Pero el general, furioso, se puso a vociferar: «¿Quién les dio orden de tocar?...» Y las cosas dieron tal giro que ahí, en Campulung, el doctor no se pudo quedar hasta el fin de la feria.

Farama se calló y su rostro adquirió un aspecto soñador.

—¿Y entonces? —preguntó el hombre—. ¿Qué pasó con Oana?

—Justamente, pensaba en eso —dijo Farama frotándose las rodillas, con cierto embarazo—. ¿Cómo contarle lo que sigue, si no retrocedo para hablar de Lixandru y de Darvari, si no le hablo, sobre todo, de los nuevos amigos que habían encontrado en la taberna de Fanicas Tunsu? Es una larga historia y, para que la entendiera, tendría que saber lo que le pasó a Dragomir y a Zamfira...

El personaje instalado en el escritorio pegó una carcajada, rápidamente reprimida, y pulsó el timbre.

—¡Está bien! Seguiremos charlando en otra oportunidad —dijo. La puerta se abrió y el joven de rostro luminoso reapareció.

—Muchas gracias —dijo Farama. Y se levantó bruscamente haciendo varias reverencias.

V

Al día siguiente Farama supo que su interlocutor de la víspera se llamaba Economu y que era subsecretario de Estado en el Ministerio del Interior. Cuando Dumitrescu lo recibió instalado en su escritorio, le dijo más malhumorado que de costumbre:

—Ya leí doscientas páginas y todavía no logro saber qué le pasó a Darvari. Lo de Lixandru y los demás es secundario. El camarada subsecretario de Estado, Economu, tiene debilidad por la literatura y el personaje de Oana le apasiona. El que nos interesa a nosotros es Darvari. Cuando usted fue a ver a Borza, pensaba interrogarlo sobre Lixandru y no tenía la intención de hablarle de Oana. Vuelva entonces a Lixandru y a Darvari... Usted decía, hace unos días, que Lixandru había empezado a enseñar hebreo a Darvari. ¡Qué idea! Darvari había entrado a la Escuela Militar. ¿Tenía necesidad de aprender hebreo?

—No tenía necesidad —respondió Farama tímidamente—. Pero le dije que es una larga historia y todo lo que sucedió está absolutamente relacionado con Oana. Debe saber que Lixandru partió de Bucarest en el otoño de 1916, durante la retirada, y cuando volvió en 1918, era un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años. Entró en tercer año del liceo Spiru Haret porque había seguido sus estudios con lecciones particulares, en Iasi. Un año después, Darvari había entrado a la Escuela Militar de Târgul-Muresh. Ahora bien, un buen día, no sé ya por qué circunstancias, Lixandru fue a ver al rabino de la Calea Moshilor y le dijo: «Puede que no me reconozca. Me llamo Lixandru. Soy el amigo de lozi. Quiero saber lo que le pasó y es por eso que vengo a hablar con usted. Si lozi hubiera vivido, usted le hubiera enseñado hace tiempo el hebreo. He venido para que usted me lo enseñe como se lo hubiera enseñado a lozi». El rabino no respondió nada pero lo contempló largo rato, pensativo. Al fin le dijo: «Está bien, le enseñaré. Venga por las mañanas, una hora antes de ir a clase, y luego, una hora antes del atardecer». Fue así como Lixandru se puso a aprender hebreo y, como muchacho inteligente y

aplicado que era, en dos años, justo al recibirse de bachiller, logró un manejo del hebreo lo bastante bueno como para traducir cualquier libro del Antiguo Testamento, como si se tratara de un poema extranjero que conociera bien. Olvidé decirle que Lixandru tenía un temperamento soñador. Desde la escuela primaria tenía inclinación por la poesía. En el liceo no dejaba de leer a poetas. Pero aun en ese campo tenía gustos raros. A los dieciséis años leía a Calderón, Camoens, Sá de Miranda...

—Deje eso —dijo Dumitrescu interrumpiéndolo—. Dígame por qué a Darvari se le metió en la cabeza aprender hebreo. ¿Cómo habiendo tantas materias en el programa de su Escuela Militar, quiso estudiar esa lengua? ¿Para qué podía servirle el hebreo? ¡Más cuando quería ser aviador!

—Justamente, eso fue lo que le dio la idea de aprender hebreo. Todo empezó cuando Darvari le dijo que sería aviador. «Así que debes venir conmigo para que busquemos a lozi. Y para eso tienes que aprender hebreo. Sabes, lozi no está muerto. Si lo estuviera, se hubiera encontrado el cuerpo. Debe estar en alguna parte, aquí, debajo de la tierra, y no lo vemos o más bien no sabemos buscarlo. Pero al fin lo voy a lograr de todas maneras...» Y esa es la razón por la que se puso a estudiar hebreo. Sólo le daba lecciones durante las vacaciones. Le había comprado una gramática y un diccionario y lo impulsaba para seguir su aprendizaje incluso cuando estaba en la Escuela Militar en Târgul-Muresh. Pero no creo que Darvari haya logrado aprender mucho de hebreo. No tenía la memoria de Lixandru ni su pasión por el trabajo. Y además había otra cosa. En aquellos años, 1919, 1920, los chicos se habían encontrado con Oana. Iban los sábados a la noche a la taberna de Tunsu y la llevaban a Oana a pasearse con ellos. No iban hacia el lado de la ciudad sino siempre hacia los arrabales donde todo el mundo conocía a la joven y donde no los molestaban cuando los veían con Oana. Atravesaban los terrenos baldíos y llegaban justo a los cultivos, hasta el límite de los campos de trigo. Oana iba en el medio del grupo, las trenzas flotaban sobre sus hombros y cantaba canciones que los jóvenes tarareaban en sordina. Las noches de luna llena, se detenían sobre el brezal o al pie de las moreras para descansar un poco. Una vez Lixandru

exclamó: «¡Oana, voy a escribir contigo una mitología nueva!». Debo decir que Lixandru era el preferido de Oana.

—¡Dejemos a Oana! —dijo Dumitrescu—. ¡Le dije que lo que nos interesa a nosotros, en primer lugar y antes que nada, es el caso Darvari!

—Es justamente sobre él que yo quería contarle una historia —respondió Farama sonriendo con incomodidad—. Sabe que durante las vacaciones, sobre todo las del verano de 1919 y las de Pascua, en 1920, Darvari no faltó a ninguno de los paseos que hacían Oana, Lixandru y los demás jóvenes. Esos paseos eran tan ricos en incidentes que se explica muy bien por qué Darvari no logró aprender hebreo. Todos tenían entre quince y diecisiete años y su máximo placer era pasearse horas enteras, volver tarde e ir a pasar un rato a la taberna de Tunsu. A veces llegaban muy tarde, a eso de las dos o las tres de la mañana. El patrón iba a acostarse apenas los veía entrar, y la tasca se convertía, entonces, en el dominio de Oana y de los músicos de la pequeña orquesta, si no se habían ido todavía. De vez en cuando se veía a un borracho llegar a la sala pero se mantenía tranquilo, evitando hacer escándalo. Todos le tenían miedo a Oana. Así es como esos jóvenes tomaron posesión de la taberna para pasar ahí buenos momentos. Bebían pero con moderación. Lixandru tocaba apenas el vino aunque era el más exaltado y apasionado. Se instalaba en la mesa, apoyaba la mano en el hombro de Oana, le acariciaba los cabellos y le recitaba sus poemas preferidos, sobre todo de autores españoles. Nadie entendía el castellano pero todos lo escuchaban con la mirada fija. Oana se quedaba en estado de ensoñación, como extraviada. A menudo, cuando Lixandru la despertaba, tenía la impresión de que ella había estado llorando. Y resulta que una noche, muy tarde, hacia el amanecer, mientras nuestro recitador declamaba con la mano apoyada en el hombro de Oana, una pareja entró en la taberna. El joven era algunos años mayor que Lixandru y estaba vestido con mucha elegancia. Su rostro era hermoso pero sombrío, y una sonrisa provocante flotaba sobre sus labios. Pareció algo desconcertado cuando oyó a Lixandru recitar a Calderón y exclamó: «¿Pero cómo? ¿No eres rumano?». La joven mantenía la vista fija en Oana. «¡Es ella!, gritó, ¡ella! ¡Mi estatua!» La mujer era de una belleza incomparable pero tenía algo de salvaje en sus actitudes y su

vestimenta, algo excéntrico, como se decía antes. Se puso de repente a golpear las manos. Se acercó a Oana como si se tratara de una obra de arte. Luego se sacó su brazaletes y se lo tendió declarando: «Humilde ofrenda de parte de Zamfira». Los muchachos supieron después que ése no era su nombre pero que a ella le gustaba que la llamaran así. Así también, llamaba Dionisio a su primo, el joven que la acompañaba, aunque su verdadero nombre era Dragomir. Esa joven pareja, supimos enseguida, había tenido muchas experiencias. Su familia descendía del boyardo Calomfir. Para que usted comprenda bien no sólo cuáles fueron esas experiencias sino también sus consecuencias, sería necesario que conociera la vida del boyardo Calomfir.

—Farama —dijo Dumitrescu interrumpiéndolo con rudeza—, lo dejé hablar para ver hasta qué punto se imagina que puede tirar de la cuerda sin que se rompa. Usted persigue un objetivo contándonos sus pamplinas: cree que atiborrándonos de palabras va a salir del apuro más fácilmente. Le dije que se limitara a Darvari.

—Pero justamente yo quería llegar a él —dijo Farama con un tono de excusa—. Todo empezó aquella noche, la noche en que conoció a Zamfira. Le dije que la joven que se hacía llamar así era increíblemente hermosa. Darvari quedó petrificado de admiración al verla. Enseguida se enamoró de ella. Parecía que lo había embrujado. Lixandru preguntó amablemente pero con un tono muy frío a los jóvenes: «¿Qué desean?». Dragomir le contestó: «Yo vengo a beber, pero ella, la bella Zamfira, vino para buscar a su modelo». Lixandru replicó: «Lo lamento pero en este momento, a las tres de la mañana cuando Dios desciende a la tierra, nos gusta divertirnos solos.» Pero entonces Darvari hizo un gesto a Lixandru para pedirle que se quedaran y Zamfira lo vio. Se acercó a Darvari, lo tomó de la mano y le dijo: «¡Aquí hay un muchacho amable! Él nos deja que nos quedemos en la taberna de ustedes». Darvari se puso pálido de la alegría y la emoción. «¡Te dije que los dejáramos quedarse, Lixandru! A lo mejor ellos también tienen sus señas...» Entonces, el recién venido declaró con la misma sonrisa amarga en los labios: «Si les gusta armar bronca me da lo mismo porque, saben, yo solo puedo hacerlos polvo a todos. Pero a la que tengo miedo es a la modelo. Con ella tendría que usar el revólver y en ese caso no se sabe a dónde

puede ir a parar la bala. Y se puede armar un escándalo». Oana se empezó a reír y exclamó: «¡No le tengo miedo a las balas, querido! El plomo no puede alcanzarme». «Pero no se trata de balas de plomo», replicó el joven. «Se escucha la detonación y hay cinco clases de tinta...» Sacó el revolver del bolsillo y lo mostró. Parecía una browning, pero en lugar de cartuchos tenía unas cápsulas potentes. En un extremo tenían bolillas llenas de un líquido coloreado. «La acabo de recibir de Londres», agregó Dragomir. «Sirve para duelos mundanos, incluso de salón. Tira balas de cinco colores...»

Justo en ese momento el teléfono sonó y Dumitrescu estiró la mano para alzar el receptor. Desde que escuchó las primeras palabras enrojeció.

—Sí, está aquí, dijo... Sí, como usted diga... Entiendo... —y colgó el auricular.

—Es suficiente por hoy —dijo a Farama.

Parecía preocupado y Farama sintió de pronto una gran simpatía por él.

—Lo van a interrogar otras personas. Le conviene no hablar más de Borza. Limítese a Lixandru y a Darvari. El tal Borza nunca fue su alumno en la calle Mantuleasa. Nunca fue a la escuela, ni siquiera a la escuela primaria. Se descubrió que vivió mucho tiempo como un pillo en el barrio de los Tilos y que se convirtió en agente de Seguridad. Pero se introdujo en el Partido en forma fraudulenta. Creo que me ha entendido —agregó pulsando el timbre.

—Entendí y le doy las gracias —dijo Farama levantándose bruscamente y saludando con respeto.

VI

Esa semana el comisario Dumitrescu no convocó a Farama para el interrogatorio, lo que no impidió que el prisionero siguiera escribiendo sin cesar. El guardia iba regularmente a retirar las hojas escritas y le dejaba más papel. Una mañana entró a la pieza sonriendo y dijo:

—¡Vamos, vamos afuera! Va a tener una sorpresa...

Farama apoyó el portaplumas sobre el papel secante, cerró el tintero y se levantó. En el pasillo, cerca de la puerta, lo esperaba un joven vestido de manera elegante.

—¿Es usted Zaharia Farama? —le preguntó.

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme...

Descendieron al patio, lo atravesaron y penetraron en otro cuerpo del edificio. Tomaron un ascensor y Farama observó que el joven lo miraba con curiosidad y una sonrisa permanente.

—Yo también soy escritor —le dijo cuando el ascensor se detuvo—. Sus recuerdos me interesan mucho.

Recorrieron algunos corredores, luego el joven detuvo a Farama ante una puerta maciza, golpeó y le hizo señas de entrar. Farama avanzó encorvado, como siempre, y la cabeza ligeramente inclinada, pero cuando vio a la mujer que lo miraba del otro lado del escritorio con una sonrisa vanidosa en los labios, le empezaron a temblar las piernas.

—¿Me reconoce? —preguntó ella.

—¡Claro! —dijo Farama inclinándose respetuosamente—. Usted es la señora ministro Anca Vogel.

—La camarada ministro —rectificó ella.

—La temible Anca Vogel —agregó Farama tratando de sonreír—. Así la llaman, la temible combatiente...

—Lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Pero todavía no entendí por qué la gente me tiene miedo. Soy buena como el pan. Sólo soy mala con mis enemigos y ni siquiera siempre...

Farama se atrevió entonces a mirarla directo a los ojos y no sin admiración. Le parecía dura, mucho más de lo que hubiera creído por las fotos de los diarios. Era una mujer de unos cincuenta años, inmensa, con la cara demasiado ancha surcada por arrugas profundas, la boca enorme y el cuello rechoncho. Llevaba el pelo gris corto como un varón. Fumaba. Tendió a Farama por encima del escritorio un paquete de Lucky Strike.

—¿Fuma? —le preguntó—. Tome asiento y prenda un cigarrillo.

Farama se inclinó nuevamente y se instaló en el sofá. No sin titubear tomó el paquete de Lucky Strike.

—Al lado tiene un encendedor —le dijo Anca Vogel—. No sospecha por qué lo he mandado a llamar —siguió, mirándolo derecho a los ojos con una sonrisa—. Leí varias páginas de su declaración. No pude seguir porque es demasiado minucioso y no tengo tiempo. Pero lo que escribió me gustó. Si pudiera dominarse y controlar el torrente de sus recuerdos se convertiría en un gran escritor. ¡Pero ahí está el asunto! Usted no sabe dominarse. Pierde el hilo y se empantana. Encargué una síntesis de todos los pasajes que hablan de Oana. Conozco su historia, de cabo a rabo, pero todavía no logré comprender lo que le pasó. De minucioso...

—Tal vez tenga razón —respondió Farama bajando la cabeza—. No soy escritor y ni siquiera sé cómo todas esas cosas aparecen bajo la pluma. Pero la historia de Oana no puede entenderla por la sencilla razón de que Oana no estaba sola en el mundo. Era la hija de Fánica Tunsu, y, sobre todo, era la hija del guardabosque. Todo lo que le pasó es continuación, consecuencia, resultado del hecho de que el guardabosque traicionó el compromiso que había concertado con el hijo mayor del pachá de Silistria...

—Me va a contar otra vez todo eso —le dijo Anca Vogel interrumpiéndolo—. Por el momento quisiera saber en que se convirtió ella después del fin de la guerra. ¿Cuándo se fue a la montaña? ¿Cuándo sucedió eso?

—Durante el verano de 1920.

—¿La vio en ese momento?, ¿cómo era?

—Era como una estatua. Tenía dieciocho años y llegaba a los dos metros cuarenta.

—¿Era linda?

—Sí, como una diosa. Una Venus. Su pelo de un rubio rojizo le caía sobre los hombros que siempre estaban desnudos. Tenía un pecho bien formado y duro como el mármol. No se le podía quitar la mirada. El rostro era sonriente y dulce como el de una divinidad benefactora. Tenía labios carnosos color sangre y ojos negros, ardientes, que hacían estremecer. Pero todo eso para nada. Ya le dije que ella medía dos metros cuarenta. Nadie se atrevía a acercársele. Toda vestida daba miedo. Sin ropa, desnuda se habrían acostumbrado a verla. Parecía tallada en mármol, como una diosa, inmensa, inmensa...

—Está bien, isiga! ¡Cuénteme! —dijo Anca Vogel prendiendo otro cigarrillo.

—Un buen día fue al encuentro de su padre y le dijo: «Se acerca el momento. Me voy a la montaña. De ahí arriba va a llegar mi marido...». Y partió. Tomó el tren, pero la hicieron descender en Ploieshti porque unos soldados se la tomaron con ella y ella les dio una tunda a todos, para su mayor vergüenza. La chica tenía una fuerza hercúlea, más terrible todavía de lo que parecería tratándose de una gigante como ella, un coloso de dos metros cincuenta o casi... Digo que los avergonzó porque les quitó los pantalones y les dio una paliza uno por uno como a los niños. De golpe la hicieron descender en Ploieshti. Fue a pie de pueblo en pueblo, cantando con su bolso al hombro y al cabo de una semana o menos había llegado a los Cárpatos. Se detenía en los albergues, se compraba algo para alimentarse (tenía bastante dinero, su padre le había dado una bonita suma) y luego partía de nuevo cantando. Se bañaba en los ríos. Se quitaba el vestido y entraba toda desnuda al agua, sin importarle nada, en pleno día. Los chicos le arrojaban piedras en las calles de los pueblos, le chumbaban los perros, pero a Oana no le importaba. Seguía cantando y se dirigía hacia la montaña. Aunque la azuzaran con perros guardianes, cuando ella se daba vuelta y les hacía un signo gritándoles «¡Cutsu!», los animales se calmaban, se le acercaban moviendo la cola, abalanzándose amistosamente sobre ella, como si la conocieran desde siempre. La quinta noche desde su partida, llegó a un redil, al pie de la Roca del Rey. Los pastores se quedaron petrificados cuando la vieron acercarse con los pies descalzos, la bolsa en el hombro y cantando todo el tiempo. Le

azuzaron los perros pero Oana entró en el redil rodeada de todos esos perros que se restregaban contra sus piernas. Se acercó al jefe de los pastores y le dijo: «Hazme un buen recibimiento. Trabajaré para ti gratis. Puedo hacer cualquier cosa. Espero a mi marido. Va a venir aquí, a estos parajes». Al principio, el jefe de los pastores no quería. Decía que no necesitaba a una gigante. Oana tuvo que pasar la noche no lejos de ahí, al borde de un barranco. Al día siguiente volvió al corral y se puso a limpiar todo. El jefe de los pastores se hizo el que no la veía y la dejó trabajar. A la noche, cuando los pastores volvieron con sus ovejas los invitó a luchar a todos contra ella, ellos de pie y ella de rodillas. Los derribó uno por uno hasta dejarlos en el piso de espalda. Durante la semana siguiente, se extendió el rumor por las montañas de los alrededores de que Oana estaba ahí. Los pastores descendían de otros rediles y se persignaban, boquiabiertos cuando la veían. A la tarde, Oana se dirigía al torrente y se bañaba desnuda. Los pastores la contemplaban de lejos sin poder saciarse de ese espectáculo. Oana los inflamaba de tal manera que uno después del otro sacaban fuerza de flaqueza y, a la noche, se acercaban al cobertizo donde dormía y trataban de acariciarla, pero ella los hacía rodar de un golpe uno tras otro por la pendiente y se volvía a dormir. Una vez, cinco muchachos se pusieron de acuerdo para reducirla a su voluntad. Se arrojaron sobre ella durante su sueño y le apresaron los brazos y las piernas. Cuando Oana despertó, tensionó los músculos y con un golpe de cintura se enderezó. Les dio tal tunda a todos, que huyeron dando gritos de dolor...

—Una mujer terrible —dijo Anca Vogel con una sonrisa.

—Terrible —repitió Farama sacudiendo la cabeza—. A partir de esa noche no se animaron más a acercársele. Se conformaban con acecharla y cuando la veían irse al torrente, la seguían. Ahí la contemplaban, todos agitados... Las noches de luna llena, Oana se paseaba completamente desnuda, con el cabello suelto sobre la espalda y bailaba, brincaba, cantaba. A veces juntaba las manos y rezaba, pero los pastores apenas entendían lo que decía. Sin embargo, una vez el viejo jefe de los pastores, que la había seguido con los otros, logró deslizarse cerca de ella pero cuando escuchó hizo la señal de la cruz, aterrorizado. «¡Cáseme, Gran Dama!», decía Oana tendiendo sus brazos hacia la luna. «¡Encuentre un marido a mi

medida! ¡Ya he sido virgen mucho tiempo! ¡Dios grande me hizo mucho daño creándome para olvidarme enseguida! Pero usted, Gran Dama, Su Santidad la Luna, usted que gira en redondo, ahí arriba en el cielo y que ve todas las cosas lejanas y cercanas, busque y encuéntreme un marido. Haga venir a mí un hombre como es debido y lo tomaré por esposo en matrimonio...» Fue esa noche cuando el jefe de los pastores tomó su decisión. Esperó que la luna estuviera en cuarto menguante. Así Oana no iría a bañarse por la oscuridad. Y una noche fue a su encuentro. «¡Oana!», le gritó de lejos. La joven se levantó y se le acercó. Caminaba titubeando, como dormida todavía. Bruscamente el hombre la golpeó en el cuello con un vergajo y ella se desplomó, sin fuerzas, a sus pies. El pastor la arrastró por los brazos hasta su cama y la violó. Enseguida fue al redil y gritó: «¡Vengan!». Todos los pastores salieron y uno por uno abusaron de ella. A la mañana, Oana se despertó y atontada se fue hacia el torrente. Se bañó. Enseguida fue y le dijo al jefe de los pastores: «¡Le agradezco, patrón!, esta desventura me servirá de lección...». Y se echó a reír...

—¡Qué mujer terrible! —dijo Anca Vogel.

—Terrible. A partir de ese momento, las cosas salieron muy mal para el jefe de los pastores. Efectivamente, desde la noche siguiente, Oana convocó a todos al lugar donde dormía y los agotaba hasta la mañana. Durante el día los hombres se caían de sueño, sólo pensaban en el momento en que saldrían del redil para ir con ella, y sus ovejas sólo eran cuidadas por los perros. Más aún, Oana partía en su busca, a la montaña, y cuando encontraba a alguno, tendido a la sombra de un árbol, lo despertaba y se le entregaba. Los pastores empezaron a hacerlo a regañadientes, pero ella no los dejaba en paz. Los conocía mucho y no quería privarse de ninguno. «¿Quién eres?», le preguntaba a la noche al pastor que quería dejarla para irse a dormir al redil. «Dumitru», contestaba él. «Bien, pero a Petru no lo vi esta noche», decía ella. «Está un poco enfermo.» «Prométeme que irás a buscarlo, si no, no te dejaré tranquilo y te retendré hasta la mañana.» Dumitru llegaba hasta el redil y le decía a Petru: «¡Levántate, viejo! Si no vas, se va a encarnizar conmigo y voy a reventar». «Estoy un poco cansado. Manda a Marino», respondía Petru. «Marino ya estuvo ahí. Ve tú que has tenido tiempo de descansar», se quejaba Dumitru. Y así iban las cosas.

Al cabo de dos semanas, Oana los había agotado. Ahora la evitaban, se ocultaban en los barrancos y los declives para escaparse de su vista y poder dormir. A la tarde sólo iban al redil para llevar los rebaños. Muchas veces Oana fue por la noche a buscar al jefe de los pastores pero él también se había hecho presa del pánico y dormía con el vergajo al lado. «¡Eh, chica! ¡No te me acerques!», le gritaba. «Soy un hombre mayor y quiero volver a ver a mis hijos. Quiero morir en el pueblo y que sean ellos los que me entierren. ¡No te me acerques, si no, te golpeo!» Y Oana, movida por la piedad, lo perdonaba. Se iba entonces a la montaña para hacer salir a los otros pastores de sus escondites. Pronto se extendió por las montañas el rumor del comportamiento de Oana y los pastores iban y Oana los extenuaba en su camastro y a la mañana ya no lograban llegar a su manada. Se desmayaban de sueño y se tendían para dormir no importaba dónde. Las ovejas, dejadas al cuidado de los perros, se dispersaban, se separaban, se iban por la pendiente, balaban de terror, se sentían abandonadas. Ya sólo se escuchaban en las montañas los ladridos de los perros perdidos y las ovejas heridas que gemían y se dejaban caer al fondo de los barrancos para morir. En los poblados del valle supieron de estos acontecimientos y los notables ascendieron acompañados por matones, pero Oana los acogía y reventaba a uno por uno. Al otro día descendían extenuados, agotados. Incluso algunos no volvían a su pueblo sino que se quedaban dormidos al borde del camino todo el día y la noche siguiente. Se decía que salían de una grave enfermedad. Las mujeres comenzaban a temer y muchas pensaban que habían perdido de veras a sus maridos, porque Oana los había vuelto impotentes después de haberlos agotado algunos días y algunas noches allá arriba, en su guarida de la montaña.

Entonces las esposas decidieron ojearla y, una vez atontada, golpearla, pisotearla y torturarla. Unas cincuenta mujeres de todos los poblados del valle subieron y cuando la vieron bella y desnuda bañándose en una fuente buscando, con los ojos entre las rocas y los altos arbustos, a un hombre que no hubiera tenido todavía entre sus brazos, se quedaron petrificadas y se persignaron. Oana avanzó a su encuentro, desnuda como estaba, simplemente con su cabellera muy larga cubriéndole el pecho y les preguntó: «¿Qué quieren señoras?».

Una salió del grupo y le dijo: «Venimos para hechizarla, señorita, para que deje a nuestros maridos en paz, pero ahora que la vemos, entendemos que no serviría de nada hechizarla. No es como nosotras, pobres mujeres y simples criaturas de Dios. Usted es de una raza de gigantes. Probablemente desciende de judíos gigantes que atormentaron a Nuestro Señor Jesucristo. Eran lo bastante altos y poderosos como para torturar incluso a él, al Hijo de Dios. Siendo así, ¿para qué ojearla? No daría resultado. Pero le rogamos que deje a nuestros maridos en paz. Los pobres no son para usted. Son bastante buenos para nosotras, mujeres valientes que vivimos en el temor de Dios. Vuelva allá de donde vino, busque un marido de su clase. ¡En el país donde nació, debe haber algún hijo de gigante, un muchacho que se case con usted y con el que se podrá entender bien!...». «Señoras, les contestó Oana, si vine a la montaña fue con un propósito deliberado. Está escrito en mi destino que debo buscar aquí a mi marido, y cómo debo encontrarlo. Descenderá un día a mi encuentro, sobre dos caballos a la vez... Y si el jefe de los pastores no me hubiera sometido con un vergajo en la nuca no hubiera conocido varón todavía, porque de todos los pastores que quisieron someterme ninguno ha logrado echarme por tierra. Pero fue por sorpresa que fui violada. Así que no es mi culpa si ahora quiero seducirlos y conocerlos a todos. ¡No soy de madera, yo tampoco!...». «¡Oye, chica, gritó una de las mujeres, un hombre montado en dos caballos a la vez no existe en todo el país! Si eres de una raza de gigantes sería mejor que buscaras un dragón del cielo. Paséate sobre las colinas, desnuda como estás y verás surgir uno de esos dragones cerca tuyo y harán pareja...» Oana la miró detenidamente y sonrió. «¡Muchas gracias, señora! Sus palabras me servirán de lección.»

Así fue como Oana partió, al día siguiente, hacia un poblado del valle. Se puso lo que todavía parecía un vestido, pasó sobre el hombro la correa de su bolso, agradeció al jefe de pastores y se fue, acompañada durante mucho tiempo por una jauría de perros. Hacia el atardecer, a cierta distancia del primer poblado, vio de lejos, sobre una colina, un enorme toro. El toro la vio también y volvió la cabeza en su dirección e inclinó su cornamenta como si se preparara a arremeter. Era un animal inmenso, inaudito. Un toro formidable. Como en las leyendas —añadió Farama y tosió incómodo.

—Tome un cigarrillo —le dijo Anca Vogel.

—Le agradezco mucho —y agradeció también con varias inclinaciones de cabeza.

Encendió el cigarrillo y, después de haber aspirado la primera bocanada, sonrió.

—Y eso fue lo que sucedió... A partir de aquella tarde el toro no quiso apartarse de ella. La seguía como a su sombra y no dejaba que nadie se le acercara. Fue hacia fines de julio y ese verano fue terriblemente caluroso. Oana se quitó el vestido en colgajos que llevaba y permaneció completamente desnuda día y noche. Las noches de luna llena, el toro mugía a tal punto que se lo oía en los siete valles de los alrededores y la gente se despertaba aterrorizada. Salían de sus casas y veían a Oana corriendo toda desnuda sobre las colinas, con la cabellera flotando sobre sus hombros, el toro trotando detrás de ella. Se detenía bruscamente, curvaba un poco la espalda hacia adelante, y oían un grito gutural porque el toro la penetraba. Se quedaban unidos así, largo tiempo, el toro trepado sobre su lomo, mugiendo y haciendo brotar chispas bajo sus cascos...

—¡Una mujer terrible! —exclamó Anca Vogel.

—¡Inaudita! —dijo Farama—. Pero muy rápidamente en todos los poblados de los alrededores, se difundió el rumor de ese comportamiento de Oana. Incluso en Bucarest. Así que el guardabosque lo supo. Hizo la señal de la cruz y dijo: «¡Gracias Señor, por haberme permitido vivir lo suficiente como para ver cumplirse la maldición de Selim!». Enseguida fue a un monasterio, se confesó, tomó la comunión y dijo: «Ahora, aunque soy viejo, ¡pueda el Señor ayudarme a encontrar a una joven esposa para tener otra descendencia ya que no tengo más miedo a la maldición!». Tenía cien años pero todavía era fuerte. En otoño de aquel año se casó con una viuda de unos treinta años. Pero Dios no le dio la gracia de tener un hijo. Esa viuda, Floarca, era de Tsiganeshti. También tenía su historia...

—Dejemos de lado esa viuda —dijo Anca Vogel interrumpiendo—. Cuénteme lo que le sucedió enseguida a Oana.

—Las autoridades fueron puestas al corriente y la legión de gendarmería envió patrullas a todas las colinas. Los paisanos salieron de sus casas con horquillas, garrotes, todo lo que les cayera en la

mano y, una mañana, al amanecer, los encontraron ocultos en una barranca donde Oana había instalado una cama de paja. El toro arremetió para embestirlos con sus cuernos, para aplastarlos, pero los gendarmes dispararon y lo abatieron. Oana no dijo nada. Se cubrió con lo que quedaba del vestido, tomó su bolsa y cuando los gendarmes quisieron esposarla les dijo: «No me sujeten, los sigo». Y descendió, rodeada por ellos. Los campesinos la abucheaban pero ella caminaba derecha y orgullosa, sonriendo con la cabeza en alto, los ojos hacia el este como si esperara la salida del sol. La gente la insultaba, gritaba que era una ramera, una criminal. Cada tanto ella respondía: «No es mi culpa. Es lo que me aconsejaron sus mujeres».

El sol estaba ya alto en el cielo cuando llegaron al pueblo donde los esperaban el alcalde y el capitán de gendarmería. Pero las autoridades no tuvieron tiempo de hacer entrega de ella. Oana de golpe quedó paralizada, con los ojos clavados en el camino. Un ser fenomenal acababa de aparecer, un hombre espléndido, joven, rubio, sobre dos caballos. Oana se precipitó a su encuentro, cayó de rodillas ante él, sobre la tierra, tomó los dos caballos por el cabestro y los detuvo. Los gendarmes corrieron tras ella pero el joven descendió del caballo de un salto y puso de pie a la jovencita. Cuando los gendarmes vieron su corpulencia y su altura, se apartaron a toda velocidad. Pasaba a Oana por varios centímetros. Tenía una barba pequeña de un rubio muy claro y estaba curiosamente vestido, mitad a lo campesino, mitad en traje de ciudad. Tomó a Oana de la mano y se acercó a las autoridades. «Soy el doctor Cornelius Tarvastu, dijo en rumano, y soy profesor de lenguas romances en la Universidad de Dorpat. Vine a estudiar la lengua de los habitantes de los Cárpatos. Oí hablar de Oana arriba, en un cortijo y bajé para llevarla conmigo. Si no tenéis inconveniente, la tomo por esposa inmediatamente...»

Oana estaba ahí, inmóvil cerca de él y lloraba. La gente no sabía qué hacer. Nadie se animaba a tomar la palabra. Sin embargo, el alcalde se adelantó y dijo: «Buena suerte, profesor, ¡pero no celebréis entre nosotros vuestras nupcias!» «¡Naturalmente! Por eso vine con dos caballos. Nos iremos lejos de aquí.» Pero no montaron los caballos —agregó Farama sonriendo—. Cada uno hubiera aplastado a su animal. Se fueron a pie, de la mano y los caballos los seguían al paso.

—Qué mujer terrible —dijo Anca Vogel soñadora—. ¿Y abandonaron el país?

—No enseguida. Oana envió primero al joven a Obor para que su padre lo conociera. Se casaron en el monasterio del Pájaro. Pero si Oana lo hizo ir a Bucarest fue sobre todo para presentarlo a los muchachos. Ella había conocido a los nuevos amigos de Lixandru, y todo lo que pasó a continuación tiene que ver con esto. ¿Por qué? Porque entre los nuevos amigos de Lixandru estaba el joven Dragomir Calomfirescu, también un curioso muchacho...

—Está bien. Me contará todo eso en otra oportunidad. Llévase el paquete de cigarrillos —dijo ella pulsando el timbre—. Y si desea alguna cosa, no lo dude, dígamelo...

—Yo tengo un pedido que hacerle... —empezó Farama tímidamente—. Que se me permita pedir un envío de mi casa con ropa más abrigada. Hace mucho frío...

— Entendido —dijo Anca Vogel garabateando unas líneas sobre un bloc de notas que se encontraba delante de ella—. Déle esto al guardia...

—Le agradezco mucho —dijo Farama levantándose bruscamente del sillón—. También le doy las gracias por los cigarrillos.

VII

Durante dos semanas, más o menos, no fue convocado al interrogatorio. Al día siguiente de su visita a Anca Vogel, recibió vestimentas usadas pero más abrigadas. La lluvia había caído esos últimos días y el cielo todavía estaba semi cubierto. Sentado ante su mesa, inclinado sobre las hojas, Farama escribía sin parar, pero menos rápido y en menos cantidad que al principio. A veces, se quedaba horas enteras, con la cabeza apoyada en la mano, buscando recordar si ya había contado por escrito tal o cual acontecimiento y si lo había contado en el curso de los numerosos interrogatorios a los que lo había sometido Dumitrescu. Como no siempre lograba acordarse, redactaba de nuevo el episodio.

Una noche, a eso de las once, lo despertó el guardia.

—Vístase —le dijo con un tono mucho más respetuoso que el habitual—. Vístase lo más rápido posible.

Todo somnoliento, Farama se vistió, no sin dificultad porque sus manos temblaban.

—El frío vino de golpe —dijo como si quisiera disculparse, buscando la mirada del hombre.

—No debería decírselo —murmuró el guardia—, pero hay un auto que lo espera. Apúrese...

Farama se puso a temblar de pies a cabeza. Sólo se tranquilizó en el momento en que descendió a la calle, entre los guardias, y vio el automóvil. «No me sucederá nada grave», se dijo. Dos agentes de civil subieron con él al auto, sin pronunciar una palabra.

—Llegó el otoño —murmuró al cabo de un momento—, como si hablara consigo mismo sin atreverse a mirar a los agentes—. El frío vino de golpe. Parece que hubiera nevado en la montaña...

Por toda respuesta el agente sentado a su derecha le tendió un paquete de cigarrillos. Después le dijo:

—Tome uno. A lo mejor le da algo de calor.

—Le agradezco mucho —dijo Farama inclinando la cabeza varias veces, según su costumbre—. Yo me había dormido en mi

celda y soñaba. No me acuerdo del sueño pero el guardia me despertó bruscamente y me enfrié. Lo que debió de pasar es que salté bruscamente de la cama y el frío me penetró de golpe.

Enseguida sonrió, como apaciguado, y encendió el cigarrillo. Al cabo de diez minutos, el auto se detuvo ante un cordón de milicianos armados con ametralladores y algunos de ellos se acercaron al chofer. Uno de los agentes pasó rápidamente la cabeza por la ventanilla y murmuró algunas palabras que Farama no pudo discernir. El coche arrancó despacio otra vez. Se veían constantemente grupos de milicianos en armas que montaban guardia delante de las casas. Farama comprendió que se encontraba en el barrio reservado a la jerarquía del partido y se puso otra vez a temblar. Temblaba todavía cuando descendieron del auto y los agentes lo condujeron ante una puerta custodiada por dos garitas de milicianos. Toda la calle estaba iluminada en forma exagerada. Uno de los agentes se acercó a la puerta y golpeó, enseguida pronunció unas palabras y por fin la puerta se abrió, dejándoles libre el paso.

Algunos milicianos esperaban en el hall. Alguno que Farama todavía no había visto porque estaba detrás de los milicianos, sentado en una silla, se le acercó rápidamente y se puso a palparlo de armas. Enseguida, sin decir palabra, le hizo señas para que lo siguiera. Lo condujo a una habitación amplia y muy iluminada, luego por una escalera interior llegaron a una especie de galería. Ahí su guía le indicó con un gesto que se detuviera y golpeó suavemente una puerta. Una voz de mujer dijo: «¡Pase!». El hombre tomó a Farama del brazo y abriendo la puerta lo llevó hacia el interior de la habitación.

—¡Buenas noches! —le dijo Anca Vogel levantando la vista del fajo de papeles que tenía delante—. Acérquese y tome asiento.

Farama se acercó, muy turbado, y una vez que estuvo al lado del escritorio hizo una reverencia.

—Siéntese y encienda un cigarrillo —le dijo ella.

El ambiente estaba provisto de bibliotecas elegantes. Sobre el escritorio había varios paquetes de Lucky Strike, algunos ceniceros y un gran florero. Al lado, sobre una mesa baja, dos botellas de champán, dos copas y una fuente llena de frutas.

—Lo hice traer —siguió Anca Vogel—, porque en el ministerio no tengo suficiente tiempo para escucharlo. Ahí hay cosas más serias que hacer —agregó sonriendo—. Me hubiera gustado también que algunos de nuestros escritores pudieran oírlo pero eso quedará para más adelante, tal vez. Por el momento tome una copa de champán. Lo ayudará a recordar...

Ella tomó la botella y le llenó la copa.

—Gracias —dijo Farama.

Se levantó bruscamente para alcanzarla y, cuando la tuvo en la mano, hizo varias reverencias.

—Por lo que veo, se trata de *Veuve Clicquot* y no lo pruebo desde la guerra. Recuerdo que el doctor decía: «Señor Zaharia, siempre que vea o que beba champán *Veuve Clicquot*, sepa que ese champán puede cambiar el destino de un hombre...». Sabía a qué aludía —añadió Farama instalándose de nuevo en el sillón y apoyando la copa sobre el borde del escritorio—. Más que saberlo lo adivinaba pero se podría decir que también lo sabía porque yo había adivinado todo lo que el guardabosque no me había dicho. Esto es lo que le pasó al doctor: su madre era una griega de Esmirna y su padre tenía tierras en el Barragán, cerca de Dor-Marunt. Su madre quería a toda costa que se casara con una griega, una sobrina que tenía de nombre Calíope y que también era de Esmirna. Con ese designio, lo enviaba allí cada invierno, en Navidad, para que conociera mejor a su futura familia política. El doctor, según lo que entendí, se encariñó efectivamente con Calíope e incluso se fijó la fecha de la boda. Sólo se esperaba la llegada de los parientes que debían venir de Rumania. Al final sólo llegó la madre, la griega, porque el padre no se resignó a dejar Montecarlo. Para la noche del compromiso, el doctor, que tenía cerca de treinta años y mucho mundo, había ordenado *Veuve Clicquot*. Ahora bien, ahí se encontraba por azar un amigo bastante mayor de los padres de Calíope, no sé si era griego o armenio, o si era de otro país, en cualquier caso se trataba de un hombre dotado de poderes extraordinarios y que en los salones se divertía haciendo toda clase de bromas y juegos de prestidigitación. Cuando los invitados se pusieron a brindar, el viejo se acercó al doctor y le preguntó: «¿Por qué no le han servido champán rosado?». El doctor miró su copa, los otros también la miraron y era cierto: tenía

champán blanco como son todos los otros champanes. La familia de Calíope, que conocía mucho al viejo, no dijo nada. El doctor pidió otra copa que le llenaron de inmediato, pero su champán volvió a ser de un amarillo dorado. Como la gente de la casa lo veía pensativo e incluso preocupado, se echaron a reír y le confesaron: «¡Es un truco de nuestro amigo! ¡Es un gran ilusionista!». Cuando el doctor vio de nuevo su copa, estaba llena de champán rosado. «¿Pero cómo lo hizo?», preguntó al viejo, con mucha curiosidad. «Es toda una historia que necesita mucha ciencia y mucha reflexión», contestó el otro. «Quiero aprender a hacerlo tal cual», dijo el doctor con insistencia. «Por el momento es muy tarde, replicó el hombre con un tono entre bromista y misterioso. Mañana o pasado mañana usted se casará y no tendrá más ocupación que mimar a su esposa». «En absoluto», respondió el doctor. «Invirtamos el orden de las cosas. Primero usted me enseña, y después me caso. Calíope y yo somos jóvenes y podemos esperar. ¿No es cierto, Calíope?», dijo volviéndose a su novia. Pero Calíope rompió a llorar y huyó del salón. Su madre terció dirigiéndose al doctor y enseguida hicieron lo mismo los demás, pero él no quería desistir: «Primero enseñeme cómo se cambia el color del champán y después me caso...».

Y así fue como no se casó con Calíope, aunque su madre había abrigado las esperanzas durante tanto tiempo, sobre todo después de que el viejo, obligado por toda la familia, se puso a darle lecciones al doctor. Aprendía a una velocidad asombrosa todos los trucos de prestidigitador y de ilusionista que el otro le enseñaba, pero Calíope había declarado que no lo esperaría más de un año. Él, por su lado, pidió un año más de plazo y tal vez hubiera terminado casándose si el azar no hubiera querido que Calíope se enamorara de otro de sus primos que acababa de llegar de Grecia, y que el doctor conociera a un marino holandés que navegaba por Extremo Oriente y que lo embarcó en su vapor. Falta decir que en todo ese asunto la que más sufrió fue la pobre Calíope, dado que su marido se convirtió más tarde en el hombre de confianza de un gran naviero llamado Leónidas que tenía también su historia...

—Farama —dijo Anca Vogel, interrumpiendo—, beba su champán. ¡Pierde el frío!

Farama inclinó respetuosamente la cabeza y vació su copa de un trago. Después se levantó, siguió haciendo reverencias, volvió a posar la copa sobre la bandeja y se sentó nuevamente, completamente intimidado.

—Y ahora, antes de dejarle de nuevo la palabra, quisiera decirle —retomó Anca Vogel— que si bien me gusta escuchar todas sus historias, sobre todo quisiera saber lo que le pasó a Oana, y después a su marido, el profesor estoniano y también a Lixandru...

—Ahí quería llegar, justamente —comenzó Farama sonriéndose turbado—. En su boda, el doctor contó algunas de sus desventuras y muchos acontecimientos que derivaron de ahí. Pero para que comprenda, tiene que saber que Lixandru un tiempo antes, se había hecho amigo de un muchacho un poco mayor que él, de unos veinte años, que se llamaba Dragomir Calomfirescu. Les gustaba pasear de noche por las calles vacías y hablando poco. Dragomir era de índole taciturna y melancólica y Lixandru, si no se ponía a recitar versos, prefería también estar callado. Una noche, después de que habían estado paseándose largo rato en silencio, Lixandru exclamó de golpe: «¡Si supiera adonde disparó la flecha y dónde se encuentra lozi, *sabría todo!*». Dragomir sólo conocía partes de esa historia y Lixandru se puso a contársela en detalle. Cuando terminó, Dragomir le dijo con una sonrisa llena de amargura: «En mi infancia no tuve la suerte de tener aventuras tan raras. Todo lo que mi vida ha tenido de extraño y de extraordinario pasó antes de mi nacimiento y mucho tiempo después del fin de mi infancia. Pero de todas maneras me acuerdo de un detalle: a los ocho años tuve escarlatina y me llevaron al hospital. Ahí me trajeron toda clase de libros, de cuentos, de relatos de aventuras. Es probable que los haya leído todos pero ya no me acuerdo de nada, salvo de una leyenda contada por Carmen Sylva y que no olvidaré nunca. No tuve tiempo de terminarla porque al día siguiente del día en que había empezado esa lectura, salí del hospital. Todos los libros que había tocado fueron quemados porque no se podían desinfectar en la estufa. A decir verdad, sólo recuerdo de la leyenda unos detalles aislados y, tal vez, sin importancia: una muchacha increíblemente bella montada sobre un elefante blanco, un antiguo templo, algún lugar de la India. Más o menos eso es todo, pero para mí es el más querido de mis recuerdos infantiles. Durante

años luché contra la tentación de encontrar ese libro y terminar la lectura comenzada en el hospital. Pero me dominé y ahora estoy seguro de que nunca sabré quién era esa muchacha increíblemente hermosa, por qué se paseaba sobre un elefante blanco y lo que buscaba en un templo hindú. Usted aprendió hebreo, agregó Dragomir, para entender una de sus aventuras de infancia. Hizo muy bien, pero ¡tenga cuidado! *¡Deténgase ahí!*». Y pronunció esas palabras con tal firmeza que Lixandru, estupefacto, le preguntó: «¿Qué quiere decir?».

Dragomir lo tomó del brazo y lo obligó a dar media vuelta. Se encontraban sobre el bulevar Ferdinand a cientos de metros de la torre de observación para los incendios. «Mire bien detrás suyo, le dijo, a la altura del tercer farol, justo delante de la casa de balcón blanco. ¿Ve la casa?» «La veo», dijo Lixandru. «Y bien, ahora, venga conmigo. Apenas es medianoche. Tenemos tiempo.» Sin agregar nada tomó la dirección de la torre, a paso rápido, llevando siempre a Lixandru del brazo. Cuando llegaron a pie al monumento, lo detuvo y lo hizo volverse hacia la derecha. «¿Hasta dónde puede ver?» le preguntó. «Veo casi hasta el patio de la iglesia». «Está bien.» Y siguieron. Desembocaron en el bulevar Pache Protopopescu, pasaron por la calle Mantuleasa y llegaron a Popa Soare. «Detengámonos aquí», dijo Dragomir. «Mire, hay un banco en la esquina. Voy a fumar un cigarrillo». Se sentaron sobre el banco, Dragomir sacó un cigarrillo de su paquete y lo encendió. Entonces Lixandru, sin poder ya dominarse, le preguntó: «¿Y entonces?, ¿qué significa todo esto?». «Significa que este barrio nos perteneció alguna vez. Eran las tierras de los Calomfir. Actualmente, aparte de las casas que conoce, no nos queda más nada y eso porque uno de mis ancestros, un sobrino de Calomfir, quiso, como usted, saber dónde se encuentran y cómo viven los que están debajo de la tierra. «No entiendo bien», dijo Lixandru. «¡Vamos! Sígame y le explicaré», respondió Dragomir.

Farama se calló para encender un cigarrillo.

—Debe saber —retomó sonriente—, que en esa época había en Popa Soare una taberna como se han visto pocas, con mucho estilo. Delante de la fachada tenía un jardincito al abrigo de un tilo. Durante el verano, una muchacha iba allí con frecuencia. No era extraordinariamente linda, pero era una diabla. Le decían Leana, pero

ella negaba con la cabeza cada vez que pronunciaban su nombre y decía: «Me llamo de otra manera». No agregaba ninguna explicación. Le gustaba rodearse de misterio. Esa joven cantaba. La gente de los alrededores venía a oírla porque conocía antiguas canciones, que todo el mundo había olvidado, y las cantaba acompañándose de un laúd, lo que por entonces ya no era habitual. Dragomir condujo a Lixandru a esa taberna y se quedaron hasta la mañana. Leana iba a cantarles canciones sólo para ellos, pero apenas la escuchaban. Dragomir se había puesto a contar a su amigo la vida de Iorgu Calomfir de cabo a rabo. Cada tanto, Leana dejaba de cantar, apoyaba el laúd sobre sus rodillas y se ponía a escuchar al joven. Dragomir la había invitado a beber y Leana, con el vaso de vino delante, ponía mirada soñadora y sonreía. Después se levantaba bruscamente, apretaba el laúd contra su pecho y volvía a cantar. Le cuento todo esto —agregó Farama no sin ciertos miramientos—, porque esa joven, Leana, tenía también su historia, y si Lixandru nunca pudo conocer el final, de todas maneras muchas cosas ocurrieron porque él la había conocido esa noche, esa noche en que Dragomir lo arrastró para contarle la vida de Iorgu Calomfir. Este era el marido de Arghira, de la bella Arghira, como se le decía en esa época, por el 1700. A esa mujer, Dios la había colmado de todos los dones. Era hermosa hasta el punto en que su renombre había trascendido el Danubio y se había extendido entre los turcos. Se seguía hablando de su belleza un siglo después de su muerte. Los músicos cíngaros la celebraban todavía en sus canciones hacia 1850. No era solamente hermosa. Algo muy raro en su época, era una mujer cultivada, le gustaba el teatro y la poesía, conocía, además del rumano, el griego, el italiano, el español y el francés. Sólo tenía un defecto, pero muy grave: era miope. Casi no veía. Su padre, el gobernador, luego su marido, Iorgu Calomfir, gastaron una fortuna para hacerla curar por médicos y oculistas que hacían llamar de Estambul o de Occidente. En su residencia, que se encontraba en alguna parte entre el bulevar Pache Protopopescu y la calle Popa Soare, había especialistas de la vista y expertos en anteojos. Algunos venían con todo un equipo e instalaban incluso un laboratorio donde intentaban toda clase de cristales y lentillas. Tal vez fue uno de esos maestros occidentales el que lo puso a Iorgu al corriente de las

leyendas y creencias populares sobre los cristales mágicos y las piedras preciosas embrujadas que se encuentran bajo tierra y que sólo algunas personas pueden descubrir, no sin muchos esfuerzos y pesares. Tal vez, al principio, el gran amor que sentía por Arghira suscitó en él la idea de conocer ese mundo subterráneo. Sin duda, pensó que si esas creencias resultaban ciertas, Dios lo ayudaría a encontrar el cristal capaz de devolver la vista a Arghira.

Pero es probable que, más tarde, el deseo de conocer el mundo que existe debajo de la tierra terminara por atraparlo, como una pasión. Sobre todo porque después de que Arghira hubo recuperado la vista se construyó para su propio uso una especie de laboratorio en uno de los sótanos de la casa y comenzó a investigar, ayudado y aconsejado por algunos especialistas extranjeros. Cómo sucedió esto, es toda una historia, pero es seguro que aquella noche de julio, en la taberna de Popa Soare, Dragomir no tuvo tiempo de contarle las desventuras de Iorgu Calomfir, víctima de su pasión por el conocimiento de los misterios de la vida subterránea. Después de que escuchó todas las leyendas y todas las creencias populares relatadas por los maestros de Occidente, después de aprender cómo se formaban los minerales y las piedras preciosas bajo la influencia del sol y de la luna, cómo los filones metalíferos se insinúan en las montañas y cómo son protegidos por kobolds³ y hadas, Iorgu recordó que los paisanos rumanos, para Pascuas, arrojan cáscaras de huevos colorados a los torrentes y dicen que las aguas los llevarán al país de los Bondadosos, personajes encantados que viven en alguna parte bajo la tierra. Las cáscaras tienen como misión anunciar a los Bondadosos que llegaron las Pascuas. A partir de entonces, Iorgu abandonó a los sabios y mineralogistas occidentales. Se fue al campo y visitó sus tierras, interrogando a los ancianos y a las ancianas sobre lo que sabían con respecto a los Bondadosos y su país subterráneo. Esas amables personas le dijeron lo que todo el mundo sabe y nada más: los Bondadosos son seres dulces y caritativos que se alimentan, bajo tierra, de todos los desechos que dejan los hombres, y se pasan el día rezando. También supo que los Bondadosos vivieron alguna vez

³ En Alemania, duende, espíritu familiar, habitualmente considerado protector de los metales preciosos bajo tierra. (*N. de la T.*)

sobre la superficie del planeta y que se retiraron al subsuelo después de cierto acontecimiento. Y Iorgu tuvo la convicción de que esa creencia ocultaba una verdad conmovedora. Cualquiera que lograra descifrar el significado sabría por dónde descender al mundo de los Bondadosos pero también comprendería, al mismo tiempo, todos los otros misterios que la Iglesia no estuvo autorizada a revelar. Volvió entonces del campo y se encerró un día entero en el laboratorio del sótano (enseguida hizo fabricar una puerta de hierro y la munió de un cerrojo) para estar seguro de que nadie bajaría a ese lugar sin que él supiera. Lo que hacía en el laboratorio, nunca nadie lo supo, pero un buen día, empezó a brotar agua del piso del sótano y Iorgu salió espantado. Dio órdenes a su gente de ir con cubos y jarros para vaciar el lugar de agua. Durante una semana entera, los hombres trabajaron día y noche, pero el agua siempre brotaba con más fuerza. Iorgu estaba poseído de una furia ciega, no dormía. Con la barba crecida, iba de arriba a abajo de la escalera, gritando: «¡Más rápido! ¡Más rápido!». Pero no había nada que hacer. Al cabo de una semana todo el sótano quedó sumergido hasta el último escalón. Entonces Iorgu levantó un brazo y gritó: «¡Deténganse! ¡Dios me ha abandonado!...». Estaba pálido, enflaquecido, sus ojos brillaban por el insomnio y la fatiga. Se dejó caer en un sillón, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. «¡Dios me ha abandonado!», siguió gritando varias veces.

Farama se detuvo para tomar, inclinándose, la copa de champán que le tendía Anca Vogel por encima del escritorio. Después encendió un nuevo cigarrillo.

—Ahora debo decir —dijo después de una pausa—, que todo esto lo supe al día siguiente, en la escuela. A la hora de la comida me encontré frente a frente con Lixandru en mi escritorio de director. Había entrado como una ráfaga de viento. Sus ojos brillaban como si tuviera fiebre. Volvió la cabeza hacia la puerta, se hubiera dicho que temía que alguien lo hubiera seguido. Se me acercó: «Señor Director, me dijo en voz baja, le pido por favor, no se enoje y no me haga preguntas, pero quisiera que me deje bajar solo al sótano de la escuela. No se burle de mí, no me pregunte nada», agregó leyendo la perplejidad de mi rostro. Un instante después la puerta se abrió bruscamente y una joven entró. Se precipitó sobre mí y me tomó las

manos entre las suyas. «¡No lo deje señor Director, gritó, no lo deje descender al sótano». «Es una lástima. ¡Es demasiado joven!...». «¿Pero quién eres?» le pregunté intentando liberar las manos. «¿Cómo te atreves a entrar sin golpear antes?» «Si usted supiera lo que sé, me perdonaría», dijo. «La gente me llama Leana, pero mi verdadero nombre es diferente. En castigo a mis pecados, canto en las tabernas pero no fui criada para eso. En este momento canto en *La flor del sol*, aquí cerca de su escuela. Ayer a la noche canté para él y su amigo porque me parecieron simpáticos desde que los vi entrar y escuché la historia que contó su amigo, el hijo del boyardo. ¡Sé el peligro que lo amenaza si lo deja descender al sótano!...»

Lixandru empalideció. «No le preste atención señor Director», dijo. «Leana es una exaltada. Ve peligros y brujerías por todas partes. Hágala salir y no la deje entrar hasta que golpee la puerta como es debido.» «¿Qué significa esto?», dije. «Tomen asiento ambos y cuéntenme de qué se trata.» Lixandru saltó: «No la escuche señor Director. Leana, en lugar de entretener al público, espía las confidencias y no entiende nada...». Le lancé a Lixandru una mirada severa. Enrojeció por completo. «No he dormido en toda la noche», comenzó Leana. «Desde que entendí lo que iba a hacer, estoy aterrorizada. Me dio lástima por los pocos años que tiene. Enseguida me di cuenta de que estaba entusiasmadísimo, y cuando adiviné lo que le espera pensé que sería un pecado dejar morir así a un muchacho sin que haya tenido tiempo ni siquiera de conocer el amor. Por eso no pude dormir. Lo aceché en la calle, cerca de la escuela. Sabía que vendría y cuando lo vi entrar lo seguí. ¡Le ruego, señor Director, le suplico como se le suplica a Dios, no lo deje bajar al sótano!...». «¿Pero por qué no?», exclamé. No entendía absolutamente nada. «¡Que él mismo se lo explique!», contestó Leana. «Le voy a contar todo», empezó Lixandru. «Pero sólo a usted. Le hablaré después a Leana, pero lo que tengo que decir quiero que lo escuche sólo usted...». «No me voy, señor Director, dijo Leana levantándose bruscamente, si no me jura que no lo dejará bajar al sótano.» «No puedo jurarle eso, respondí, ni siquiera sé de qué se trata. Pero esté segura de que no lo dejaré descender antes de haberla escuchado una vez más. Ahora, sea gentil, déjenos solos y vaya a esperar en el jardín.»

Así fue —siguió Farama después de un momento de silencio—. A solas, Lixandru me contó las aventuras de Iorgu Calomfir que Dragomir le había relatado la noche anterior. Parece que después de haber estado horas hundido en su sillón, a la entrada del sótano, contemplando las aguas que continuaban subiendo, Iorgu llamó al sumiller y le preguntó: «¿Cuántas personas de nuestra familia murieron aquí?», y señaló las piezas de arriba. «En esta casa, señor, no murió nadie», respondió el sumiller. «El señor Calomfir murió en la viña, y los padres de su abuela, están muertos allá, en la antigua casa.» Y tendió la mano hacia la casa de enfrente. «¡Dios mío! ¿dónde tengo la cabeza?», exclamó Iorgu golpeándose la frente. Enseguida se levantó de su sillón y dijo a su gente: «Ya no tengan miedo, el agua va a bajar». Y, efectivamente, eso fue lo que pasó desde aquella noche. Al cabo de una semana, todo el sótano estaba seco. Lo que pasó con el laboratorio nadie lo sabe. Porque desde que se fue el agua, Iorgu entró solo al sótano, cerró la puerta tras él, y cuando salió no tenía más que un cofrecito en las manos. El resto, todo lo que había antes, lo había destruido a martillazos.

Pero poco tiempo después empezó a investigar en el sótano de la antigua casa. Se hizo fabricar otra vez una puerta de hierro y se encerró abajo día y noche. Al cabo de algunos meses se produjo el mismo incidente. Lo vieron asomarse en la parte superior de la escalera y gritó a todos que fueran con cubos y jarros para sacar el agua. Trabajaron a brazo partido hasta el momento en que Iorgu les hizo un gesto para que se detuvieran. De nuevo se tapó la cara con las manos, desanimado. «¡Dios no me ayuda!», murmuraba.

Sin embargo, unos meses más tarde hizo un tercer intento, pero esta vez al fondo del jardín. Ahí se levantaban antaño algunas construcciones que uno de sus antepasados había derribado para construir caballerizas, al comprar ese terreno. Y, en efecto, bajo las caballerizas, encontró los restos de un sótano e instaló ahí su laboratorio. Lo que pasó entonces, no lo sé. Lixandru no me lo dijo. Sin duda, Iorgu no lo logró tampoco esta vez. Muy poco tiempo después vendió una parte de sus tierras y se fue al extranjero.

«Eso fue lo que me contó Dragomir esa noche, agregó Lixandru, pero yo no sabía que Leana había escuchado todo. Ahora sólo le pido una cosa: idéjeme bajar al sótano! ¿Sabe por qué? Porque

el terreno sobre el que está construida la escuela pertenecía al boyardo Calomfir.» «No, ese terreno y todas las casas vecinas pertenecían al boyardo Mantuleasa». «Lo sé y conozco incluso las circunstancias en las que hizo la adquisición. Pero estoy convencido de que en alguna parte, en esta calle, incluso aquí mismo, en el emplazamiento de la escuela, han quedado signos.» «¿Qué clase de signos?», le pregunté. «Sobre eso, permíteme, no puedo decir nada, señor Director», dijo enrojeciendo. «Está bien. No me lo digas...»

Me levanté, Lixandru también y salimos al patio. Leana se precipitó hacia nosotros apenas nos vio. «¿Y? ¿Qué contestó?», me preguntó. «Vamos a bajar todos al sótano», le respondí. Leana se arrodilló en el suelo y apretó mis piernas entre sus brazos.

«No lo deje, señor Director, ¡es terrible!, ¡es tan joven!», gritaba. «No temas pequeña», le dije levantándola. «En nuestro sótano nunca hubo agua.» «¡Si no sabe nada de eso!»

Pero no me dejé impresionar. Busqué la llave del sótano, tomé tres lámparas (sólo había pico de gas en el primer cuarto, a la entrada) y bajamos. Leana seguía a Lixandru paso a paso, lista para aferrarlo si llegaba a estar amenazado por el menor peligro. Así anduvimos por ese sótano por lo menos un cuarto de hora. Lixandru, muy pálido, con los labios apretados, examinaba una y otra pared, acercando la llama de la lámpara a la arena que cubría el piso, palpaba las paredes acariciándolas suavemente con la palma de la mano como si buscara cualquier marca. Después, bruscamente, se volvió hacia mí y me dijo: «No es aquí. Podemos irnos...». Entonces Leana se arrojó sobre él y lo apretó contra sí, abrazándole las rodillas: «¡Muy bien! ¡Muy bien amigo!». Luego se apoderó de mi mano y la besó sin que yo pudiese impedirlo. «¡Que Dios lo bendiga y recompense por su buen corazón!», me dijo. Enseguida apagó su lámpara y subió rápidamente la escalera.

Así fue como conocí a Leana —dijo Farama sonriendo—. Esa misma noche fui al jardincito de *La flor del Sol* para oírla y desde entonces me encariñé mucho con ella. Tiempo después le conté toda la historia que Lixandru me había revelado. Nunca supe qué la había espantado del relato de Dragomir pero puedo decir que su alegría y sus demostraciones hacia Lixandru no tuvieron consecuencia porque el muchacho no se calmó del todo. Se puso a visitar a los vecinos de

la escuela y a pedirles permiso para bajar a sus sótanos. Leana se enteró después. Pero entonces, ¡qué de historias entre ellos dos, por ese deseo de Lixandru de ir a explorar los sótanos de la gente! Harían falta varias tardes para contar todo eso.

—Descanse y beba entonces una copa de champán —le dijo Anca Vogel tendiéndole la botella por encima del escritorio.

Farama se levantó, conmovido, tomó la botella y llenó su copa. Enseguida, se inclinó sobre el escritorio, y con mucho cuidado, apoyó la copa sobre la bandeja de plata.

—Beba enseguida —insistió Anca Vogel—, si no su champán va a perder frío.

Sonriendo y cabeceando sin cesar, Farama vació su copa y, como a pesar suyo, lanzó un suspiro. Prendió un cigarrillo y, durante algunos instantes, fumó con aire soñador y los ojos casi cerrados.

—Sí —retomó súbitamente—, Lixandru estuvo arrebatado durante mucho tiempo por esa pasión. Entraba a la casa de la gente, en todo el suburbio, y les pedía gentilmente permiso para bajar a sus sótanos. La mayoría lo echaba, e incluso algunos lo amenazaban con llamar a la policía, pero había algunos que lo dejaban pasar. Lixandru descendía con faroles y una linterna, exploraba las paredes, a veces se quedaba media hora, si no más, si le parecía que el moho era antiguo y presentaba no sé que indicios que sólo él conocía. Enseguida subía de la oscuridad, más pálido que nunca, agradecía mucho a los dueños y, a manera de recompensa, se detenía en el umbral y recitaba poesías. Empezaba siempre con *Melancolía* de Eminescu, luego, si los habitantes de la casa parecían gustar de los versos, se ponía a recitar sonetos de Camoens, especialmente *Minha alma gentil...* Se quedaba ahí, en el paso, con una mano sobre el pecho, la otra apoyada en el marco y declamaba, declamaba. Muchos se preguntaban qué tendría y lo miraban con tristeza y pesar. Debo decir que Lixandru se había convertido en un muchacho apuesto, y cuando se lo veía así de pie, macilento, con las manos sucias de polvo y moho, recitando a Eminescu o a Camoens, a uno se le encogía el corazón.

Muchas señoritas y mucamas se enamoraban de él y muchas mujeres suspiraban cuando lo veían pasar siempre por las mismas calles de mañana, al final de la primavera, y en las noches de verano

inmediatamente después de la puesta del sol. Creía que a esas horas la gente es más amable y que sería bien recibido en las casas donde semanas o meses atrás había sido echado con amenazas de llamar a la policía.

De tanto en tanto, yo lo veía desde la ventana de mi escritorio. Caminaba pensativo y melancólico bajo los damascos en flor. Debo decirle —agregó Farama sonriendo— que en esa época había muchos damascos y durazneros en el barrio de la escuela. En primavera, esos árboles parecían blancos de nieve. Cuando tenía tiempo, lo llamaba o incluso bajaba a su encuentro y charlábamos en la calle. «¿Y? ¿No renuncias?», le preguntaba sonriente, pero era más bien para provocarlo. Enseguida se irritaba y los ojos le brillaban. Me perforaba con esa mirada más profunda por el insomnio. «¡Si supiera lo que sé, señor Director, no se reiría más!» me decía. «Aprendí muchas cosas preguntándole a Dragomir y siento que los signos están por aquí, entre el bulevar, la calle Popa Soare y la Calea Moshilor.» Y extendía la mano dibujando círculos y más círculos. «Si fuera millonario, compraría toda las casas y las haría demoler», me dijo un día. «Usted mismo quedaría pasmado y también los historiadores, los arqueólogos, viendo todo lo que encontraría aquí bajo tierra, bajo estas veredas.» Y pataleaba como un niño con desesperación. «Las construcciones humanas son mucho más antiguas de lo que usted supone. Pero lo que me interesa es otra cosa. A usted mismo le interesaría mucho conocer todos los secretos que se ocultan abajo, en el interior de la tierra, bajo las piedras y las casas...» «Estamos de acuerdo, mi querido Lixandru, le dije interrumpiéndolo, en que ahora eres un muchacho instruido, ya no eres un chico. ¿Cómo te puedes imaginar a tu edad, que vas a encontrar a lozi, después de tantos años, vivo, oculto bajo la tierra? ¿Cómo puedes creer una cosa semejante?»

Lixandru me miró largamente, con ojos escrutadores, luego sonrió con tristeza. «Lamento mucho, señor Director, que suponga que estoy perturbado mentalmente o que mi cerebro se quedó detenido en la infancia. Sé que lozi está vivo pero no aquí, bajo tierra, debajo de nuestros pies.» Y, con esas palabras, se puso a patear la vereda. «Pero los signos de los que le hablé deben ser buscados primero bajo tierra.» «¿Qué clase de signos, mi amigo?» «Vea, me

respondió sonriendo, eso yo no puedo decírselo. Para entender los signos hay que saber primero reconocerlos...» Me saludó y se fue caminando bajo los damascos en flor.

Lo encontré a veces en la taberna de Popa Soare, escuchando las confidencias de Leana. Iba habitualmente con Dragomir. Pero un día que estaba solo me llamó aparte y me dijo: «Tanto peor si esto le parece extraño, señor Director, pero debo decirle que esa chica, Leana, oculta un gran secreto, si no, ¿cómo conoce los signos? Estoy seguro de que los conoce. ¿Se acuerda del día en que se abalanzó sobre nosotros, en su escritorio? ¿Cómo sabía que corría mucho peligro si bajaba al sótano? Usted mismo, todos los demás, no tuvieron miedo. ¿Por qué estaba espantada? Esa chica sabe algo. La escucho cantar. En general sólo canta para nosotros dos, Dragomir y yo. Enseguida viene a sentarse al lado nuestro después de haber cantado cierta canción y se sonríe. Después de haber cantado cierta canción, retomó con insistencia, ¿cómo la sabe? ¿Quién se la enseñó? Ella no dice nada.» «¿Qué canción, Lixandru?», le pregunté. «Venga entonces a escuchar a Leana usted mismo señor Director, y adivinará cuál. La canta todas las noches.»

Así fue como también yo sucumbí a la pasión... Me convertí en asiduo concurrente de la taberna de Popa Soare. Iba en cuanto podía, para escuchar a Leana e incluso empezó a circular el rumor por el suburbio de que yo había perdido el juicio por ella. Pero no era cierto. Quería a esa muchacha como quise a tantas otras niñas y adolescentes, como quería a los soñadores, a los audaces y también a todos los que tenían algo original y que veían en la vida algo diferente de lo que vemos nosotros, la gente acuciada por el trabajo y las preocupaciones. Y además, iba a escucharla a Leana porque me había enamorado de la taberna en que cantaba. Sentía cariño por toda la calle Popa Soare. Ese barrio que era el mío, entre la calle Mantuleasa y la Popa Soare...

Anca Vogel se echó a reír.

—¡No, Farama! —dijo sirviéndole otra copa de champán—, no sobre ese tema... Se nos va a hacer de día. Ponga mejor un poco de orden en sus recuerdos. Cuénteme cómo fue la boda de Oana y lo que les pasó después a ella y a su estoniano...

—Pensaba volver a eso, a la boda de Oana —comenzó Farama sonriendo—. Pero para entender cómo transcurrió esa boda, debe saber que la prima de Dragomir, que se llamaba Zamfira, sentía un gran afecto por Oana e iba con frecuencia a la taberna de su padre con sus láminas, a menudo en pleno día, y dibujaba bocetos. Pero para que entienda lo que esperaba de la jovencita, hay que conocer la historia de Zamfira...

Se detuvo de pronto, intimidado, con la mirada fija sobre Anca Vogel.

—¡La historia de Zamfira! —exclamó—, pensativa. ¿Dice que tengo que conocer también la historia de Zamfira? ¿Pero cuánto tiempo dura?

—Su verdadera historia —retomó Farama con tono sereno—, comienza hace un poco más de doscientos años. Todo lo que le sucedió se origina ahí. ¿Por qué? Porque ella creyó siempre que se debía parecer a la Zamfira de la que le hablé, la que le había devuelto la vista a la bella Arghira...

Anca Vogel tuvo un nuevo acceso de risa.

—¡Farama! —exclamó sacudiendo al cabeza—. Es un hombre raro. Ponga en su bolsillo este paquete de cigarrillos, que le aprovechen. Le agradezco por esta velada. Tal vez volvamos a vernos. ¡Buenas noches!

Le tendió la mano por encima del escritorio. Farama se levantó de golpe, y le besó la mano.

—Muchas gracias —dijo—, gracias por los cigarrillos y su confianza...

VIII

Seguía escribiendo todos los días pero ahora con mucho más cuidado, tranquilamente, y volvía a leer con atención sus hojas antes de entregárselas al guardia. Se daba cuenta de que, sin querer, volvía siempre sobre los acontecimientos que le parecían esenciales. Pero temía menos las repeticiones inevitables que las confusiones a las que podían conducir las variantes del mismo relato presentadas según perspectivas diferentes. Farama comprendió ese riesgo el día en que, al cabo de varias semanas, se encontró de nuevo frente a frente en el escritorio de Dumitrescu.

—Parecería que quiero su bien —dijo—, y me pregunto realmente por qué. Efectivamente, no soy escritor, ni siento una loca pasión por la obra de los artistas y de los novelistas como tanta gente de aquí. Tal vez haya entendido —agregó con una sonrisa amarga— que sus historias pasaron por muchas manos y que incluso han sido leídas por los altos mandos, por no hablar de todos los escritores, jóvenes y viejos, que han tomado conocimiento de esto.

—No sabía —dijo Farama poniéndose colorado como un tomate—, no sabía...

—¡Y bueno, ahora lo sabe! Pero quiero atraer su atención sobre el hecho de que, en lo que me concierne, el valor de sus declaraciones no tiene ninguna importancia. Lo que a mí me interesa, exclusivamente, es el desarrollo de la investigación y justamente es de eso que quisiera hablarle. Aunque se lean las numerosas, las demasiado numerosas páginas que escribí hasta ahora, hay cientos de ellas, sin contar con las declaraciones orales que ha hecho, en las que no se entiende claramente la vinculación entre Lixandru y Darvari.

—Eran amigos desde la escuela primaria.

—No le hablo de la escuela primaria —interrumpió Dumitrescu—, ni de la amistad que los unía con Oana, Zamfira y los demás. Le hablo de sus relaciones en 1930, cuando Darvari se fue en avión a Rusia.

—En aquel momento eran amigos.

—Eso no surge claramente de sus declaraciones, por la sencilla razón de que a primera vista, al menos, usted se contradice. Le mostraré un día fragmentos de sus declaraciones y verá con sus propios ojos hasta qué punto su texto es confuso y muchas veces contradictorio. Tal vez no debería decírselo —retomó al cabo de un momento—, pero quiero su bien, incluso si no soy completamente consciente de eso. Me pregunto lo siguiente: cuando usted se contradice, ¿es porque no se acuerda ya en detalle como se desarrollaron los hechos o porque quiere ocultar alguna cosa? Si verdaderamente quiere ocultar algo, todo lo que puedo decirle es que se hace falsas ilusiones. Además sería lamentable que a su edad todavía se hiciera ilusiones...

Se quedaron en silencio unos momentos.

—Comprendo —empezó Farama esbozando una sonrisa forzada—. Le agradezco mucho. No, no busco ocultar algo, pero sé a qué alude. Cuando las historias no son contadas como es debido, a veces se vuelven confusas y ciertos detalles parecen contradecir el conjunto, si me permite expresarme como lo hago en la escuela. Por eso me propongo en adelante poner todo el cuidado posible y escribir también con la mayor claridad posible.

—Es por su propio interés —dijo Dumitrescu tendiéndole la mano y pulsando el timbre con la otra—. A propósito —agregó buscando su mirada—, puedo decirle una cosa más que sin duda usted no tendría medios para saberla: Darvari nunca llegó a Rusia. Nunca se encontró el avión en el que viajaba a pesar de largas búsquedas que los rusos y nosotros mismos hicimos. Creo que sabe lo que eso significa...

Aquel día Farama no escribió casi nada. Se quedó inmóvil durante mucho tiempo, con la cabeza entre las manos ante su hoja de papel. De pronto se decidió bruscamente. Se puso a escribir fechas. 1700: Arghira; 1840: Selim; octubre de 1915: Ioz; otoño de 1920: casamiento de Oana; 1919-1925: Marina-Darvari; 1930... Se detuvo y echó una mirada vaga sobre todas esas cifras pero al fin resolvió tacharlas a todas con un cuidado meticuloso, empapando sin cesar la pluma en el tintero para lograr trazos más gruesos.

Al día siguiente comenzó de nuevo a relatar, esforzándose por ser más conciso y lo más claro posible, los acontecimientos de los años 1914 y 1915 hasta la desaparición de Iozí. Todos los días se dedicaba a resumir, cada vez más sobriamente, como si redactara un informe oficial, toda la serie de acontecimientos que habían precedido la desaparición del hijo del rabino y que tenían estrecha relación con la calle Mantuleasa.

Al cabo de una semana, más o menos, el guardia fue otra vez a despertarlo en pleno sueño.

—¡Venga! ¡Ya está el auto! —agregó sonriendo.

Llegó un poco antes de medianoche a la casa y encontró a Anca Vogel sentada en su escritorio fumando. Tenía frente a ella una montaña de papeles. A su lado, sobre una mesita, dos botellas de champán.

—¡Buenas noches, Farama! —dijo—. Tome asiento y encienda un cigarrillo.

Le tendió un paquete de Lucky Strike.

—Descanse un instante y beba una copa de champán, agregó tomando la botella y llenando las copas.

—Le agradezco mucho —respondió Farama con varias reverencias.

—Y cuando esté bien cómodo, me contará sus historias, no importa cómo, a la buena de Dios, como a usted le gusta hacerlo, pero a sabiendas, al contrario. No sé si logra entender lo que quiero decir. Elija de todo lo que sabe lo que sea más bello. Por ejemplo, esa noche de la boda de Oana.

—Si me permite, empezaré por la historia de Zamfira...

—¡Me dijo que tiene doscientos años! —dijo Anca Vogel sonriendo.

—La voy a resumir todo lo posible. Pero si no sabe lo que pasó hace poco más de doscientos años no comprenderá nada del casamiento de Oana ni de lo que resultó de eso.

Anca Vogel sonrió otra vez, se encogió de hombros y llenó su copa.

—Tal vez se acuerde —comenzó Farama—, de que la esposa del boyardo Iorgu Calomfir, la Bella Arghira, como se la llamaba, tenía la vista muy delicada. Aunque le encantaba la lectura no podía leer

nada. Se conformaba con tomar los libros entre sus dedos, palparlos, aproximarlos a su cara para descifrar los títulos, enseguida se los pasaba a su dama de compañía, una griega, que se los leía. Además de la poesía, las novelas y los relatos de viaje, a Arghira le gustaba mucho el teatro. Tenía verdadera pasión por el teatro y desde que se había casado con Calomfir, le pidió demoler el tabique que separaba dos grandes habitaciones de la casa, para reemplazarlo por dos columnas e instalar una sala para espectáculos. También le hubiera gustado mucho actuar pero era demasiado miope. Se conformaba con poner a sus amigas y a los hijos de sus amigas trajes cortados según su fantasía y hacerlos actuar. Le encantaba inventar vestimentas de colores vivos, muy vistosos. Ella misma elegía las telas, los terciopelos, las sedas pero tonos deslumbrantes que podía percibir, terciopelos rojos, como el fuego, linos blancos, de nieve, telas labradas en oro y sedas turquesas, verdes, azules, anaranjadas. Cuando los actores se ponían sus trajes se acercaba a ellos y les tocaba las telas, como si quisiera darse cuenta si habían seguido bien sus indicaciones. Discernía los colores, incluso a bastante distancia. Cuando el espectáculo comenzaba se instalaba en un sillón, en la primera fila y seguía el texto: lo conocía casi todo de memoria.

Su marido, como le dije, había gastado una fortuna en honorarios médicos y en fabricantes de lentes pero sin resultado. Aunque le habían propuesto toda clase de anteojos, apenas se probaba un par, ella se echaba a llorar. Nadie sabía la causa por la que los ojos de Arghira no toleraban ninguna clase de cristal. Magos y sanadores de toda clase iban a verla, y probaban con drogas y sus remedios sin obtener nunca resultados. Pero una mañana de domingo, después del oficio, una joven subió al mirador. Era una joven campesina que le dijo: «Me llamo Zamfira. Lávese la cara con el agua que le traje y el santo Dios le devolverá la vista». Por más extraño que pueda parecer, todo sucedió como dijo la joven: Arghira se lavó la cara con ese agua y empezó a ver como todo el mundo. Abrazó a Zamfira, le hizo regalos y, desde entonces, la hizo ir todos los días a su mirador. Poco después la casó con un hombre de confianza de su padre, llamado Mantuleasa, y le ofreció las casas y los terrenos, en suma el barrio en el que se abrió después la calle

Mantuleasa. Pero esa es otra historia y se la contaré también un día si se presenta la ocasión.

Lo que ahora iba a contarle —retomó después de haber prendido un nuevo cigarrillo— es que la prima de Dragomir, la que hacía escultura, cuyo verdadero nombre era Marina, había recibido en su infancia todas las historias que acabo de contarle. Sintió que Zamfira había sido, a su modo, una santa y que ella misma, Marina, se le parecía. Más aún, vaya uno a saber si no era Zamfira en persona, de nuevo en la tierra después de doscientos años, no para devolver la vista a una nueva Arghira, sino para enseñar a los hombres *cómo ver*. En efecto, pensaba Marina, los hombres no saben ya ver, no saben ya mirar alrededor de ellos. Todos los males y las plagas del mundo provienen del hecho de que, en nuestros días, la gente es casi ciega. Para sanarla, no hay otro medio que enseñarle a mirar las obras de arte y en primer lugar las esculturas. Por eso la joven se había aficionado a Oana e iba con frecuencia a la taberna del padre Tunsu para dibujar su cuerpo, su rostro. Llenaba carpetas con bosquejos, decía que sólo Oana era digna de servir de modelo para una estatua de diosa.

—¡Es suficiente Farama! —exclamó Anca Vogel levantando bruscamente la mano—. Todo eso no tiene para mí el menor interés. Le pedí que me contara la boda de Oana.

—Iba a llegar enseguida —dijo Farama colorado—. En ese casamiento de Oana, que fue celebrado en el monasterio de Paserea, estaban presentes Marina, todos sus amigos y todos los de Oana.

—¿Cuándo fue?

—En el otoño de 1920.

—¿Y todo lo que acaba de contarme, toda esa historia de Marina que se creía Zamfira, cuándo fue?

—Un año antes, en 1919.

—Está bien. Dejemos eso y vayamos directamente al casamiento.

Farama agachó la cabeza y empezó a frotarse las rodillas con gestos nerviosos.

—Ya que lo desea, se lo voy a contar pero le pediría sólo algunos segundos para señalar que Marina acababa de empezar su escultura, *El nacimiento de Venus*, el día en que Oana pidió permiso a

su padre para irse a la montaña. Así que ese verano, Marina se quedó sin su modelo. Presa de la desesperación, reunía a los muchachos en su casa, y todos pasaban ahí alegres momentos noche tras noche. Le tengo que contar que hasta entonces ninguno de ellos había tenido oportunidad de frecuentar una casa como aquélla, rica, lujosa.

—¡Los segundos pasaron hace tiempo! —dijo Anca Vogel interrumpiéndolo.

—Le pido disculpas. Pero es muy curioso. No puedo saltar ciertos detalles que, a primera vista, parecen nimios pero que, en realidad, son decisivos para todo lo que va a ocurrir. Era necesario que hablara de esa antigua casa rica porque las tías de Marina vivían ahí, dos ancianas que parecían ya haber perdido el juicio, pero sólo aparentemente...

—¿Pero que tiene que ver eso? —interrumpió Anca Vogel no sin cierta brusquedad.

—Eso tiene que ver —respondió Farama—, con que las dos ancianas repetían todo el tiempo a los muchachos que no tenían todavía veinte años: «¡No se enamoren nunca de Marina! ¡Ella está comprometida por el destino con Dragomir! Es preciso que Dragomir se case con ella, si no nuestra familia se extingue...».

Farama se detuvo en seco por la campanilla del teléfono que lo hizo sobresaltar, pero sobre todo por el brusco cambio de expresión que percibió en la cara de Anca Vogel. Lo miró fijamente con gesto severo. Nerviosa apagó el cigarrillo que acababa de encender. Tomó el auricular y lo acercó a su oreja esbozando una sonrisa. Farama sintió que el terror lo ganaba y volvió la vista hacia una de las bibliotecas que encuadraban la pieza.

—Está bien —escuchó murmurar a Anca Vogel.

Al cabo de un instante agregó rápidamente algunas palabras en ruso, luego apoyó el receptor en la horquilla.

—Farama —comenzó con un tono de voz diferente—, puede decir que tiene suerte.

Llenó su copa, la vació de un trago y encendió otro cigarrillo.

—Pero no sé si da buena suerte a los demás. Lo sabremos después — agregó con una sonrisa y aire ausente—. Sin embargo, podría ser que todo fuese mucho más misterioso que lo que usted hubiera creído cuando comenzó sus historias sobre Oana y Zamfira.

—Le doy mi palabra de honor... —murmuró Farama empalideciendo.

—Le ruego que no me interrumpa. Que haya inventado o no de cabo a rabo las aventuras que escribió o relató oralmente me es completamente indiferente. Sin embargo, hay un problemita psicológico que se plantea y me gustaría saber cómo resolverlo. Es el siguiente: ¿por qué inventa ese universo extraño, a medida que habla? ¿Lo ha hecho simplemente por miedo, con la esperanza de poder librarse más fácilmente del asunto? Pero entonces, no entiendo de qué tiene miedo, no sé cuál es el peligro del que quiere escapar...

Farama se puso más pálido todavía, empezó a frotarse las rodillas con un gesto maquinal pero no se animó a decir nada, aunque las miradas de Anca Vogel se posaron sobre él con curiosidad, esperando una respuesta.

—Sea como sea —retomó después de haberse llenado nuevamente la copa—, tiene suerte. Se puede dar cuenta de eso por la sorpresa que le había preparado para esta noche. ¡Ni siquiera se la puede imaginar! —agregó esforzando de nuevo una sonrisa—. Una limusina nos espera afuera y yo tenía todo un plan: después de las tres de la mañana, es decir, desde el momento en que, según sus palabras, Dios descende sobre la tierra, nos pasearíamos ambos por la calle Mantuleasa. ¿Por qué? Para que me mostrara la escuela, las tabernas y las casas de sótanos profundos...

—¡Si viera todo eso en verano! —exclamó de golpe Farama con un fervor inesperado en la voz—, el verano, con los guindos y los damascos cargados de fruta...

La mujer lo miró de nuevo profundamente, luego, pensativa, se puso a beber muy lentamente su champán.

—Pero como le decía, ¡usted tiene suerte! Nunca podré saber si inventó todo ni en qué medida nos ha contado mentiras. ¡Y eso por la sencilla razón de que ya no se puede ir a la calle Mantuleasa!...

Se interrumpió y se echó a reír viendo que Farama se ponía pálido de miedo.

—Más precisamente, no podemos pasar por ahí esta noche. Al menos nosotros, no podemos. Nosotros dos, es imposible. Ya ve que las cosas son todavía más complicadas que en sus relatos...

Pronunciando esas últimas palabras pulsó el timbre y enseguida entró el agente.

—Déle cigarrillos y llévelo rápido en auto.

Se levantó bruscamente de la silla y se dirigió hacia el otro extremo de la habitación. Detrás de la cortina se veía un balcón. No sin esfuerzo, e intentando dominar sus temblores, Farama hizo una profunda reverencia. Sintió el brazo del agente contra el suyo y se dejó llevar sin resistencia. Una vez en el patio, vio un grupo de hombres que lo esperaban. Llevaban largos sobretodos. Como no reconocía a ninguno, sintió que las piernas se le aflojaban y ya no lo sostenían. Se hubiera caído si un agente no lo hubiera sostenido.

—¿Qué dijo? —preguntó uno de los hombres metiendo las manos en los bolsillos del sobretodo.

—Dijo que le diera cigarrillos.

IX

Se encontró de golpe sentado en una silla, dentro de una habitación iluminada apenas y de manera extraña. Sólo veía un escritorio frente a él, detrás del que dos desconocidos lo contemplaban con curiosidad aparentando no interesarse en su persona.

—Les pido que me disculpen —comenzó después de echar una mirada de espanto a su alrededor—, estoy muy cansado. No sé cómo pude llegar hasta aquí. Tuve el honor de ser invitado por la camarada ministro Anca Vogel.

—Justamente, queremos hacerle unas preguntas vinculadas con esa visita —dijo bruscamente uno de los hombres. Tenía el cabello ralo y engominado cuidadosamente en la parte superior de la cabeza. Llevaba anteojos negros y apoyaba las manos sobre una carpeta—. Ante todo —siguió diciendo claramente y acentuando cada palabra—, quisiéramos saber si la camarada Vogel le dijo algo de Economu.

—¿El subsecretario de interior?

—Ya no es subsecretario de Estado. Quisiéramos saber si la camarada Vogel le ha dicho algo sobre Vasilio Economu. Trate de recordar —agregó viendo que Farama negaba enérgicamente con la cabeza—. Es muy importante, respaldaría sensiblemente su situación.

En ese instante otro hombre le tendió un paquete de cigarrillos y un encendedor. Tenía los dientes separados, muy amarillos, mostrándolos todo el tiempo porque sonreía constantemente con aire forzado y melancólico. Farama tomó un cigarrillo y lo prendió rápidamente, esforzándose por calmar el temblor de las manos.

—Puedo jurar que nunca, en las palabras que tuve el honor de intercambiar con la camarada ministro Vogel, nunca le oí pronunciar el nombre del señor Economu.

—Y, sin embargo, fue convocado a lo de la camarada Vogel después de haber tenido una larga conversación con Vasilio Economu, entonces subsecretario de interior del Estado.

—No podría decir que tuve con él una larga discusión —comenzó Farama después de haber aspirado profundamente una bocanada de tabaco— y, efectivamente, incluso no sé si Economu tuvo la oportunidad de pronunciar más que algunas palabras. Me hizo llamar para que le contara algunos detalles sobre Oana, la hija del dueño de una taberna en Obor. Yo le contaba y el señor Economu me escuchaba.

—Eso es lo que queremos saber —interrumpió de nuevo el hombre de los anteojos negros—: ¿por qué, después de que le contó a Economu algunas cosas con respecto a Oana, la camarada Vogel lo convocó para que le contara también a ella? A menos que —agregó después de un breve silencio y mirándolo directo a los ojos—, Economu le haya dejado entrever que había otras cosas por decir con respecto a Oana, otras cosas que hubieran podido interesar directamente a la camarada Vogel.

Farama bajó la mirada.

—¿Qué clase de cosas?, ¿qué cosas hubieran podido interesar a Anca Vogel de esa vieja historia en la que ni siquiera creía y que supone que inventé en todos sus detalles?

—¿Cómo sabe que no cree en ella?

—Me lo dijo ella misma, esa noche, más bien, ayer a la noche, cuando estuve en su casa por última vez...

—¿Pero en qué momento le confesó que no la creía? ¿Antes o después de que recibió el llamado telefónico?

Farama empalideció y aplastó el cigarrillo en el cenicero para apagarlo.

—Después —murmuró—, después de que habló por teléfono.

Los dos hombres intercambiaron de golpe una mirada grave.

—¡Evidentemente! ¡Después! ¿Pero hasta entonces no había dado ninguna muestra de no creer en la veracidad de su relato? Y justamente queremos saber por qué Economu, habiéndose enterado de la historia de Oana, creyó que algunas cosas o más bien cierta cosa vinculada con esa historia podía interesar directamente a la camarada Vogel. Seré más preciso todavía: trate de recordar si, al contar a Economu las desventuras de Oana, le describió también la boda en el monasterio de Paserea.

Farama se tomó la cabeza con las manos y se quedó inmóvil un momento.

—Por lo que me acuerdo —murmuró—, sólo conté al señor Economu el encuentro de Oana con el doctor. Era la época en que con algunos de sus amigos acompañaba al doctor a través de las aldeas de Montenia.

—Usted habla —interrumpió bruscamente el hombre de los anteojos negros abriendo su carpeta—, de los acontecimientos de 1916.

—Exactamente. Del verano de 1916, antes de que Rumania entrara en guerra.

—Entonces de asuntos que no nos interesan. Inútil detenernos en eso. Pero volviendo a la boda de Oana, ¿puede describir la reacción de la camarada Vogel en el momento en que le contó esa boda?

Farama sonrió.

—Todo lo que puedo decirles —comenzó con un tono más aliviado—, es que para su desgracia, no llegué a contar a la camarada ministro esa boda fabulosa, a pesar de que ella me lo pidió varias veces. Incluso me lo pedía, puedo decir, con cierta insistencia. No significa que me haya negado a contársela. Pero, como he dicho y repetido tantas veces y no sólo a la camarada ministro Vogel, no se puede entender lo que significó esa boda para Oana y para todos sus amigos si no se conoce previamente lo que pasó, por un lado, unos cien años antes y, por otro, más de doscientos años atrás.

—Sea más explícito —lo interrumpió el hombre de anteojos negros que no dejaba de hojear atentamente la carpeta.

El otro hombre tendió a Farama el paquete de cigarrillos y le sonrió.

—Hacía alusión a la historia de Selim —respondió después de haber encendido su cigarrillo— y a la historia del boyardo Calomfir.

—Escribió usted muchas cosas aquí pero no se entiende el vínculo que puede haber entre todo eso. Resumen: hacia 1835, Selim, el hijo del pachá de Silistria, salva la vida a un muchacho de catorce o quince años. Los jóvenes se hicieron amigos y se volvieron como hermanos. Selim se casó muy joven con una turca y una griega aturquesada. Pero descubrió enseguida que su amigo lo engañaba

con una y otra de sus esposas y lo maldijo. El joven cambia de nombre, toma el de Tunsu, huye a Transilvania y, de ahí, a Montenia. Esto sucedió en 1848. A Tunsu le gustaban las mujeres y se mostraba como un gran aventurero, pero tenía terror al matrimonio. Vivió de esa manera hasta que en 1870, fecha en la que (ya con cincuenta años) se casa con una viuda que le da tres hijos... No veo ningún vínculo entre todo eso y la boda de Oana —agregó el hombre interrumpiendo bruscamente su lectura.

—Y sin embargo el vínculo existe. Tal vez no escribí con bastante claridad. Pero la maldición de Selim era la siguiente: ya que su amigo más querido lo había traicionado, un amigo al que le había salvado la vida, ese amigo sería castigado a través de su descendencia. De padre a hijo, en su familia, los hombres serían abandonados por su mujer y las hijas de esos hombres se unirían a animales. Y todo sucedió de esa manera. Tunsu se casó a los cincuenta años pero después de que su mujer le dio a Fanica, el único varón, ella se fue con un criado. Después Tunsu vivió solo, en un bosque cerca del monasterio de Paserea. Su hijo, Fanica Tunsu, se convirtió en dueño de una taberna en el mercado de los animales, se casó y tuvo a Oana pero su mujer también lo abandonó. La gente dice que se largó cuando vio de qué manera espantosa crecía su hija. Además supo, por su marido mismo, la maldición de Selim. En cuanto a Oana, la pobre, aunque era buena y desconocía el mal, también fue víctima de la maldición. Sin duda, ustedes conocen esa parte de la historia...

—La conocemos y, justamente en relación con esa historia, deseáramos oírlo relatar las reacciones de la camarada Vogel. ¿Qué decía? ¿Qué comentarios hacía? ¿Se acuerda de alguno?

—Exclamó varias veces: «¡Una mujer terrible!».

Los dos hombres se miraron de nuevo. Sus rostros inexpresivos no ocultaban cierto cansancio.

—Pasemos ahora a otro punto, siempre en relación con la boda de Oana. Usted dijo que la otra historia, la de Calomfir, que empieza en 1700, es también muy importante. Pero eso no se evidencia a través de todo lo que ha escrito y declarado oralmente.

Abrió de nuevo la carpeta, extrajo una página dactilografiada, le dio un vistazo y siguió diciendo claramente:

—Me cuesta resumir las aventuras de Calomfir porque salta continuamente de Arghira a Zamfira, de la joven que le devolvió la vista a comienzos del siglo XVIII a la escultora que quería que la llamaran Zamfira, aunque su nombre verdadero era Marina y que, si viviera todavía, hoy tendría, según sus palabras, ya sesenta años, ya diez o quince años menos, ya muchos más. Porque en efecto —agregó levantando los ojos de la página dactilografiada y mirando a Farama con una ironía insistente— si bien las fechas que usted da cuando trata sus otros personajes, ya sean contemporáneos, o de siglos pasados, son en su mayoría exactas, la edad de Marina varía en sus declaraciones de una manera realmente espectacular.

—Es cierto —dijo Farama, poniéndose pensativo—. Aquella mujer, Marina, sigue siendo un misterio para mí.

—Pronto iremos a ese misterio y tal vez logremos dilucidarlo. Como le decía, es difícil resumir ese ciclo de los Calomfir porque salta constantemente de un siglo a otro. Pasa de Calomfir y Arghira a Dragomir y su prima Marina, casi sin mencionar, salvo de pasada, al personaje de Mantuleasa.

Con gesto maquinal, Farama se puso a frotar nerviosamente las rodillas.

—Todo lo que dijo y repitió tantas veces es que la bella Arghira casó a Zamfira con un hombre del palacio principesco, Mantuleasa, y que ella le dio los terrenos por los que después pasaría a la calle el mismo nombre. ¿Es posible que mencione tan pocas cosas justo con respecto a esa familia que es mucho más cercana a usted que la familia del boyardo Calomfir o la de Dragomir Calomfirescu?

—Nunca supe gran cosa de la familia Mantuleasa —dijo Farama a modo de disculpa, bajando la mirada—. Veá, para mí, sólo importaba la escuela y todo lo que había alrededor, las casas, los jardines, los huertos...

Los dos hombres se miraron en silencio. El personaje de los dientes separados y amarillos sonrió tristemente, se encogió de hombros y tendió otra vez el paquete de cigarrillos a Farama por encima del escritorio.

—Dejemos esto, al menos por el momento —retomó el otro echando una mirada distraída a la página dactilografiada—. Volvamos a la boda de Oana. Pero antes quisiera pedirle otra cosa más, siempre

en relación con Mantuleasa. La última vez que vio a la camarada Vogel, ¿le habló ella de él? ¿O, tal vez, de la calle Mantuleasa? — agregó después de un breve silencio.

Farama sonrió pensativo.

—No sólo me habló de ella —dijo con una especie de orgullo que sólo parecía dominar con dificultad—, sino que también me había preparado una sorpresa, que era la siguiente: nos pasearíamos en limusina, después de las tres de la mañana por la calle Mantuleasa, para que pudiera descubrir los encantos... Evidentemente le dije que en esta época, al comienzo del invierno, no había mucho que ver. La invité a ir cuando los ciruelos florecen o cuando las guindas están maduras y los damascos se ponen todos dorados.

Los dos hombres se miraron atentamente y como inquietos.

—Sin embargo, no fueron a pasearse por allí —dijo al cabo de un momento el personaje de los anteojos negros—. ¿Por qué? ¿Qué explicación le dio?

—Me dijo que esa noche no podíamos pasear por la calle Mantuleasa, o al menos no podíamos ir ambos a pasear por allí.

—Evidentemente, le dijo eso después de haber recibido el llamado telefónico. ¿No agregó nada más?

—No, nada más.

—¡Bien! Volvamos ahora a la boda de Oana. Hay dos cosas que nos interesan particularmente: el sueño que la joven contó y el comportamiento curioso de Marina. Sus tres relatos sucesivos, con algunos meses solamente de intervalo, presentan variaciones apreciables. Comencemos por el sueño de Oana. Usted declaró en ese momento que ese sueño —dijo en otro tono levantando los ojos de la página dactilografiada y mirando a Farama, dándoselas de entendido—, no lo había contado ni a Vasili Economu ni a la camarada Vogel. Antes de analizarlo —siguió—, me gustaría que lo contara de nuevo, lo más exactamente posible y con todos los detalles que se acuerde. A nosotros, lo que más nos interesa son los detalles.

Farama lanzó un suspiro y se puso las manos sobre las rodillas.

—¿Sólo el sueño?, —preguntó en voz baja—. ¿No lo que lo precedió?

—Nada más que el sueño. Lo que lo precedió ofrece menos interés.

Farama se quedó unos momentos con la mirada perdida en el vacío, como si buscara poner en orden sus recuerdos.

—Esto fue lo que pasó —empezó de golpe—. Aquella noche, es decir, el sábado antes de la boda, Oana tuvo un sueño que nos contó durante la comida del domingo a la noche. Estábamos sentados alrededor de la mesa. A su derecha estaba el marido, el profesor estoniano, a su izquierda su padre. Y de pronto se dirige a Lixandru y exclama: «Escucha Lixandru, escucha bien y devélame el sentido de este sueño: nadaba en el Danubio a contra corriente, y después de no sé cuánto tiempo llego al origen, al origen del Danubio. Ahí me doy cuenta de golpe que penetro bajo la tierra y entro en una gruta inmensa, sin fin, resplandeciente, con paredes de piedras preciosas, iluminada por miles de velas... Había un cura cerca mío y me dijo en voz baja: ‘Es Pascua. ¡Por eso están todas esas velas encendidas!’ En el mismo momento oí una voz que venía de alguna parte que decía: ‘¡En este lugar, no hay Pascua! ¡En este mundo estamos todavía en la época del Antiguo Testamento!’ Sentí entonces una gran alegría por todas esas velas, toda esa luz, todas esas piedras preciosas. Me decía a mí misma: ‘¡Me han encontrado digna de comprender qué sagrado es el Antiguo Testamento y cómo Dios amó a los hombres que vivieron en la época del Antiguo Testamento!’ Y en ese momento, me desperté...». Ese es el sueño que nos contó Oana.

Farama se calló.

—Continúe —dijo el otro personaje—, lo que sigue es importante también.

—Lo que sigue... —repitió Farama pensativo—. ¡Pasaron muchas cosas esa noche!

—Deseamos vivamente saber, con la mayor cantidad de los más ínfimos detalles, cuáles fueron las reacciones de Lixandru, de Darvari y de Marina.

—Es lo que tenía intención de contar —dijo Farama—. Me encontraba cerca de Lixandru y me conmovió su palidez, después su agitación. Se levantó de la mesa de golpe y se precipitó sobre Oana tomándole las manos: «¡Los signos se te aparecieron! ¡Se te manifestaron en el sueño! ¡Esa es la gruta, en el fondo del agua, la gruta que vi yo también hace mucho tiempo, y donde todavía hoy vive lozi! ¡Si no te hubieras despertado te hubieras encontrado con él!

Tal vez te hubiera dicho algo para nosotros, para que encontráramos por segunda vez el pasaje...». Enseguida, como si se hubiera dado cuenta de que no debería haber dicho todo eso, en una cena de bodas con todo el mundo a su alrededor, cambió de actitud, nos pidió perdón y volvió a sentarse a su lugar cerca mío, en silencio. Pero Marina no lo dejó en paz. Lo había escuchado cautivada, y le pidió en voz alta, desde el otro extremo de la mesa que explicara los signos. Después, viendo que se quedaba silencioso, con una sonrisa de felicidad se le acercó, lo abrazó por la espalda y no lo soltó en toda la noche. Sin embargo, ella veía que Darvari estaba al borde de la desesperación. Muchos creyeron esa noche que se había terminado la amistad entre Lixandru y Darvari. Pero no era cierto.

—Nos explicará más tarde por qué no era cierto, aunque sus propias declaraciones tienden a probar lo contrario —dijo el hombre de anteojos negros—. Por el momento me gustaría subrayar una cosa: de las tres versiones que poseemos en la carpeta, como también de las palabras que acaba de decir, se desprenden elementos esenciales: primero, la gruta poderosamente iluminada, segundo, la alusión al Antiguo Testamento, tercero, el hecho de que el sueño fue contado en el interior del monasterio de Paserea. Ahora bien, sabiendo lo que sabemos y teniendo en cuenta todo lo que pasó, juzgamos absolutamente imposible que el sueño sea ignorado por Economu. Él lo contó inmediatamente a la camarada Vogel sugiriéndole que lo convocara para que usted le contara ese sueño a ella también, ocasión en la que, además, podría enterarse de otros detalles.

—Y, sin embargo, no se lo conté —murmuró Farama.

—Hay que verificar. En todo caso, el contenido del sueño era accesible a Economu por medio del texto dactilografiado de sus declaraciones, texto que por otra parte encontramos en su escritorio.

—No comprendo el vínculo que él pudo tener con esto... —dijo Farama mirándolo a uno después del otro.

—¡Y bien! ¡Justamente! ¡Parece difícil de creer! —exclamó bruscamente el hombre de dientes amarillos después de haber ofrecido un cigarrillo a Farama—. ¡Es muy difícil de creer! De otro modo, habría una serie de coincidencias tan extraordinarias que

igualarían en misterio la desaparición de lozi y los otros milagros de los que habla en sus historias...

—No entiendo muy bien a qué hace alusión...

—Si dice la verdad, significa que ya está muy cansado, sin embargo es claro como el agua. Hay que creer que el ministro Economu y la camarada Vogel han conocido ese sueño, si se quiere explicar por qué Economu, que era una de las escasas personas que sabía que en el bosque de Paserea había sido enterrado, en otoño de 1939, una parte del tesoro nacional polaco y que, sobre todo, era el único que sabía también que ahí abajo se encontraban, todavía ocultos, grandes cantidades de oro y de joyas; y si se quiere explicar, digo, por qué el mismo Economu decidió transportar una noche secretamente ese tesoro al sótano de su casa, en la calle Calomfirescu, casa que había requisado la primavera última. Entre paréntesis, es imposible que no se haya enterado de esto a su debido tiempo, porque, como usted repitió tantas veces y como lo han confirmado muchos testigos en el curso de nuestra investigación paralela, usted tenía el hábito de pasearse cada día por el barrio de la calle Mantuleasa y toda vez que tenía lugar una mudanza usted trataba por diferentes medios de saber quién se mudaba.

Farama escuchaba, aterrorizado, con las manos abandonadas sobre las rodillas, sin poder apartar su mirada de la sonrisa fatigada, melancólica del personaje.

—No se puede explicar de otra manera por qué, hace algunas semanas, con el pretexto de que el agua comenzaba a brotar del fondo del sótano, pretexto que tomó de sus historias, Economu dispuso que fueran unos obreros y los puso a cavar en el fondo del sótano un escondite donde pensaba depositar el oro y las joyas traídos de Paserea. No sabemos con precisión cuáles eran sus intenciones pero es probable que, aprovechándose de la situación que tenía, haya expedido al extranjero los restos del tesoro polaco. Tal vez esperaba provocar en la camarada Vogel el interés por su plan. Por eso le sugirió que lo convocara a usted para que hablara de Oana y sobre todo para que le contara el sueño de la joven, sin omitir la alusión importantísima a la «beatitud del Antiguo Testamento». No sé en qué medida la camarada Vogel se dejó seducir por ese plan pero de todas maneras es sorprendente que haya decidido ir a

pasearse con usted a las tres de la mañana, justo la noche en que el tesoro del monasterio de Paserea debía ser transportado a la calle Calomfirescu, a dos pasos de la calle Mantuleasa.

Y no es menos sorprendente que habiendo sabido por casualidad que sería descubierto, Economu se haya suicidado en su escritorio a la una y veinticinco y que algunos minutos después la camarada Vogel haya sido llamada por teléfono de afuera, insisto, de afuera, que haya sabido que una parte del barrio Mantuleasa había sido aislada y registrada por los servicios especiales, que ella haya renunciado al paseo planeado y que justo en aquel momento haya puesto en duda la veracidad de sus relatos. Haría mal en querer convencernos de que todos esos hechos no tienen ninguna relación entre sí. Al contrario, creo que su cansancio le ha impedido, hasta hoy, recordar con todo detalle, las conversaciones que mantuvo con Economu y con la camarada Vogel. Su situación mejoraría sensiblemente si nos confirmara, a través de una declaración clara y firme, la connivencia que descubrió entre Economu y la camarada Vogel, connivencia que descubrió por cierto mientras cada uno de ellos escuchaba su relato de la boda de Oana.

Farama lo seguía mirando fijo a los ojos, con cara de terror y súplica al mismo tiempo, como rogando que no continuara.

—Y todo esto —murmuró al cabo de un momento—, todo esto pasó hace un rato, unas horas apenas...

—No —interrumpió el hombre de los anteojos oscuros—. Estuvo y está todavía muy cansado. Por eso su memoria está fallando. Todo esto pasó hace tres días. Como fue traído hasta aquí en un estado de gran debilidad, el doctor le dio una inyección y desde entonces estuvo durmiendo sin parar.

—Pero no tenga miedo —agregó el otro sonriendo—. Durante ese tiempo lo alimentaron artificialmente. Si este régimen hubiera durado una semana por lo menos hubiera engordado dos kilos.

X

—...Ya ve, las cosas se aclaran —oyó Farama de pronto—, unas ayudan a aclarar a las otras, entre todas hacen un conjunto, y su sentido se devela pero sólo con la condición de que partamos de una hipótesis, que es la siguiente: por un lado usted busca ocultar algo, mantiene un secreto y, por otro, su memoria, como todas las memorias, lo traiciona. Es decir que no retiene los elementos esenciales pero conserva con una precisión casi fotográfica los episodios marginales. Nos basta entonces examinar con el rigor necesario esos episodios periféricos para encontrar la cifra secreta por medio de la cual se podrían identificar las acciones, los personajes, las ideas que quiere ocultar. Este examen riguroso se llevó a cabo y le voy a leer una de las conclusiones a las que se ha llegado.

Por motivos que todavía requieren ser esclarecidos, usted se ha cuidado de revelar las relaciones reales que mantenían entre sí Darvari, Lixandru y Marina. Si los conociéramos podríamos comprender la razón que impulsó a Darvari a huir hacia Rusia. Enseguida volveré sobre este conjunto que llamaré el «complejo número uno». La segunda conclusión a la que hemos llegado es la siguiente: por motivos que también requieren ser precisados, usted no quiso revelarnos el hecho de que Lixandru, poco tiempo después de la fuga de Darvari a Rusia, hacia 1931, decidió él también desaparecer, pero a su manera, ni como lozi, ni como Darvari. Prefirió cambiar de identidad, es decir de nombre, de oficio y, probablemente, de apariencia física. Y, efectivamente, desde 1932, Lixandru no volvió a aparecer en ninguno de los sitios en los que se lo había conocido con ese nombre, a saber, la Caja de Ahorro, la Biblioteca de la Academia Rumana, la Asociación de los Jugadores de Ajedrez (y no hablo de los restaurantes ni de bares en jardines de verano que él acostumbraba a frecuentar y donde nadie se acuerda de haberlo visto desde 1932). Por otra parte, tenemos pruebas de que Lixandru no murió ni dejó el país en forma definitiva. No se descarta

que se haya ido al extranjero en 1932 y que haya vuelto más tarde bajo un nombre falso. El hecho es que en ninguna parte sobre el territorio nacional ni en los registros de los consulados rumanos en el extranjero figura el deceso de un individuo llamado Gheorghe P. Lixandru. Más aún, surge de sus propias declaraciones que se encontró con él por casualidad, después de 1932, pero no dice la apariencia que tenía, ni de qué hablaron, ni tampoco cuánto tiempo permanecieron juntos. ¿Algunos minutos, unas horas o un día entero? Que no lo volvió a ver durante mucho tiempo está demostrado por el intento desesperado que hizo el verano pasado. Usted fue a preguntar a Borza, a quien tomó por uno de sus antiguos alumnos, si tenía noticias de Lixandru. Pero, evidentemente, eso podía ser fingido. Para decirlo de otra manera, usted podría darse cuenta si otras personas tenían información sobre Lixandru, *como la tenía usted mismo*. Repito, no es más que una hipótesis... ¡No parece convencido de la exactitud con la que se encuentra reconstituido el complejo número dos! —agregó después de un breve silencio, con una sonrisa en los labios.

—No me doy cuenta —murmuró Farama—. Le pido que me crea. Todo esto me parece un sueño. Me acuerdo muy bien, entiendo todo, y luego tengo la impresión de caer en el vacío y no entender más nada.

—Usted está muy cansado —retomó el otro—, pero los cuidados especiales que se le brindan van a hacer efecto enseguida. Empecemos con el complejo número uno cuya clave está dada por el análisis de las variantes que ofrece la boda de Oana. No insisto sobre las que se relacionan con la función prodigiosa, realizada por el doctor al amanecer. Tampoco insisto en las variantes vinculadas con el primer encuentro entre el doctor y el guardabosque, hace veinte años, episodio tan fabuloso como las desaventuras del boyardo Calomfir, la desaparición de lozi u otras peripecias de la misma clase. No insisto en ellas porque son mínimas y, para nosotros, desprovistas de importancia. Pero volvamos a las relaciones que mantenían Darvari, Lixandru y Marina. Usted dijo que la amistad entre Lixandru y Darvari no se rompió aquella noche, aunque muchos hayan pensado lo contrario. Y sin embargo, al volver a leer el informe, usted dice en una declaración anterior que Marina, esa misma noche, le habría

gritado a Darvari, cito: «¡No te hagas aviador! ¡No volverás nunca!». Pero Darvari los miró a ambos y les contestó: '¡No tengo miedo a la muerte!' 'No te hablo de muerte', agregó Marina. 'Te digo que no volverás más.' Y entonces los dos jóvenes se echaron a reír. '¡Como la flecha de Lixandru!', exclamó Darvari mirando a su amigo. Lixandru, entonces, se puso serio y trató de cambiar de conversación. 'Hoy es la boda de Oana, dijo, todo lo que estaba señalado por el destino se ha realizado y sería pecado tentar a Dios con otros misterios y otras premoniciones!'. Pero Darvari no se dejó convencer tan fácilmente. 'Tal vez Marina sabe algo, tal vez también a su modo conoce los signos. ¿Por qué no la dejas que nos diga lo que significa el anuncio de que yo no volvería más?'»

Ve usted que existe una incoherencia entre los que contó hace días y lo que escribió el 20 de agosto: por un lado Lixandru, Darvari y Marina hablaron bastante y de cosas importantes. Por otro, del texto escrito el 20 de agosto surge que una tensión cada vez mayor opuso a los dos amigos. Incluso se diría que Darvari buscaba contradecir a Lixandru, cualquiera fuera el propósito de este último, haciendo exactamente lo contrario de lo que hubiera deseado Lixandru.

—Todo lo que acaba de decir —comenzó Farama con un enorme esfuerzo—, pasó *antes* de que Oana hubiera contado el sueño. Es cierto que más tarde, viendo que Marina no se separó más de Lixandru, Darvari se mostró malhumorado y huraño. Pero le aseguro que siguieron siendo tan buenos amigos como antes.

—Evidentemente, *en apariencia*, siguieron siendo buenos amigos. Pero lo que es seguro es que, en el fondo, algo cambió. Marina se dio cuenta. Si no, no se puede explicar por qué, después de haberse quedado todo el tiempo apretada contra Lixandru, al amanecer, cuando se despertaron todos del hechizo del doctor, leo: «Tomó a Darvari entre sus brazos y le gritó delante de todo el mundo: 'Si me amas tanto como dices, ¿me esperarás durante diez años?'. 'Esperaré todo lo que quieras, le respondió Darvari, no te esperaré diez años, isino veinte, cincuenta!...'. 'Así que invita a todo el mundo a nuestro casamiento dentro de diez años, en septiembre de 1930, aquí mismo, en el monasterio. ¡Lixandru y Oana serán el padrino y la madrina!' '¡No Lixandru, interrumpió Darvari, sino el doctor y Oana!'». En su declaración del 20 de agosto, que acabo de citar, usted no dice

cuál fue la reacción de Lixandru. Sin ninguna duda, se apenó porque Marina, dirigiéndose a Darvari, agregó rápidamente: «Pero tienes que saber que soy demasiado grande para ti. Crees que sólo tengo cinco o seis años más que tú, ipero tengo veinte más!... ¡Me acerco a los cuarenta!...». Todo el mundo se echó a reír pensando que era una broma, pero Darvari exclamó: «¡Aunque tuvieras cincuenta años te esperaría! En ese caso en 1930 tendrás sesenta años pero no me importa. ¡Sé que te querré más allá de la vejez».

—Es cierto, fue lo que dijo —murmuró de repente Farama como si se despertara de un sueño.

—Pero es evidente que esa boda, que tendría que haber ocurrido diez años después, sólo era una broma. Marina misma no se lo creía. No podía creerlo. Por un lado, había pedido expresamente a Darvari que no se hiciera aviador «porque no volvería más» y por otro, ahí estaba, presente en la cena, su primo Dragomir. Ahora bien, todo el mundo sabía que estaban comprometidos desde la infancia y que sus padres así lo habían decidido «para que la familia no se terminara». Se impone una sola conclusión: Marina hizo todo eso para apaciguar a Darvari, porque se había dado cuenta de la desavenencia entre Darvari y Lixandru.

—Y, sin embargo —dijo Farama—, me acuerdo de una observación de la camarada ministro Vogel...

—La camarada Vogel ya no es ministro. Ahora tiene otras funciones.

Farama se calló.

—Volvamos entonces al complejo número uno. Aunque haya sido una broma, Darvari tomó en serio la promesa de Marina. Pero a partir de este punto las cosas ya no son nada claras. Y nos preguntamos por qué. ¿Deficiencia de memoria? ¿Falta de interés por todo lo que pasó entre 1920 y la desaparición de Darvari, diez años más tarde, durante el verano de 1930? O bien, pura y simplemente, decidió *ocultar* a cualquier precio acontecimientos que, si los conociéramos, nos permitirían no sólo dilucidar los motivos de la huida de Darvari, sino también entender qué significa la metamorfosis de Lixandru. Personalmente, me inclino por la segunda hipótesis y voy a tratar de demostrarle por qué. En el fondo, ¿qué dijo en el curso de tantos interrogatorios, qué escribió en cientos de

páginas, con respecto a las relaciones entre Darvari, Lixandru y Marina, entre 1920 y 1930? Pocas cosas y siempre las mismas, que retomó y repitió muchísimas veces. Las voy a resumir. Nos contó que Marina decía a Darvari muy seguido que ella tenía en realidad veinte o treinta años más que él. Leo: «Por eso Dragomir no se anima a casarse conmigo. Sabe la edad que tengo.» Una vez, hacia 1925 o 1926, le mostró su partida de nacimiento, y usted señala que esa partida de nacimiento le había sido otorgada en un país extranjero; de ese documento surgía que tenía cerca de sesenta años. Entonces Darvari la miró, lleno de espanto, y usted agrega: «Estaba conmocionado no por conocer su edad, sino por el descubrimiento súbito de que ella era realmente vieja. ‘Si me amas todavía, sabiendo que pronto tendré sesenta años, te doy permiso para que me beses!’ Darvari, sigue escribiendo usted, empalideció y la miró fijamente, petrificado. Entonces Marina exclamó con voz exaltada: ‘¡Ya ven cómo es el amor de los hombres! ¡Ligado solamente al cuerpo! ¡El alma sólo respira, según ustedes, dentro de formas jóvenes!’». Dicho esto salió del salón precipitadamente y volvió después de unos instantes de la habitación vecina tan joven de aspecto como la noche en que Darvari la había visto por primera vez, en la taberna de Fanica Tunsu, en 1919. Darvari cayó de rodillas pero ella no dejó que la abrazara. ‘Igual te voy a perdonar esta vez’, le dijo sonriente. ‘Ingenuos como son todos los hombres, seguro que crees que me maquillé para parecer vieja y que después de haberte provocado miedo me dio lástima y me fui a lavar la cara. Pero te repito que soy una anciana de verdad como te lo prueba mi partida de nacimiento...’ Darvari la escuchaba, lleno de felicidad porque *en ese momento* tenía frente a él una mujer de veinticinco años».

Sus declaraciones no aclaran lo que pasó. Dicen simplemente que a Marina le gustaba el teatro, como a su antecesora Arghira. Usted dice que le gustaba vestirse de forma rara, excéntrica. A veces, realmente parecía una anciana porque se ponía talco en el pelo o se maquillaba como lo hacen las mujeres grandes cuando quieren parecer jóvenes. ¿Cree que en el momento en que mostró a Darvari su partida de nacimiento acababa de maquillarse para parecer de sesenta años?

—Es lo que creí mucho tiempo —respondió Farama en voz muy baja—. Pero me equivoqué.

—Es probable. De su propia declaración surge que aquel día Darvari no se dio cuenta, *al principio*, de que ella estaba vieja. Sólo se dio cuenta *después* de haber leído su partida de nacimiento. Se trataba de otra cosa, sin duda. Una técnica especial que Marina poseía para cambiar de apariencia a voluntad.

Y ahora llegamos al último episodio, el último pero el más importante, que desgraciadamente cuenta de manera muy sucinta. Se trata de esa noche del año 1930, cuando por motivos incomprensibles, Marina retuvo a Darvari en su casa y se acostaron por primera vez. Digo por motivos incomprensibles porque podríamos preguntarnos por qué no había aceptado hacerlo antes, por qué esperó diez años antes de entregarse a Darvari y por qué lo hizo justo unas semanas antes de su casamiento. En cualquier caso, leyendo sus versiones sucesivas, aparece que aquella noche los dos jóvenes se quedaron mucho tiempo en un jardín público, cerca de Cotroceni, y que Darvari estaba más enamorado que nunca. Es cierto que Marina tenía un vestido extraordinario, pero de una elegancia discreta, y parecía todavía más joven que en la época en que Darvari la conoció, once años atrás. Tenía cara de niña, sin el menor gramo de polvo, sin la menor huella de maquillaje.

Acabo de resumir su texto del 20 de agosto. No se entiende muy bien lo que pasó después. Los jóvenes pasaron una noche juntos. Pero, a la mañana, Darvari se despertó y se inclinó sobre su amante para besarla. Y en esa luz incierta del alba, escribe usted, se dio cuenta de que Marina era una vieja, mucho más vieja que lo que había parecido pocos años antes cuando le había mostrado su partida de nacimiento. Escribe que él se quedó petrificado por el estupor, que enseguida se levantó y cuidando que no se despertara, se vistió muy suavemente. Había casi terminado cuando vio que Marina lo miraba sonriendo. Leo: «'No sé qué intentas hacer, pero no lo hagas de una manera banal, como todos los demás hombres. ¡Lánzate a la gran huida, sube, sube sin parar!' Después gritó con una incomprensible exaltación en la voz: '¡Te voy a confiar un talismán y en un momento determinado vas a encontrar la flecha de Lixandru!' Pero no se sabe

si Darvari escuchó las últimas palabras. Había salido en silencio y había cerrado la puerta cuidadosamente detrás de sí».

Todo eso, según dice usted, lo supo más tarde por Lixandru que lo había sabido, a su vez, por Marina ese mismo día. Si entiendo bien, efectivamente, Marina se vistió también. Y se fue enseguida a buscar a Lixandru pero sólo lo encontró mucho después a la tarde. Después de contarle todo, le dijo: «Trata de encontrarlo y detenerlo! Supongo que querrá huir en avión y corre un gran peligro porque no sabe lo que hace'. '¿Corre peligro porque no tuviste tiempo de darle el talismán?', preguntó Lixandru. Es difícil saber si hablaba seriamente o estaba bromeando. 'No, dijo ella. Era una simple metáfora que no comprendió. No tengo talismanes y todo lo que le dije sobre la *gran huida*, debía ponerlo a prueba. Quería enseñarle a no dejarse llevar por las apariencias. Por la noche no tenía veinte años como creyó y esa mañana no había pasado los sesenta como también creyó. La edad que tengo...'» Usted agrega aquí que Lixandru le daba a primera vista entre veinticinco y treinta años, como de costumbre. En todo caso, llegó demasiado tarde al aeropuerto. No logró hablar con el jefe de escuadrilla sino después de muchas horas de espera. Mientras tanto, Darvari había aterrizado en Constanza para cargar combustible y había seguido vuelo hacia el oriente...

Si así fue —retomó el hombre después de un breve silencio—, sería más bello que una leyenda y más triste que la más triste de las historias de amor... Pero leo aquí que usted reconoce haber sabido todas estas cosas por Lixandru y *sólo por él*. Sólo se encontró con Marina en 1925. En una de sus declaraciones dice que conoció a Darvari en ese momento y que él le habría hecho ciertas confidencias sobre, leo, «los poderes mágicos de Marina». Le habría afirmado que seguía enamorado de ella y usted habría recordado que estaba invitado a su casamiento en septiembre de 1930. Pero hay ahí un conjunto de detalles que contradicen la versión de Lixandru. En primer lugar, era imposible, incluso en 1930, que un piloto se introdujera en el aeropuerto, subiera al avión y decolara sin órdenes ni instrucciones precisas. Si Darvari logró hacerlo, quiere decir que había premeditado su fuga y, sobre todo, que tenía cómplices en Bucarest y en Constanza. Ahora bien, si no hay dudas sobre la

premeditación, como la investigación lo demostró formalmente, nunca se pudo descubrir a los cómplices. *Para nosotros*, es ese punto el que reviste una particular importancia. Podemos adelantar varias hipótesis. La primera, la más plausible, sería la siguiente: Darvari prepara su partida con los mínimos detalles, con cómplices que no conocemos pero que sabemos de qué lado debemos buscarlos. Es imposible saber con precisión la misión que tenía Darvari, pero teniendo en cuenta la fecha de su fuga, agosto de 1930, al menos discernimos *el sentido* de esa misión. Aunque su amistad no fuera tan estrecha como antes, Darvari reveló a Lixandru, a último momento, la decisión que había tomado. Ignoramos por el momento cuál fue el papel de Lixandru en esa desaparición. Y lo seguiremos ignorando en la medida en que no dilucidemos el complejo número dos, es decir, mientras no sepamos la *nueva identidad* que Lixandru adquirió, desde 1932. Solamente si sabemos en quién se convirtió desde esa fecha, conoceremos el papel que tuvo en la huida y la desaparición de Darvari. Y, al mismo tiempo, también sabremos otra cosa: ¿estaba *con nosotros o contra nosotros*?

Ahora, le voy a hacer una pregunta, una sola pregunta. Es probable que no acepte responder sobre el tema pero la respuesta que esperamos de usted, terminaremos por obtenerla de todos modos. Hace mucho tiempo que usted conoce la nueva identidad de Lixandru. Pero usted sabe también otra cosa. Usted sabe que esa nueva identidad oculta tan bien a nuestro hombre que nadie, absolutamente nadie, puede reconocerlo, nadie que no haya sido testigo de una y otra de sus identidades, quiero decir nadie que no haya asistido a la metamorfosis por la cual el joven que era en 1931, en 1932 se transformó en alguien distinto. Ahora bien, de hecho, usted es el único testigo de esa metamorfosis. Por eso lo consideramos extremadamente valioso. Efectivamente, si Lixandru se volvió totalmente irreconocible, puede ser *cualquiera* del país, uno que esté entre nosotros, tal vez incluso uno de nuestros camaradas más próximos, uno de los que conducen los destinos del pueblo. Y bien, mi pregunta es la siguiente: ¿quién es Lixandru, ahora, aquí, en esta ciudad, tal vez en este mismo edificio? Usted lo sabe. Dígalo. ¿Quién es?

XI

Aquel año el verano llegó muy pronto. Cuando Farama salía a pasearse, en las primeras horas de la tarde, caminaba a lo largo de los cercos, bajo la sombra de los árboles. Miraba los huertos, cada tanto se detenía, pensativo, ante los damascos y los guindos cargados de fruta, como si esperara constantemente ver niños trepándose. Enseguida volvía en sí, apuraba el paso y se dirigía hacia un banco en el que le gustaba descansar. Si alguien estaba ahí sentado, se quitaba el sombrero de paja y le pedía permiso para sentarse a su lado. Al cabo de unos instantes preguntaba la hora, agradecía siempre con la misma educación pero no se prestaba a la conversación. Si su vecino de asiento le hablaba, escuchaba un poco asintiendo con la cabeza, luego se levantaba, saludaba y quitándose el sombrero seguía su camino.

En el curso de una tarde tórrida, a comienzos de julio, vio de lejos su banco vacío y se regocijó. Se sentía cansado. Se sentó con esfuerzo, tomó su pañuelo y lo anudó alrededor del cuello, después empezó a darse aire con su sombrero. Enseguida, sintiendo que le venía el sueño, apoyó junto a sí el sombrero sobre el banco, reclinó la cabeza en la mano derecha y el codo sobre la rodilla cerrando los ojos. Pero unos instantes después, se despertó sobresaltado. A su lado estaba sentado un hombre al que no le podía ver la cara porque le daba la espalda.

—Le pido que me disculpe —dijo Farama—, debí adormecerme. Hace mucho calor —agregó volviendo a darse aire con el sombrero—.

El desconocido volvió la cabeza y le sonrió para retomar enseguida la lectura de la revista que tenía en la mano. Instantes más tarde pasó delante de ellos un chico con las manos y la boca violetas por el jugo de las moras y Farama lo siguió con los ojos mientras sonreía.

—Discúlpeme —dijo al cabo de un momento—, ¿me podría decir la hora?

—Las dos, dos y cinco —respondió el otro sin volverse.

—Muchas gracias. Tengo una cita a las dos y cuarto, dos y media. Todavía puedo descansar un rato más en el banco. Hace mucho calor...

El desconocido se volvió a él y le sonrió de nuevo asintiendo con la cabeza. Retomó su lectura pero, enseguida, se interrumpió bruscamente y miró a Farama perplejo. Después abrió de nuevo su revista.

—Cambió mucho, señor director, desde la última vez que lo vi —murmuró sin levantar la vista—. Debe haber pasado por muchas experiencias. ¡Casi no lo reconozco!...

Farama se quedó callado mientras seguía agitando el sombrero...

—Usted ya no se acuerda de mí... Fui alumno suyo en la escuela de la calle Mantuleasa, hace mucho tiempo, mucho mucho tiempo. ¿Cómo podría acordarse?... Me llamo Borza, Borza Ion Vasile...

—¿Borza? ¿Borza Ion Vasile? —repitió Farama dejando el sombrero sobre sus rodillas—. ¡Qué curioso! —agregó dando un suspiro.

—¿Se acuerda del día en que me lastimé la cabeza al caerme de un damasco? Usted me alzó y me llevó a su escritorio para hacerme una curación... Al día siguiente, era día de fiesta. ¡El 10 de mayo!...

—Sí, sí —dijo Farama—, creo que me acuerdo. ¿Pero es verdad?... yo me pregunto si...

Se levantó no sin esfuerzo, después se inclinó varias veces.

—Es una pena que deba partir. Tengo una cita a las dos y cuarto, dos y media. ¡Qué calor que está haciendo! He tenido mucho gusto en verlo —agregó.

El desconocido dejó la revista sobre el banco, tomó un cigarrillo y lo encendió, pensativo. Cuando Farama dio vuelta a la esquina alguien salió del jardín de una casa vecina y se dirigió hacia el banco.

—¿Supiste algo? —preguntó sin sentarse.

—No. Hizo que no me conocía y no le costó trabajo —agregó levantándose y guardando la revista en el bolsillo de su chaqueta—.

Repetí las pocas frases que había aprendido de memoria y es probable que no haya logrado engañarlo. Tal vez supo que Borza murió y de golpe le resulté sospechoso.

Caminaban codo a codo.

—No importa —dijo el otro un poco más tarde, con voz muy baja—. Es necesario que recuperemos su confianza. Él estaba en lo de Anca la noche en que pasó todo. Y enseguida fue interrogado por el número uno y por el número tres. Sabe un montón de cosas. Es el *único* que las sabe. Tenemos que intentar otra vez....

Se detuvieron en una esquina.

—Intenta tú, Lixandru, murmuró el otro.

Täsch, agosto de 1955 - Chicago, noviembre de 1967

Se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 1997
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444 - Capital Federal